

MATRIMONIO POR HONOR

Jennifer Greene

2,40 € / 399 ptas. · Argentina: $2,70 · México: $13,00

Matrimonio por honor

Kelly Sinclair aceptó casarse para proteger la seguridad del bebé que estaba esperando. Mac Fortune se casó con ella mientras su hermano, que era un playboy, se marchaba de la ciudad. Pero enamorarse no formaba parte del trato. Por lo menos hasta que Mac, al final de la ceremonia, la beso apasionadamente en el altar. ¿Podría ella convertir ese pacto entre los dos en un compromiso para toda la vida?

Capítulo Uno

La boda era un error. A Kelly Sinclair le había parecido una idea estupenda casarse dos semanas antes, y también la semana anterior, e incluso cuando se había despertado aquella mañana. Pero en ese momento, no podía decir lo mismo. Ya que había comenzado a darse cuenta, con una brillante lucidez, de que iba a ser muy duro pasar por todo aquello.

El ramo de gardenias blancas que sostenía en sus manos comenzó a temblar sin que lo pudiera remediar. Notó un nudo de ansiedad en el estómago. Puede que la mayoría de las novias estuvieran muy nerviosas el día de su boda, pero la mayoría no estaban, además, embarazadas de siete meses. De manera, que no sólo sentía miedo, también se sentía fea y gorda; lo cual era una combinación terrible.

Buscó en la memoria algún momento de su vida en que se hubiera sentido tan terriblemente asustada.., pero no encontró ninguno. No había nada que pudiera compararse al nivel de terror que sentía en ese instante. A los veintisiete años, Kelly había pasado por algunas situaciones duras y difíciles, pero nunca se había sentido tan atrapada, con esa sensación de miedo que la hacía temblar de pies a cabeza.

La puerta del cuarto de baño se abrió y Kate Fortune, la cabeza del imperio de Fortune Cosmetics, se asomó y se dirigió hacia la novia. La mujer, de setenta años, colocó el velo sobre los mechones rubios de Kelly.

—Todo el mundo está sentado. Les he dicho que comiencen la marcha nupcial dentro de dos minutos. Creí que ibas a necesitar ayuda, pero veo que estás preparada y guapísima.

Kelly miró fijamente a los ojos de la anciana en el espejo.

—Parezco un melón pegado a un palillo.

—Sí, hija, pero me das envidia. No hay nada que haga más bella a una mujer que el embarazo.

Kate retrocedió para mirarse por última vez en el espejo, y la puerta se abrió de nuevo.

Mollie Shaw, con una sonrisa amplia en el rostro y el pelo rojizo cayéndole sobre la espalda entró.

— ¡Aquí está nuestra novia! Me imaginé que estarías nerviosa y vine a decirte que todo está preparado, que no hay ningún problema. Hola, señora Fortune... Me encanta ese traje azul que lleva. Es muy elegante y le sienta muy bien. Y Kel, tú estás preciosa...

Mollie tiró del velo de Kelly ligeramente hacia la derecha.

—Ahora estás perfecta. La música va a empezar en seguida.

¿Recuerdas lo que te dije de respirar profundamente tres veces?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora me voy, pero ya sabes que estaré cerca para ayudarte en la fiesta. Todo va a Salir bien. Confía en mí, Kel.

Nada iba a salir bien, pero Mollie salió por la puerta antes de que Kelly pudiera decir nada... Y mucho menos se había atrevido a anunciarle sus planes de huida.

—La cara de esa chica me resulta conocida —dijo Kate.

El comentario distrajo a Kelly unos segundos.

—Claro que te resulta conocida, ya conocías a Mollie de antes, Kate.

—Sí, y ha sido una suerte tenerla con nosotros. Es muy joven y tiene mucha energía. No sé cómo podríamos haber preparado todo esto en sólo dos semanas sin su ayuda. Pero no me refería a eso. Es que su cabello pelirrojo y sus ojos verdes son muy peculiares y cada vez que la veo creo que la conozco de otra parte, aunque no recuerdo de dónde. Bien... de todas maneras, eso ahora no importa. Sobre todo porque tenemos sólo unos segundos y hay algo que quiero decirte.

¡Kate colocó el velo una vez más. Y si notó la palidez de la novia, o la alarma en sus ojos, no dijo nada.

—Kelly... Es un honor para mí que me dejes estar contigo hasta el final. Siento mucho que tu madre no esté aquí, se sentiría muy orgullosa. Pero quiero que sepas que yo no podría estar más emocionada si fuera mi hija la que se casara.

Las palabras de Kate la hicieron sentirse culpable. Tenía que decirle que estaba decidida; que la boda no iba a celebrarse, que no soportaría pasar por todo ello. Pero, de alguna manera, no encontraba las palabras para decirlo.

Esa mujer había hecho mucho por ella. Cuatro años antes, cuando Kate le había dado trabajo como secretaria personal, su vida había cambiado irrevocablemente. La mayoría de la gente pensaba que ¡Cate era una persona cruel y dominante, incluso con su propia familia. Pero nunca lo fue con Kelly. La relación de trabajo de ambas había sido diferente. ¡Cate había sido quien había elegido el traje de satén de color crema con perlas engarzadas en el cuello y los puños. El estilo sencillo, con unos pliegues que escondían sutilmente el tamaño abultado de su vientre, era uno de los vestidos más bonitos que había tenido jamás. Y no sólo el traje, Kate también había pagado todos los gastos de la ceremonia y la fiesta, y había dispuesto que se celebrara en el edificio de la empresa familiar. Lugar donde podían estar perfectamente protegidos y aislados de los medios de comunicación.

Kate tenía razones importantes para querer que esa boda se celebrara. Aunque eso no significaba que Kelly debiera de estarle menos agradecida.

—Kate, no sabía que iba a ser todo tan caro y complicado.

—Tonterías. Tu amiga Mollie se ocupó de todos los trámites legales. Yo sólo ayudé un poco en la organización. Además, me divertí mucho y no me supuso ningún trabajo.

Kelly lo sabía bien. Nunca había pedido nada, pero cada detalle, desde las gardenias hasta el diseño del traje o la fiesta, delataban la mano de la anciana. Tampoco se había dado cuenta de lo mucho que Mollie y Kate habían trabajado a sus espaldas hasta que todo estuvo listo. De nuevo la invadió la sensación de culpabilidad. Las dos se habían portado de un modo maravilloso. Y ella no quería quedar como una desagradecida, pero su mente no paraba de repetir una palabra: ¡Escápate!

De repente, escuchó las primeras notas de la marcha nupcial y notó cómo le subía la adrenalina. No podía soportar la presión; era imposible.

—Vamos —ordenó Kate, tomándola de un brazo—. Sólo tienes que estar tranquila y sonreír. No te preocupes por nada. Todo va a salir bien.

Nada iba a salir bien y a Kate le pareció que no pasaba el tiempo mientras caminaba hacia el pasillo. Pudo ver a Sterling, el marido de Kate, al lado de las dos puertas de madera. También a Renee Riley, su dama de honor, que le guiñó un ojo. Mientras, Kate seguía agarrando su brazo con fuerza.

Kelly miró, por encima de su hombro, hacia la salida. Desde allí no podía verla, pero sí las ventanas del vestíbulo. Divisó los adornos de Navidad y la nieve, cayendo con fuerza. Eso era lo normal en Minesota en vísperas de Año Nuevo. El viento soplaba con furia. La tormenta de nieve había sido constante desde media mañana, como si el tiempo hubiera querido reflejar el estado de confusión de su mente.

Aunque no era exacto decir que su mente estaba confusa. Había decidido no casarse.

Sólo que en esos momentos, Kate la había acercado hasta donde estaban esperando todos los invitados. El lugar no era reconocible como sala de reuniones. De un vistazo, Kelly vio la alfombra roja, las cintas de satén que adornaban las sillas y el estrado totalmente transformado con floreros de gardenias y rosas rojas. También vio a todos los invitados levantarse, en señal de respeto por la novia y pensó que todo iba a cambiar cuando saliera corriendo.

El sacerdote esbozó una sonrisa desde el estrado. Kelly pensó que la sonrisa iba a desaparecer tan pronto como se agarrara la falda y desapareciera a toda velocidad.

Parecía que había mucha gente porque todas las sillas estaban ocupadas, pero aún así, no pasaban de la treintena. Kelly vio a todos. Todos eran miembros de la familia Fortune, no había nadie de su propia familia. De hecho ella ya no tenía familia propia, aunque todos

sabían que los Fortune la habían acogido como si fuera del clan. El hecho de que la familia prácticamente al completo asistiera a la boda era una prueba más de ese apoyo.

Pero para ella era una situación claustrofóbica que iba empeorando segundo a segundo. Era indudable que todos esperaban asistir a una boda normal, tranquila y alegre, en vez de ver a la novia salir corriendo como una posesa y sumergirse en una tormenta de nieve con zapatos de tacón y sin abrigo.

Kate la apretó un poco más para que continuara avanzando, aunque la mujer ya no tenía mucha fuerza. Kelly sabía que cuando quisiera podría liberarse. Sería sólo cuestión de saber elegir el momento. Esa boda no sólo era un error, sino que era un error enorme. Puede que tuviera que salir del país bajo un nombre falso, pero no había otro remedio.

Entonces ocurrió algo extraño.

Y no era tanto que el sacerdote o la mano de Kate o el resto de las personas allí reunidas desaparecieran, como que su mirada reparó de repente en el novio.

Mackenzie Fortune.

Mac.

Sus hombros parecían increíblemente anchos con aquel frac negro, su altura impresionante, su pelo más oscuro que el carbón, con tonos grisáceos en las sienes. El negro le sentaba bien, como le sentaría a un pirata. Su rostro era anguloso, su boca elegante y tenía una mandíbula cuadrada surrealista.

Nadie se enfadaba con Mac. Era un hombre de negocios al que nunca oyó levantar la voz, tampoco enfadarse, pero tenía la facultad de hacer que todos se callaran cuando él entraba en una habitación. Sus ojos verdes intensos podían ser más cortantes que cualquier espada. Las arrugas que rodeaban sus ojos y su boca reflejaban una naturaleza que no se comprometía con nada, hablaban de un hombre que amaba el riesgo y que nunca se retiraba de un peligro.

Un año antes, Kelly se había enamorado perdidamente. El padre de su hijo era un hombre increíblemente excitante. Y ella se había entregado a él en cuerpo y alma. Era un hombre por el que ella habría hecho cualquier cosa, en cualquier momento, en cualquier lugar, sin preguntar nada...

Ese había sido su gran error.

Mac no era el hombre del que ella se había enamorado.

No era el padre de su hijo.

Era simplemente el novio.

Pero los ojos de él se encontraron con los de ella con tal intensidad que parecía que no hubiera nadie en aquella sala excepto ellos dos. No sonrió, pero aquella mirada alteró inmediatamente sus pulsaciones.

Kelly no sabía lo que quería decir aquella expresión oscura y fantasmal de sus ojos. Lo que no era ninguna novedad. Kelly siempre se había sentido algo insegura en todo lo referente a Mac e inmediatamente se perdonó a sí misma por el ataque de pánico. Seguramente era normal, dadas las circunstancias. Una mujer que se casara con un desconocido tenía que estar loca. Aunque, a decir verdad, toda su vida había sido algo, extraña. Entonces, de repente olvidó todo su egoísmo y recordó lo único que importaba.

Si había un hombre en el mundo que podía proteger a su hijo, ése era Mac Fortune.

Tomó aire, esbozó una sonrisa y caminó hacia el novio.

A los treinta y ocho, Mac no creía en la magia, pero siempre había sentido algo especial por Houdini. Comprendía perfectamente lo difícil que era llegar a ser un profesional que escapara de cualquier situación. Para escapar del matrimonio durante todos aquellos años, Mac había necesitado continuamente su poder de resolución, sobre todo cuando su familia no había cesado de acosarlo. Muchas mujeres lo habían perseguido, la mayor parte de ellas más interesadas en su dinero que en su persona, pero eso no le había preocupado jamás. El siempre había respetado ambas cosas, la avaricia y la ambición, y había disfrutado de verse perseguido. ¡Y le gustaban las mujeres! Lo único que sucedía era que tenía una predisposición natural contra el matrimonio.

Kelly llegaba casi a la alfombra roja cuando Mac la vio tambalearse. No llegó a tropezar, pero él notó el nerviosismo en sus ojos. Sin vacilar, se acercó a ella y la tomó de la mano. El sacerdote frunció el ceño ligeramente, censurándolo por romper el protocolo. Al parecer, el novio no podía agarrar a la novia en aquel momento de la ceremonia.

Mac pensó que Kelly parecía muy frágil. Sus mejillas tenían un color intenso y, a juzgar por el sudor de sus manos, parecía estar tan nerviosa como él. En ese instante, le ayudó pensar que por lo menos tenían algo en común. El tampoco quiso nunca ese matrimonio.

Pero tampoco veía la manera de escapar de él.

—Queridos hermanos... —comenzó el sacerdote, con un tono de voz monótono.

Mac se dio la vuelta y, sujetando la mano de la novia, calculó mentalmente cuánto tiempo les quedaba para poder escapar de aquel teatro. ¿Era cierto que la ceremonia duraría sólo quince minutos? Luego todos tomarían una copa de champán. Como el tiempo no era muy agradable, en menos de dos horas, si tenían suerte, estarían de camino a casa... mucho antes de que el reloj diera la media noche y trajera el Año Nuevo.

Sintió miradas en su espalda, observándolo, estudiándolo. En cualquier boda el novio y la novia eran, evidentemente, el centro de atención, pero Mac se daba cuenta perfectamente de que las circunstancias eran especiales. Como vicepresidente de finanzas de Fortune Corporation desde hacía casi diez años, su trabajo había consistido en eliminar todo problema en la empresa o en la familia. El clan estaba unido y se quería, pero cuando había riqueza de por medio, los problemas eran mayores y también los desacuerdos. Cuando nadie sabía qué hacer y se retorcía las manos, Mac se ocupaba de todo y lo arreglaba.

Esa vez, sin embargo, no estaban muy seguros de que actuara bien.

Había anunciado dos semanas antes que se casaría con Kelly. Todo el mundo se había quedado en silencio. A esas alturas, el problema de Kelly ya no era un secreto, pero nadie podía estar de acuerdo con la solución. Nadie consideraba que aquel matrimonio fuera la solución a aquel contratiempo y mucho menos para Mac. Todos sabían lo mucho que odiaba el matrimonio y no creyeron que lo dijera en serio. Incluso en ese momento, seguían pensando que no sería capaz de hacerlo.

Las manos de Kelly apretaron de repente las suyas. El la miró y por un instante le pareció ver un brillo de humor en los ojos de la mujer.

—El anillo —dijo el sacerdote.

Por el tono de voz con que fue dicho, Mac sospechó que era la segunda vez que lo decía.

Su primo, Garrett Fortune, que era su padrino, le pasó el anillo. Mac agarró la mano izquierda de Kelly. El aro de oro era casi diminuto… poco adecuado para una novia de un miembro de la familia Fortune. Pero él había ofrecido a Kelly elegir el anillo que deseara y ella lo había rechazado. No deseaba joyas y menos ninguna de las piedras preciosas que componían la herencia de la familia.

Mientras luchaba por colocarle el anillo, fue consciente del temblor de la mano femenina. Estaba tan nerviosa que su mano blanca y delgada temblaba como una hoja al viento. Mac notó el traje de ella contra su muslo y el perfume que emanaba de su cuerpo. Un perfume dulce que le recordó a la primavera. También vio el rizo que escapaba de las horquillas y se enredaba en la pálida columna de su cuello. Mac no estaba seguro del motivo por el que su pulso de repente se alteró. Si no la conocía apenas...

Pero el anillo pasó por fin el nudillo.

—Con este anillo... —siguió el sacerdote. Luego esperó.

Kelly le dio una patada suave.

—Con este anillo... —repitió Mac, en voz alta y clara.

—Yo te acepto...

Esa vez no necesitó que le avisaran.

—Yo acepto…

—Amarte, honrarte y cuidarte…

Normalmente le habría molestado decir aquellas mentiras, pero no sabía por qué no era así. La integridad de un hombre se medía por su honor, un valor antiguo por el que Mac creía que se medía a las personas. La sinceridad del momento era algo entre Kelly y él, y unas cuantas palabras dichas en público no tenían nada que ver con ello.

Cuando llegó el turno a Kelly de ponerle el anillo en el dedo, se ruborizó y estuvo a punto de que se le cayera.

—Con este anillo… —comenzó a recitar.

La voz de ella apenas alcanzó el volumen de un susurro. Le costaba ponerle el anillo y Mac notó la manera insegura con que le tomaba de la mano. La muchacha no fue capaz de mirarlo a los ojos cuando terminó, pero seguían estando muy juntos.

Mac pudo ver el sudor que cubría las pestañas y se dividía en diminutas gotitas en la nariz.

¡Era muy joven! Pensó Mac. Ella tenía veintisiete años y él treinta y ocho. Claro, que el vientre abultado de ella hablaba de una vida intensa. Pero aún así, aquella mujer tenía un aire inocente. Debían de ser aquellas pecas y aquellos ojos azules llenos de timidez. Aquel pelo sedoso y fino que normalmente llevaba sobre los hombros y le hacía parecer siempre algo despeinada… Era un poco más baja que él y su rostro ovalado tenía facciones delicadas. Aunque no había nada delicado ni elegante en la forma en que se comportaba cuando iba a la empresa. La había oído reírse más de una vez en el despacho de Kate y caminaba por allí con tanta energía que hacía palidecer á los rayos de sol. Era una muchacha madura e inteligente, capaz de aceptar riesgos en el trabajo, tal como había demostrado numerosas veces a Kate. Nadie había conseguido borrar aquella sonrisa de su rostro juvenil hasta que Chad la abandonó.

Mac maldijo mentalmente a su hermano menor. No era la primera vez en aquellos últimos meses. Chad podía encandilar a una mujer y seducirla más rápidamente de lo que una abeja tardaría en descubrir un bote de miel. También tenía la facultad de desaparecer cuando había de enfrentarse a algún problema. Y aunque en esa ocasión Chad no se había enterado del embarazo, no habría sido la primera vez que escapara de una situación similar. Quizá si Mac hubiera hecho caso de los rumores antes, habría reaccionado… pero no podía estar seguro. Durante años él había tratado de aconsejar a su hermano, de inculcarle un poco de sensatez, pero había sido todo inútil. Al principio, Mac había tratado de localizarlo cuando pareció que la situación se complicaba, pero Chad había salido al extranjero y estaba en paradero desconocido. Por supuesto que con suficiente dinero se podía encontrar a cualquiera, pero el problema de Kelly requería una solución

inmediata y Mac había perdido toda esperanza de que su hermano lo pudiera arreglar.

Kelly levantó de repente los ojos y lo miró fijamente. Estaba intentado decirle algo, era evidente, pero era incapaz de entender aquellos ojos. ¡Caramba! Por un segundo fue incapaz incluso de pensar.

La mente de Mac retrocedió dos semanas, a la noche en que ella fuç atacada en el aparcamiento cuando volvía a casa. El ya sabía que estaba embarazada entonces. También sabía que ella estaba completamente enamorada de su hermano y de que Chad era el responsable de su embarazo. Y todos esos factores formaban un problema que afectaba a la familia.., aunque no directamente a él hasta aquella noche.

Ella se había quedado hasta tarde, trabajando en algo importante para Kate... tan tarde que cuando llegó al aparcamiento estaba desierto, tan tarde que sólo había unas cuantas personas cuando entró en el edificio para escapar de su asaltante, buscando ayuda.

Ocurrió que a la primera persona que vio fue a Mac, y aquellos momentos se quedaron grabados en su mente para siempre. Conocía a Kelly hacía varios años, pero habían tenido una relación bastante superficial. La había visto siempre por la empresa o con Kate. En los últimos tiempos, él había tratado de conocerla un poco más, ya que la familia no paraba de comentar la relación de ella con Chad y lo del embarazo, pero le fue imposible conseguirlo. Ella parecía rehuirle. Aunque eso no le importó, ya que estaba acostumbrado a que la gente le respetara. Incluso algunas personas le tenían miedo. Aquella noche, sin embargo, Mac dudaba que Kelly supiera o le importara quién era él. Podía haber sido un santo o un pecador, para Kelly habría sido completamente igual.

La muchacha entró corriendo por las puertas de cristal del vestíbulo. Había un recepcionista de guardia, pero ella pareció no verlo. Le temblaba todo el cuerpo e iba sin abrigo, a pesar de la temperatura bajo cero del exterior. Tenía la mejilla arañada y las medias rotas, incluso le sangraba la rodilla derecha. Lloraba y gritaba, al borde de la histeria, y se abrazó al primer cuerpo que vio con la fuerza de un misil. Estuvo a punto de tirarlo al suelo.

Había luchado unos minutos con el hombre en cuestión y en un momento dado éste la agarró por la manga del abrigo. Esta aprovechó para quitarse la prenda y escapar corriendo. A Mac le costó averiguar lo ocurrido, ya que ella no quería hablar de su atacante y sólo le preocupaba que le hubiera ocurrido algo al bebé.

En menos de diez minutos, Mac consiguió hacer llegar a la policía y a un médico. Seguidamente, la dejó en manos del doctor y de una empleada, para él contestar a las preguntas de la policía. Como imaginaba, los policías no lograron encontrar huellas de la identidad

del canalla. La relación de Kelly y Chad había salido anteriormente en los periódicos, como era habitual tratándose de un asunto que concernía a la familia Fortune. Eso significaba, desgraciadamente, que se había hecho público que ella llevaba en su vientre un miembro de una de las familias más ricas del país.

Anteriormente se habían dado casos de secuestros en la familia. Secuestros, amenazas, intentos de sobornos, robos... ¡La delincuencia no tenía límites cuando se trataba de una familia con dinero como aquélla!

Aquella misma noche, algo después, él había llevado a Kelly a casa y se había quedado con ella para tranquilizarla. Le dio un vaso de leche y él se sirvió una copa de whisky... era el único alcohol que ella tenía en su apartamento. Luego propuso que se casaran. Fue la primera vez que la vio sonreír aquella noche. Y cuando se dio cuenta de que él lo decía en serio, le entró hipo.

No sabía cómo se le había ocurrido aquello. No era muy lógico solucionar un problema añadiéndole otro mayor. Pero ocurría que lo que ella tenía en el vientre era su sobrino. Un miembro de la familia. Y si ella había sido o no consciente de aquello al acostarse con su hermano, no cambiaba las cosas. El hijo estaría mucho mejor protegido si continuaba dentro del círculo familiar, dentro de su poder. Kelly tendría así oportunidad de asegurar el futuro de su hijo. Mac no cerraba ninguna puerta, ni a ella ni a él. ¡Sabía perfectamente que ella estaba enamorada de su hermano! Pero el amor no tenía nada que ver con el problema. El no iba a solucionarlo. Justo entonces se dio cuenta de que la única solución era que ellos dos se casaran.

Mac sabía que ella había dicho que sí aquella noche porque estaba asustada. No sólo porque estuviera asustada por el ataque de aquella noche, sino también porque se daba cuenta de que aquel ataque podía ser la punta de un iceberg. Puede que ella lo único que hubiera hecho había sido enamorarse de un hombre, pero aquel hombre pertenecía a la familia Fortune y eso significaba una serie de repercusiones en su vida que ni siquiera imaginaba.

Mac se dio cuenta repentinamente de que Kelly también estaba asustada en ese momento. Además, no trataba de ocultar su miedo, ya que lo miraba fijamente. Tenía dos círculos rojos en las mejillas y su pulso era tan fuerte como un reloj histérico. Sus suaves ojos azules lo miraban con un mensaje urgente. ¡Probablemente se iba a poner a hipar en cualquier momento!

Mac, con el ceño fruncido, miró al sacerdote. El reverendo tenía el rostro tan rojo como Kelly.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia. «Ahora, Mac» —repitió, al ver que el novio lo miraba.

¡Maldita sea! Se dijo Mac. Entonces agarró el velo de encaje y se

inclinó. Por una razón que él no supo, los ojos de Kelly lo miraron con una intensidad mucho mayor. El no podía imaginar por qué estaba preocupada. Sólo era un beso. Un gesto tradicional. No iba a durar más de un segundo. Debía saber que no tenía que tener ningún miedo de él.

Y luego la besó.

El beso fue breve. Más rápido de lo que un hombre tarda en llenarse de aire los pulmones. Mac tenía que agradecérselo y prometerle que nunca le haría daño. Jamás. Cuando se inclinó para rozar sus labios, no pensó en nada más que en el deseo mutuo de terminar cuanto antes.

Pero en se breve espacio de tiempo algo pasó. El no podía explicarlo. Fue sólo… que los labios de ella eran más calientes que el sol de verano. Más suaves que la primavera, más que el roce de una brisa ligera. Tenía un sabor joven y dulce y vibrante, y hacía miles de años que Mac no sentía aquello. El era un hombre adulto. Hacía mucho tiempo que había dejado a un lado el idealismo juvenil, pero en ese instante recordó los años en que había sido joven… y estúpido. Cuando el amor lo era todo para él y la vida le ofrecía un sin fin de peligros y posibilidades. Hasta aquel segundo, no había vuelto a recordar aquel deseo enorme de amar.

No sabía por qué un beso corto de Kelly le había Capitulo Dos hecho evocar todo aquello.

Pero cuando él levantó la cabeza, dos círculos rojos le teñían las mejillas y el pulso se le había acelerado sin control.

Capítulo Dos

— ¿Cuánto falta?

—Como siete kilómetros —contestó Mac, tocándose la mandíbula—. Más o menos medio kilómetro menos de la última vez que me preguntaste. ¿Te pasa algo?

Era una pregunta graciosa, pensó Kelly. Se acababa de casar con un desconocido y el beso que había sellado su estado la había dejado conmocionada. La tormenta de nieve no cesaba y el viento era tan fuerte que los limpia parabrisas del elegante Mercedes de Mac apenas funcionaban. Habían salido de la autopista poco antes y no se habían encontrado ningún coche desde entonces. Tampoco edificios o luces, ni ninguna señal de que alguien pudiera ayudarlos en caso de urgencia... si acaso encontraran algo abierto aquella noche de Año Nuevo.

Por supuesto que les pasaría algo, pensó Kelly, aunque lo que pudiera acontecerles no era nada comparado con el problema que rondaba a Kelly continuamente.

—Cuánto tiempo sueles tardar desde la empresa?

—Unos quince minutos. Veinte como mucho, pero con esta nieve no puedo ir a más velocidad.

—Lo sé, Mac, no quise parecer impaciente.

— ¿No tendrás frío, verdad? Si quieres, puedo subir la calefacción...

—No, estoy bien.

De todas formas, él la subió.

—Si estás cansada, puedes echar el asiento hacia atrás...

Ella se sintió halagada por las molestias que él se estaba tomando. Y debido a su comentario, le vino a la cabeza de nuevo la emoción que le había embargado cuando él la besó. Aunque el hecho de que en ese momento se encontrara exhausta seguro que no tenía que ver en absoluto con ese beso. Lo más probable era que se debiera a algún desarreglo hormonal típico de su estado. Después de siete meses de embarazo, Kelly sabía que las mujeres embarazadas eran mucho más sensibles a todo.

—Estoy bien —mintió—, además este coche es muy cómodo.

Mac la miró, sin creerla. Luego volvió la vista de nuevo a la carretera. Ella apenas veía su cara en la semipenumbra del coche, pero pudo vislumbrar su perfil de patricio y ver el brillo de sus ojos oscuros. Pero no sabía en qué estaría él pensando. Si en la boda, en el tiempo que hacía o en cualquier otra cosa. Pero, por el tono de su voz, Kelly se había dado cuenta de que él estaba esforzándose por aparentar que estaba tranquilo.

—Si te preocupa el mal tiempo, puedes tranquilizarte. Porque estoy

acostumbrado a conducir en estas condiciones. Te aseguro que llegaremos a casa sin problemas.

—Me alegra oír eso.

Pero Mac vio que ella seguía removiéndose en su asiento, y se dio cuenta de que no estaba todavía relajada del todo.

—Kelly... ya sé que estás preocupada, y más después de este día tan ajetreado, pero debes saber que si confiamos el uno en el otro, no tendremos ningún problema. Ambos queremos lo mismo, y si nos tomamos la situación con calma, todo irá bien, ¿de acuerdo?

Kelly contuvo un suspiro. Se daba cuenta de que Mac estaba siendo muy considerado con ella y que estaba tratando de consolarla, y lo cierto era que lo estaba haciendo muy bien.

Durante la ceremonia, la había salvado de todas las personas que querían saber demasiado. Había una serie de preguntas que flotaban en el ambiente: ¿Qué clase de relación era la que mantenían ella y Mac? ¿Se conocían los dos lo suficiente? ¿Sabía Chad que se iban a casar?

Ella no quería entrar en detalles, y cada vez que alguien la interrogaba, allí aparecía Mac presto a salvarla.

Kelly había estado locamente enamorada de Chad, pero después de que se acostaran, se dio cuenta de que él sólo buscaba seducirla. Luego, se había enterado de que él ya había estado envuelto en un asunto de una muchacha que lo acusaba de ser el padre de su hijo, así que cuando ella con- firmó que estaba embarazada ya sabía que él no se casaría nunca con ella. Y eso ya no la importaba, pero tampoco quería contárselo a nadie.

Así que estaba muy agradecida a Mac por haberse mostrado tan protector con ella durante la boda. Pero en ese momento, en el que ya estaban ellos dos solos, no se sentía cómoda con la actitud de él. Además, él era un hombre muy atractivo, y eso hacía las cosas más difíciles. Cada vez que le hablaba con esa voz de barítono, conseguía que le temblaran los pies.

Kelly se removió en su asiento de nuevo.

—Creo que en estas condiciones el uso del cinturón es imprescindible. Pero también sé que no están pensados para mujeres embarazadas, así que si te sientes incómoda...

Por lo que parecía, Mac se había dado cuenta de que algo no marchaba bien, y no iba a parar hasta conseguir que ella confesara cuál era el problema.

—Mac, es cierto que estoy incómoda, pero no se debe ni al cinturón, ni a la boda, ni al tiempo. Es sólo que necesito ir al baño.

— ¡Oh! ¿Justo ahora? Creo que no tardaremos más de veinte minutos en llegar a casa...

—Me doy cuenta de que nunca has estado embarazado de siete meses, pero te puedo asegurar que dentro de veinte minutos estaré

completamente desesperada, así que eso no resuelve el problema.

—De acuerdo. No te preocupes, en pocos minutos, pararemos en una gasolinera. Aunque no creo que haya muchas abiertas, ya que es Nochevieja. Además, me temo que...

—Mac.

— ¿Qué?

—Para donde puedas.

— ¿Que me pare donde pueda? ¿Es que no te das cuenta de que estamos en medio de una ventisca de nieve y de que hace un frío infernal?

Kelly se sintió conmovida por la reacción de su marido. Nunca lo había visto tan aturdido.

—Bueno, ya sé que debería habértelo dicho antes, pero ahora ya es tarde. Y necesito bajar del coche inmediatamente.

El paró el coche a un lado de la carretera.

—Si necesitas...

—No te preocupes, desde el cuarto mes de embarazo, siempre llevo toallas de papel conmigo.

El viento soplaba con una fuerza endemoniada haciendo que la nieve se metiera por todas partes. Kelly pensó que era un modo extraño de comenzar un matrimonio. Cuando volvió al coche, con los pies y el pelo empapados, y con nieve en las pestañas y en la nariz, Mac no pudo evitar una sonrisa divertida.

—Creo que durante los dos próximos meses será mejor que no te metas en medio de más ventiscas.

Kelly se rió entre dientes. Se sorprendió al darse cuenta de que Mac tenía sentido del humor. De modo que pensó que le había juzgado prematuramente. Lo cierto era que pensaba que se trataba de un hombre serio y formal debido al tono de las conversaciones que habían mantenido durante las últimas dos semanas. Pero en ese momento se daba cuenta de que el tono no podía haber sido otro, ya que se trataba de un asunto grave. Tampoco le había visto bromear en el trabajo, pero en esa clase de negocios no había lugar para el sentido del humor.

Así que Kelly sabía poco de cómo era Mac realmente. Desconocía cuales sería sus sueños y sus inquietudes. Tampoco sabía con qué tipo de mujeres acostumbraba él a salir, pero dudaba que se parecieran a ella.

Antes de que se diera cuenta, estaban enfrente de una verja de hierro, y Mac estaba accionando el botón que abría la puerta con un mecanismo electrónico.

—Tendré que enseñarte un montón de cosas, como el funcionamiento del sistema de seguridad, pero ya tendremos tiempo para eso mañana. Imagino que ahora lo único que querrás será descansar. Pero lo que sí quiero que sepas es que aquí estarás segura,

Kel.

—Lo sé —eso era de lo único que podía estar segura. Con Mac a su alrededor se sentiría segura incluso si un león la atacara. Aunque también había descubierto que una cosa era que se sintiera a salvo de cualquier criminal, mientras estuviera con Mac, y otra cosa era que se sintiera a salvo de él.

El camino privado estaba rodeado de pinos cubiertos de nieve, al igual que el suelo, en el que no se podía ver ninguna pisada, dando el aspecto al terreno de estar deshabitado. Pronto llegaron frente a la casa.

Kelly sintió una patada del bebé, y se echó las manos a la un modo instintivo. Pudo reconocer la casa incluso en medio de la oscuridad.

Mac la había llevado allí unos días antes para que decidiera si podría vivir allí. Era como si él hubiera querido darle una última oportunidad de echarse atrás con lo de la boda. Pero, a decir verdad, sabía que esa oportunidad no había existido, ya que ella, desde el ataque en el aparcamiento, estaba petrificada por el miedo. Lo único que quería era proteger a su bebé. Eso era lo único que importaba. Así que esas dos últimas semanas habían transcurrido a toda velocidad, sin que ella pudiera pararse a pensar lo que iban a significar todos esos cambios en su vida.

Pero al ver la casa, de pronto, la situación se había hecho más real.

Había luces en la casa. La nieve parecía enrollarse alrededor de las luces del porche y en las ventanas se veían algunas lámparas encendidas, como dándoles la bienvenida. Kelly recordó la primera vez que vio la casa de Kate Fortune. Ella había crecido en un lugar humilde con una madre soltera y el lujo de esa mansión la había deslumbrado. Los numerosos objetos de arte, los paisajes, las alfombras y todo ese lujo que nunca había podido ver ella antes, sino en las películas. Kelly recordó qué fácil era sentir un ataque de codicia al ver todas esas posesiones, pero el trabajar con Kate había hecho que se acostumbrara al lujo. Había descubierto lo que significaba vivir en un verdadero museo.

Aunque la casa de Mac no parecía ningún museo. Era una casa de piedra con un porche formado por arcos, y su tamaño era enorme. Sobre todo, si se comparaba con el apartamento en el que vivía ella. Pero ese edificio tenía cierta personalidad y no parecía un sitio sin alma. Daba la impresión de que alguien vivía allí. A ello contribuían el humo que salía de la chimenea, y también la entrada de la casa, de la que alguien había apartado la nieve, dejando olvidada la pala en el porche.

Sólo pudo echar un breve vistazo a la fachada de la casa, ya que Mac metió el coche en el garaje rápidamente. Allí estaba aparcado un jeep. Kelly se sorprendió, ya que no se imaginaba a Mac montado en él.

Siempre lo había visto trajeado como para salir en la portada de una revista de negocios.

— ¿Es tuyo ese jeep?

—Sí —respondió Mac, bajándose del coche. Kelly no se había dado cuenta hasta ese momento del aspecto de cansancio que tenía él. Había conducido un largo trecho, por no hablar del resto del día...

—Vamos dentro, Kelly. No hay nadie. No me acuerdo si el otro día conociste a Benz y a Martha. Ellos viven al otro extremo de la finca y se encargan de llevar la propiedad. Ya les he advertido que vendré a menudo. No quiero que estés aquí sola, mientras yo esté trabajando. Especialmente, estando tu embarazo ya tan avanzado. Pero pensé que los primeros días preferirías adaptarte a la casa sin que hubiera mucha gente a tu alrededor. Si no recuerdas bien la distribución, te diré que esas puertas son las de la cocina. Entra y ponte cómoda, yo enseguida estoy contigo... quiero revisar unas cosas antes. La casa tiene un generador, por si hay problemas con la electricidad, y temo que con la tormenta podríamos quedarnos dos días… colgados.

— ¿Colgados?

A Kelly no le parecía esa expresión muy normal para Mac, pero él volvió a sonreírle de ese modo tan maravilloso.

—Sí, no sé dónde tengo la cabeza. Estoy diciendo tonterías sobre lo primero que se me ocurre, cuando debería recordar que hay cosas más importantes. El cuarto de baño está en la primera planta, a la izquierda.

Por un segundo, ambos compartieron una sonrisa. Una sonrisa verdadera. Por un instante, ella olvidó que él era un hombre atractivo, olvidó que era el poderoso Mac Fortune, olvidó que él se había encargado de la responsabilidad de cuidar a una mujer que su hermano había dejado embarazada. En ese momento, Mac fue simplemente... un hombre. Un hombre con cabello oscuro y una sombra de barba incipiente. Un hombre con una sonrisa que suavizaba aquellos ojos verdes tremendamente fríos. Un hombre al que tenía interés en conocer por ella misma, no por una imposición externa.

Pero él tenía que revisar aquel generador, así que ella entró rápidamente en la cocina. Después de quitarse el abrigo y dejarlo sobre una silla, se quitó los zapatos y se dirigió al cuarto de baño adyacente.

Cuando se lavó las manos, se miró al espejo e inmediatamente pensó en la posibilidad de esconderse allí... durante las dos semanas siguientes. Claro que había tenido peor aspecto alguna vez, aunque no recordaba cuándo. Su pelo fino estaba despeinado, su maquillaje se había borrado y su traje de satén resultaba ridículo sobre su vientre del tamaño de un balón. La novia de Frankestein seguramente era más guapa... Aunque Kelly sabía que el físico era lo de menos en ese momento. Mac no tenía motivos para importarle lo que pareciera.

Era sólo que temía enfrentarse a su marido. Y eso que no había

razones para preocuparse por la posibilidad de que pudieran mantener relaciones íntimas. Incluso aunque ella no estuviera embarazada de siete meses, no imaginaba ser el tipo de mujer que pudiera atraer a Mac. Además, ellos se habían casado porque no había otro remedio, pero no iban a acostarse juntos ni tenían por qué sentirse incómodos al respecto. Sin embargo, para una novia recién casada lo normal sería abandonarse en los brazos de su amante y Kelly no sabía qué hacer o qué decir, ni siquiera cómo empezar a vivir con él.

El hecho de posponerlo, además, no iba a hacer que el problema se solucionara solo, de manera que después de cepillarse el cabello salió. En seguida notó que la puerta trasera estaba cerrada y las luces del porche apagadas. También que su abrigo había desaparecido, así que Mac debía de haberlo colgado en algún sitio.

Se quedó en la cocina, tratando de recordar la distribución de la planta de abajo. El lado este de la casa albergaba la cocina, un gran salón con confortables sillones al lado de las ventanas y la biblioteca—estudio, con una chimenea y estanterías que llegaban al techo. En esta última habitación había también una alfombra oriental de colorido brillante. Había esperado encontrar allí a Mac, ya que parecía una habitación privada, pero no fue así.

Al otro lado del vestíbulo estaba la escalera que conducía a la planta de arriba. Luego estaba la parte oeste de la casa, que no recordaba. Pero no le hizo falta porque encontró en seguida a Mac en el enorme salón. Ya desde la entrada, no pudo evitar ponerse nerviosa de nuevo.

La habitación era maravillosa. El techo y las paredes estaban cubiertas por paneles de madera. El arco enorme de una chimenea de piedra llegaba casi hasta el techo y era lo suficientemente grande como para asar en ella un oso. Ninguno de los muebles era especialmente moderno. Eran fríos y escogidos, evidentemente, por un hombre: sillas enormes, dos grandes sofás y antigüedades con cierto sabor al Oeste. Finalmente, el tapizado de color verde oscuro de los sillones parecía resaltar la madera de los paneles. Era un lugar perfecto, por lo menos para un hombre, excepto por las maletas y las cajas que se apilaban por todas partes.

Mac se había quitado la chaqueta del frac y se había desabrochado los botones superiores de la camisa. Al entrar ella, estaba agachado en el suelo, encendiendo la chimenea. Había conseguido ya encender algunas llamas que llenaron la sala de olor a pino.

Mac se levantó con una sonrisa en los labios.

—Me estaba empezando a preguntar si te habías perdido.

—Será mejor que te diga cuanto antes que tengo el sentido de la orientación de un murciélago sordo. Me puedo perder en una habitación con una sola puerta. Por cierto, tienes una casa preciosa,

Mac.

—Ahora también es tu casa —contestó él, acercándose a un grupo de maletas apiladas—. Mandé traer tu ropa esta tarde, pero no dije nada acerca de los muebles. Creo que podríamos ir a tu apartamento dentro de unos días para que elijas lo que quieras traer...

—Los muebles que tengo son pequeños, no creo que queden bien aquí.

—Encontraremos sitio para ellos. O puedes traer sólo algunas cosas. Y desde luego, si quieres cambiar o redecorar algo, sólo tienes que decirlo. Como te decía, no sabía si traerlo todo aquí o dejarlo para que lo trajeras tú. Por otro lado, no sé dónde quieres dormir. ¿Recuerdas la planta de arriba?

—Si te soy sincera, no —aunque sí recordaba el dormitorio principal.

Que era el dormitorio de Mac. Pero había estado tan nerviosa todo el día que no había puesto mucha atención en el resto de la planta.

—Bien.., arriba hay cinco habitaciones libres. Me imaginaba que elegirías dos, una para el niño y otra para ti, ¿qué me dices? Pero antes quería preguntarte a ti. También he pensado que, como estarías muy cansada de todo el día, hoy te acostarías en cualquier cama y mañana o cualquier otro día puedes elegir.

—Me parece bien. Hoy me da igual acostarme en un sitio o en otro.

Kelly pensó que todo parecía como si fuera un sueño. Luego miró de nuevo sus maletas y pensó que parecían las de una huérfana que va de visita. Al lado de ellas, había una mesa pequeña con dos vasos. Uno de ellos era de leche, por lo que, obviamente, debía ser para ella.

Mac hablaba sobre dónde dormir aquella noche, de la misma manera práctica con la que había organizado la boda. También conducía de ese modo y hacía todo lo demás. Kelly no sabía lo que había esperado de él, pero nunca creyó que pensara tanto las cosas y que las hiciera con aquella sensibilidad. La estaba tratando como si fuera una porcelana china, cuando él se había visto implicado en aquel matrimonio a su pesar.

— ¿Quieres acostarte ya? O quizá prefieras sentarte un rato frente a la chimenea con los pies en alto...

—Mac —dijo, tomando el vaso de leche y dando un pequeño trago —. No te atrevas a decirme ni una palabra amable más. Me estoy empezando a sentir algo incomoda

¿Incómoda? —el hombre se levantó inmediatamente—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Es por el niño? ¿Te sientes mal?

—No, no... no es ese tipo de malestar. Me siento... No sé. Me he metido de repente en tu vida y sé que, aunque hayamos hecho esto por razones importantes, va a ser difícil sentirnos cómodos juntos. Miro esta casa y todo me dice que es para un hombre soltero, no para que

una mujer venga y ponga cortinas de encaje y cojines rosas...

—No hay problema, Kelly. Si tú quieres cortinas de encaje... —dijo él, confundido.

—No. ¡Caramba, quedarían fatal! — se imaginó las cortinas contra la madera rojiza y estuvo a punto de soltar una carcajada—. No quería decir que me importara algo así. Sólo quería... ¿Te importa que te haga una pregunta?

—Claro que no. Adelante —dijo, sentándose en uno de los sillones tapizados de verde oscuro. Hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo.

Ella pensó en que sería mejor sentarse en una silla dura, ya que sabía lo que le costaba levantarse y sentarse, pero la única silla de la habitación estaba muy lejos de Mac. Así que se dejó caer sobre uno de los cómodos sillones.

—Hemos hablado ya de muchas cosas. Sé que te diste cuenta del miedo que tenía la noche que fui atacada...

—Sí, lo sé. Y me gustaría tener el poder de cambiar las cosas, Kelly, pero me temo que los delincuentes sienten cierta especial atracción por familias como la nuestra.

—Ahora lo entiendo, pero cuando me enamoré de tu hermano, nunca pensé en ello ni en cómo podría afectar a mí o a la de mi hijo — la muchacha dio otro sorbo de leche—. Lo que intento decir, es que al pedirme que me casara contigo, se solucionaron muchas cosas. Aunque sólo con respeto a la seguridad. Ahora tengo tu apoyo y el apoyo de toda la familia, a parte de esos muros altos y gruesos.

—Y tu bebé tendrá un apellido.

Ella asintió.

—Sí. El o ella tendrá un apellido y una familia. Asegurar el futuro de mi hijo, Mac, es lo único importante para mí. Pero ya hemos hecho todo eso, me hiciste firmar un montón de papeles que me benefician y benefician a mi hijo. Incluso me explicaste toda esa burocracia para que no me perdiera entre tanto documento...

Mac colocó uno de los pies sobre la mesilla de café. Por la expresión de su rostro, era evidente que no sabía hacia dónde se dirigía la conversación.

—La cuenta que abrimos a nombre del bebé asegurará su futuro, pase lo que pase hasta entonces —continuó Mac—. Tú ahora mismo estás en una situación de debilidad, también después de que nazca el niño. Pero esas circunstancias no van a ser iguales dentro de un tiempo y eso significa que quizá quieras cambiar tu vida. Ambos estamos de acuerdo en que este matrimonio no tiene por qué durar si deja de funcionar en algún momento.

Kelly hizo un gesto de impotencia.

—Sí, todo es estupendo —dijo—. Sé todas las ventajas que hay para

mí y para el niño. Pero son sólo eso y sólo para mí. ¿Qué hay de tu vida?

Las cejas de Mac se arquearon, como si la respuesta a aquella pregunta fuera evidente.

—La relación con mi hermano significa para ti un riesgo continuo. No sabemos si aquel canalla intentaba secuestrarte, pero no sería el primer secuestro en la familia. Nosotros hemos tenido que enfrentarnos a todo tipo de estafadores, ladrones y chantajistas, y el hecho de que tu relación con Chad haya aparecido en los periódicos significa que cualquier desalmado sabe que llevas en tu vientre un miembro de la familia.

—Pero fue Chad quien me puso en esa situación, no tú. No es culpa tuya, Mac.

—Culpa no, pero hay un problema y tiene que ser solucionado: tú y el niño necesitáis protección. Si fiera tan sencillo como contratar a un guardaespaldas, cualquiera podría haberlo hecho, pero no es tan sencillo. Tú no has crecido en nuestra familia y hay peligros con los que puedes encontrarte que no sabrías cómo manejar. Además, el bebé no sólo necesita dinero —Mac hizo una pausa y alcanzó su vaso de whisky—. ¿Te contó Chad cosas de la familia?

—Algunas cosas, no muchas. Sé que tu madre murió cuando tenías diez años y que fue muy duro para ti. Sé también que eres el mayor y que hay mucha diferencia de edad entre tú y los mellizos. Conozco a Chloe, ya que está muy unida a Chad...

—Ambos son incorregibles. Los quiero mucho, pero no me gusta el tipo de vida que llevan. Al parecer, mi padre se hundió emocionalmente cuando mi madre murió y los dejó demasiado libres. Chad tiene que luchar por encontrar su camino. Conozco sus cualidades y sé que tú también las conoces. Yo me siento culpable por no haber podido ejercer una mayor influencia en su educación.

—Entiendo lo que dices. Tú te sientes culpable porque el bebé es de Chad, pero sigue siendo un error de tu hermano y mío, no tuyo.

—Llevas en el vientre a mi sobrino o sobrina. Alguien de mi misma sangre y puede ser lo más cercano a un hijo que yo alguna vez tenga. Si nos aseguramos de que nuestra relación se mantiene legalmente unida...

— ¿Quieres participar en su educación?

—Hasta cierto punto sí. Yo quiero tener la capacidad de decidir en todas las pequeñas cosas que van apareciendo cuando un hijo va creciendo. Como el colegio, el cuidado sanitario, la seguridad, la oportunidad de que conozca una parte masculina...

—Mac, yo siempre te permitiría todo eso. En cuanto a nosotros, si alguna vez no nos ponemos de acuerdo, me imagino que discutiremos y no habrá ningún documento que me impida decirte que estás

interfiriendo demasiado en su vida. Pero volviendo a lo que decías hace un momento, ¿por qué has dicho que es tu única oportunidad de tener un hijo? ¿Por qué no te has casado?

Kelly notó un brillo de humor en los ojos de él.

— ¿Te referías a ese tipo de preguntas?

—Mac, no quiero incomodarte —aseguró, luchando por encontrar las palabras precisas—. Estoy intentando encontrar el modo adecuado para que las cosas funcionen también para ti, no sólo para mí. Miro esta casa, que es el paraíso de un soltero, y no puedo evitar pensar que de repente te has visto unido a una mujer que le gusta el encaje, las flores y el desorden. A una mujer que creció en una casa que cabría toda entera en este salón. Todo ello me hace darme cuenta de que debemos de ser dos personas muy diferentes. Y, además, si nunca has querido casarte...

—De acuerdo, ahora entiendo lo que dices. Y la verdad es que nunca pensé en casarme —declaró, frotándose la barbilla—. Toda la familia ha tratado siempre de atarme de alguna manera. No sé si puedo explicar por qué no lo he hecho. Puede que la razón esté en que no he visto muchos matrimonios felices en la familia. Si alguien viene a mí, es porque hay problemas. Todo el mundo comienza a hablar de lo enamorado que está, pero sé lo que pasa cuando termina la luna de miel, cómo se tuercen las vidas en nombre del amor, cómo los niños son separados de sus padres cuando las cosas no funcionan. Si te soy sincero...

Un leño se partió en la chimenea, provocando un estallido de chispas. Mac se acercó al fuego y pareció que daba por concluida la conversación.

—Por favor, termina de decir lo que piensas —suplicó Kelly.

—De acuerdo. Puede que a ti te parezca difícil de creer, pero estoy a gusto con este matrimonio.

—Estás bromeando.

—No. Tiene su lógica. Creo que ambos tenemos la libertad que otras parejas no tienen, podemos hacer nuestras propias reglas. No tenemos por qué hacer juntos algo que a uno de nosotros no agrade. Si quieres pintar la casa de rosa, créeme Kelly, que puedes hacerlo. Si algo no te gusta, sólo tienes que decirlo. Estoy seguro de que tendremos que llegar a un acuerdo en todo tipo de cosas, pero ninguno de los dos vamos a entremezclar los sentimientos en ello. Podemos ser sinceros el uno con el otro.

Kelly no dijo nada, simplemente observó a su marido. Podría haber imaginado que Mac valoraría la sinceridad y la libertad en una relación. Con la cantidad de responsabilidades que tenía que manejar en su trabajo y en su familia, no soportaría tener una pareja, o incluso una amiga, que exigiera una continua atención. Y, como siempre, su

expresión era ilegible, sus ojos impenetrables. No parecía sentirse solo, sin embargo, y a pesar de ello, sus palabras fueron para Kelly la declaración de alguien solitario.

— ¿No crees en el amor, Mac?

—Claro, creo en todo tipo de amor. En la amistad, en la lealtad, en la familia.., en cuidarse de uno mismo.

— ¿Pero no en otro tipo de amor? ¿En el amor entre un hombre y una mujer?

Mac terminó el último sorbo de whisky y la miró fijamente.

—Creo que el poder de las hormonas puede llegar a ser muy placentero... pero si te preocupa si te seré fiel, tranquila. No puedo decir que me guste la vida de un monje, pero en este momento... ¡Caramba! Creo que ambos vamos a estar muy ocupados por un tiempo. Y no me importa si dormimos o no juntos. Sin embargo...

— ¿Sin embargo?

—Sin embargo, Chad podría volver o tú podrías encontrar a alguien... igual que podría encontrarlo yo. Por eso quise que firmáramos todos esos documentos, para proteger al niño y que no le pueda afectar lo que pase entre nosotros. No tendremos que divorciarnos, Kelly, pero si uno de los dos lo quiere, nos separaremos. Mientras que esto quede claro desde ahora, no tendremos que soportar el sufrimiento que normalmente conlleva la separación. Seguiremos estando unidos a ese hijo y, al mismo tiempo, tú estarás protegida.

A pesar de todo, Kelly seguía opinando que había una laguna en aquella discusión. El no le había pedido nada a ella, excepto sinceridad. Quizá se debiera a que Mac no quería que ella ganara un lugar especial en su vida, a pesar del proyecto en común. Pero Kelly estaba segura de que tendría que haber necesidades que ella pudiera cumplir para compensar todo lo que él estaba haciendo por ella.

Pero antes de que pudiera decir nada más, escuchó el reloj de la entrada, que daba las horas. Una, dos, tres... bruscamente se dio cuenta de que en unos segundos sería un nuevo año.

Mac también se distrajo con las campanadas y se levantó repentinamente.

—Creo que nos habíamos olvidado de esto. ¿Tienes leche suficiente para brindar por el próximo año?

—Creo que sí —contestó ella, inclinándose para agarrar su vaso.

—Hemos pasado un día verdaderamente extraño. Estamos aquí gracias a que la novia dio codazos al novio cada vez que éste se olvidaba de repetir las palabras del sacerdote. ¿Te he dado las gracias?

—No, pero... puedes dármelas haciéndome un pequeño favor.

— ¿Qué?

Ella alzó los ojos hacia el techo, incómoda.

—Estaba intentando levantarme para el brindis, pero creo que no

puedo. No tenía que haberme sentado aquí, los cojines son muy blandos, tendré que sentarme en las sillas duras. Me siento como un elefante...

Antes de que le diera tiempo a intentar levantarse de nuevo, Mac la tomó por ambas manos y tiró de ella. Kelly pensó que, desgraciadamente, la conversación había llegado a su fin. En ese momento brindarían y luego tendría que abrir la maleta.

Al levantarse, su vientre abultado se chocó contra el abdomen liso de él. Y, por alguna razón, él continuó agarrándola durante unos segundos más. Tenía las manos fuertes y calientes, y su roce provocó en ella una corriente de alto voltaje.

Kelly había sentido 1 mismo cuando la había besado en la ceremonia. Aunque estaba segura, entonces lo estuvo y lo estaba en ese momento, de que eran imaginaciones suyas. El simplemente quería ser amable. Había hablado de sexo varias veces con ella como si se tratara de macarrones y queso para cenar. Mac pensaba que estaba enamorada de su hermano y no había ninguna razón para pensar que él sintiera la más mínima atracción hacia ella.

Y ella tampoco hacia él, por supuesto.

Pero por una milésima de segundo, el músculo de la mandíbula de él se tensó, y en sus ojos apareció algo. Pudo ser soledad y tristeza, O quizá se daba cuenta, lo mismo que Kelly, que una pareja de recién casados normales no terminarían su día de boda de aquella manera.

Entonces ella tuvo un impulso de rodearlo con sus brazos. Sabía que los abrazos no eran parte del trato y podría resultar un poco presuntuoso, pero no le importaba. Aquella mirada la emocionó. Todo el mundo necesita un abrazo de vez en cuando. Si tenía un infarto, peor para él, pensó finalmente.

El se puso rígido cuando los brazos de ella se enredaron a su alrededor.

Pero luego se relajó.

Había sido un estúpido, relajándose...

Capítulo Tres

Mac se sirvió otra taza de café, la cuarta en esa mañana, y la llevó hacia la ventana del salón. El sol no había salido todavía y el horizonte tenía ese matiz rosado del amanecer, convirtiendo el paisaje en una postal de Navidad inocente y pura. Pero no había nada inocente en el viento de la noche anterior. Mac estimaba que podía haber dos pies de nieve, algo fácil de eliminar si no fuera porque el nivel no era el mismo en todos los lugares. En algunas partes había montones más altos que un hombre.

Pensó en que Kel estaba embarazada y que no podía estar alejada o aislada de la civilización y de un médico. La población estaba cerca y él tenía una furgoneta preparada para la nieve. Podría limpiar la entrada en unas pocas horas.

Al escuchar pasos en la escalera se giró. Había dejado la cocina encendida, ya que había estado trabajando para ordenar un poco la comida. Sobre el horno se apilaban cuatro sartenes. Una para huevos, otra para beicon, una para bollos y la última para panqueques. La mesa estaba abarrotada con cajas de cereales y recipientes con manzanas, naranjas y melones. También había dos jarras de plata, una con zumo de naranja y otra de arándanos amargos.

Mac se frotó la barbilla. Quizá había llevado demasiada comida. ¡Había comida para un regimiento! Pero las mujeres embarazadas eran una especie completamente diferente a todas. Aunque no sabía los gustos de Kelly o lo que debía comer.

Mac odiaba que las situaciones lo pillaran desprevenido.

Los pasos se aproximaron y su corazón comenzó a palpitar. Se pasó una mano por el cabello, luego se tocó la cremallera del pantalón y luego miró su camisa negra y se aseguró de que no había tanta suciedad como en el suelo. Los pasos sonaban en la escalera. Mac se preparó mentalmente, como si fuera a enfrentarse a todo un batallón.

Y ahí justamente era donde había cometido el error la noche anterior: no se había preparado. Teóricamente no había nada malo en un abrazo, pero no había esperado que ella lo abrazara de repente. Todavía no sabía por qué lo había hecho. Quizá todas las mujeres embarazadas se hacían un poco descaradas. Quizá estaba cansada y no lo pensó. Quizá necesitaba agarrarse a algo para sentir seguridad. Quizá había olvidado que estaba enamorada de su hermano.

Mac no. Lo había intentado, pero la familia le había preguntado muchas veces qué ocurriría si Chad volvía. ¡Y por supuesto que Chad volvería en cualquier momento! Siempre lo hacía, después de una de sus desapariciones. Mac lo sabía perfectamente cuando pidió a Kelly

que se casara con él. También sabía que amaba a su hermano. Pero todas esas complicaciones no borraban los motivos para aquel matrimonio, sino al contrario. Kelly había sido atacada y necesitaba un hombre a su lado. Mac, por otro lado, quería a su hermano, a pesar de conocerlo bien. Demasiado bien y sabía que no había diferencia en que Chad estuviera allí o en una playa de Jamaica. No confiaba en él para que protegiera a Kelly o se hiciera cargo de su hijo. Por tanto, era deber suyo cuidarla.

Y por eso, precisamente, la reacción de él a aquel maldito abrazo era inexcusable. Mac se pasó la mano por el pelo. Recordó cómo él también la había abrazado. Sólo porque no quería quedarse como un bulto y porque, ¡maldita sea!, no deseaba sentirse rechazado o asustado. Devolver el abrazo le había parecido adecuado, pero inmediatamente después todo fue una tremenda confusión. Las sensaciones lo bombardearon como balas. Como balas suaves... Recordó su pelo rozándole la nariz y la sensación de su vientre contra él. Y el modo en que la piel de ella brillaba con el fuego de la chimenea. Kelly olía a champú de melocotón y jabón, y a aquel perfume provocador que llevaba. Le molestaba los comentarios que ella hacía sobre estar fea y sentirse como un elefante. No era cierto. Parecía tan pequeña en sus brazos, tan caliente, tan real. Recordó que había cerrado los ojos y recordó el infantil deseo que tuvo de ser amado... también recordó, demasiado claramente, excitarse tan rápidamente como un adolescente.

Se había retirado de ella bruscamente, esperando que ella no lo hubiera notado. Después estuvo toda la noche viendo la luz del baño encenderse y apagarse y se preocupó de que se pusiera enferma a causa de su estado. Pero lo que más le preocupó fue que ella no pudiera dormir por estar en una casa extraña con su vida completamente cambiada, al lado de un hombre que apenas conocía.

Tendría que solucionar aquello, era todo. ¡El, que había manejado fortunas, contratado y echado a empleados en cuatro países diferentes! ¿Qué problema podía ser una mujer embarazada?

Y de repente ella estaba en la entrada.

—Buenos días, Mac. Te has levantado muy temprano. ¡Qué de nieve!

No importaba la brillante iluminación de la cocina, porque ella era más brillante. Le sonrió, con un gesto de sueño. Se había cepillado el pelo, de eso estaba seguro, pero le caía por los hombros en mechones desordenados. Una camiseta roja enorme le cubría su vientre, y el color le hacía juego con sus mejillas y sus pantalones de algodón. De repente aquella sonrisa adormilada desapareció y, asustado, Mac se preguntó si habría hecho algo mal.

Kelly caminó por la cocina.

—Oh, Mac. Te estoy dando tanto trabajo.

—No te preocupes. Me imaginé que quizá tendrías hambre por las mañanas...

—Siempre tengo hambre, pero, desgraciadamente, suelo tener náuseas por las mañanas y no puedo tomar más que un zumo y una tostada.

—Tostada —repitió él. Naturalmente, la única cosa en la que no había pensado—. No hay problema. Sé que tiene que haber pan en algún sitio...

Ella hizo un gesto para que se calmara.

—No seas tonto. Tú puedes desayunar, no hace falta que me esperes. Y yo tengo que empezar a saber dónde están las cosas en la cocina. Te puedo ayudar a colocar toda esa comida...

—No, no. Siéntate y relájate —sugirió él, pensando en que era mejor apartarla del horno y de toda aquella comida, sobre todo si le daban ganas de vomitar—. ¿Dormiste bien?

—Muy bien, aunque el niño no dejó de darme patadas. Y tuve un pequeño problema con el colchón...

— ¿El colchón? —preguntó, levantando la cabeza de la jarra de zumo.

—Sí. No estoy preparada para una vida lujosa. Apenas puedo dormir si el colchón no tiene bultos.

Mac había hecho una lista completa de las cosas que ella podría necesitar, pero nunca imaginó que pudiera necesitar un colchón con bultos.

—Mac... quizá puedes dejar de echar el zumo sobre la mesa...

— ¡Oh, Dios mío!

Pero ella rió mientras agarraba un puñado de toallas de papel y las llevaba a la mesa.

—Había un chiste sobre un colchón con bultos. Sólo estaba intentando hacer una broma, pero me temo que te he puesto nervioso.

—No estoy nervioso —aseguró él, pensando en lo poco que ella lo conocía.

Toda la familia afirmaría sin vacilar que tenía nervios de acero. Cuanto mayor era el problema, más tranquilo se ponía él. Los problemas eran su estimulante. Pero cuando su mujer descubrió un poco de zumo sobre su camisa y comenzó a darle golpecitos en el pecho, Mac se puso al borde de un infarto.

Kelly retrocedió y lo miró fijamente.

—Escucha, tenemos que hablar de algunas cosas y vamos a sentirnos más cómodos los dos. Te lo juro.

Mac pensó que ella le estaba robando su personalidad. Así era como él siempre actuaba y él era quien utilizaba ese tono de voz tranquilo y

firme. Desde luego, aquella mujer era bastante decidida.

Eficientemente, ella terminó de fregar el zumo que había caído, sacó pan de un armario y luego sacó solemnemente un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo.

— ¿Te gusta hacer listas? —quiso saber Mac.

—No puedo empezar el día sin hacer una —admitió ella.

Quizá hubiera esperanza aquella mañana, aunque... Bueno, si ella iba a presumir de su lista, él podría presumir de la suya. La suya, sin embargo, tendría cosas importantes. El sistema de seguridad, números de emergencia, cómo utilizar los aparatos eléctricos de la casa, desde los ordenadores hasta el equipo de música. También tarjetas de crédito y su nueva agenda.

Sólo que Kelly de repente frunció el ceño.

—Mac, me doy cuenta de que tenemos que hablar sobre todas estas cosas de la vida diaria, ¿pero no podíamos hablar primero de algunas cosas importantes? ¿Cuál es tu comida favorita? —preguntó, con el bolígrafo preparado.

— ¿Comida?

—Sí. ¿Te gusta la carne o el pescado? ¿Eres alérgico a algo, o hay alguna verdura que no puedas soportar? ¿Te vigilas el colesterol, o te crees inmortal? ¿Te gusta un postre en especial?

—Kelly, no pienso que tú vayas a cocinar...

— ¿Vamos a comer por osmosis? Y luego dime, cuáles son tus programas favoritos de televisión, y mucho más importante: ¿cuáles son tus aficiones?

— ¿Aficiones?

—No hace falta que me hables de tu trabajo. ¿Pero qué haces para relajarte? ¿Te metes en un jacuzzi? ¿Montas en bicicleta? ¿Piensas sentado en el metro? ¿Esquías? Y si necesitas al día un tiempo para estas solo —la muchacha hizo una pausa y vio el gesto de Mac—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras de ese modo?

Mac no se dio cuenta de que la mirara de una manera especial. Además, eran demasiadas preguntas.

—No recuerdo a nadie que me preguntara nunca por mis aficiones. Y no creo que mi propia hermana sepa mis platos favoritos.

—Pero Chloe no vive contigo. Yo sí. Tampoco quiero interferir en tu espacio, Mac, y será mucho más fácil si sabemos los hábitos de cada uno. ¿Te gustan las camisas almidonadas?

— ¡Yo que sé! Las llevo a la tintorería y me las devuelven preparadas. Siempre pensé que era algo mágico. Nadie me dijo nunca que pudiera elegir.

Ella murmuró algún comentario gracioso sobre los hombres y luego continuó. Mucho rato, Mac estuvo soportando preguntas sobre las cuentas de la casa y dónde guardaba los recibos. También le preguntó

lo que le gustaba leer, o si había llamadas que le molestaran y quería que las contestara ella.

Mac no recordaba haber tenido nunca una conversación así con nadie. Nunca le habían hecho unas preguntas tan personales, ni siquiera él había pensado en muchas de aquellas cosas hacía años. Mientras hablaban, pensó que tenía que cuidarla, aunque le fuera en ello la vida. Ella no sólo estaba embarazada, además había tenido que soportar experiencias traumáticas en los últimos tiempos y él iba a intentar que su vida fuera más fácil.

—No, no te desesperes, Mac. Casi hemos terminado...

—No estoy desesperado. Yo nunca me desespero.

— ¡Ah! Eso estaba en mi lista. ¿Qué tipo de cosas te hacen perder la paciencia? La verdad es que creo que no tendré problema en imaginarlo yo misma

—continuó ella, con un gesto travieso breve—. También tengo que hablarte de algo desagradable, así que prepárate. Es sobre dinero.

¡Ya era hora! Mac sospechaba que ella era una mujer práctica.

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa, Mac.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, pues yo sé que no tengo mucho dinero, pero prefiero que no me hables de ese asunto, ¿de acuerdo?

—Muy bien, Kelly. Pero es que quería comentarte...

—Perdóname un momento.

Mac se quedó sentado con la cabeza sujeta entre las manos, mientras ella iba al baño. Nada estaba sucediendo según lo que él había planeado. Aceptaba que ella no quisiera hablar de finanzas, pero lo cierto era que no habían hablado de nada importante todavía. Tan pronto como ella volvió del servicio, Mac decidió que debía tomar la iniciativa.

— ¿Puedo hablar yo ahora?

—Por supuesto, Mac.

Pero en vez de sentarse a escuchar educadamente como había hecho él, Kelly se puso a revolver cacharros en la cocina sin parar.

—Kelly, deja eso para luego. Quiero hablar contigo de cosas importantes relativas a tu estado...

— ¿Qué es lo que quieres saber? Mi ginecóloga es la doctora Lynn y en cuanto al seguro médico, tengo el de la empresa. Por cierto, ¿no me irás a decir que al estar casada contigo ya no me vale ese seguro?

—Bueno, en cualquier caso te cubriría el mío. Pero eso no es lo que te quería preguntar. ¿Cuándo te vas a convencer de que ese tipo de cosas ya no tiene que importarte?

—Oye, Mac, ya sé que tú tienes mucho dinero, pero no quiero que pienses que mi intención es aprovecharme de ti. Yo puedo pagar mis cuentas.

—Ya sé que no quieres aprovecharte de mí. Y ahora, ¿vas a dejar que te pregunte lo quiero saber o no? ¿Te has hecho alguna ecografía recientemente?

—Sí, la semana pasada me hicieron una. Se temían que podía estar embarazada de gemelos, ya que en tu familia hay algún precedente...

Si, de hecho, su madre había muerto al ir a dar a luz a gemelos, pero él no había querido comentarle nada a Kelly al respecto por miedo a asustarla.

—... pero es un solo niño. Y todo va perfectamente. En teoría, salgo de cuentas a finales de febrero, y no quise saber si iba a ser niño o niña. Eso no me importa, pero lo que sí me está costando es elegir un nombre. He pensado en Annie, si es niña.

El frunció el ceño.

— ¿Es que no te gusta?

—Sí, es un nombre bonito.

—Lo decía por la expresión que has puesto.

—Es que mi madre se llamaba Annie —Mac respiró hondo—. Y algo me dice que tú ya lo sabías.

Ella asintió.

—Sí, Kate me lo comentó en una ocasión. Y también Marie. Creo que ambas querían mucho a tu madre. Hablaban de ella como si hubiera sido una persona maravillosa. Y a mí me parece un nombre precioso. Claro, que hay personas reacias a utilizar nombres de familiares, ¿no serás tú una de ellas?

—No; por mi parte, no podías haber elegido un nombre mejor.

—Me alegro —dijo ella, con una gran sonrisa—. Entonces, si es chica, está decidido el nombre. Ahora ya sólo queda pensar en un nombre por si es chico.

—Eso ya lo pensaremos en otro momento. Ahora quiero saber qué tal te encuentras tú, no sólo me interesa saber que el bebé está bien.

—Bueno, es que no hay nada interesante que reseñar acerca de mí. Lo único que dice la doctora Lynn es que tengo las caderas algo estrechas. ¿Te lo puedes creer? Y yo que me veo más gorda que una ballena...

—De eso nada. No sé por qué dices eso. No estás nada gorda, estás preciosa. ¿Y por qué te dice la doctora lo de las caderas? ¿Es que puede eso suponer algún riesgo durante el parto?

—Oye, Mac, no tienes que mentir y decir que estoy preciosa. No necesito que me adules.

El se levantó a ayudarla a recoger los cacharros.

Viéndola de espaldas a él, pensó que ella quizá no tenía el tipo de belleza de las modelos, pero es que ese tipo de belleza era demasiado frío. Los enormes ojos azules de Kelly podrían dejar pasmado a cualquier hombre, sus labios recordaban dos fresas y su piel era blanca

como una perla. Y además, ella estaba llena de vida y era una mujer de lo más sensual. Una mujer así debería de ser consciente de lo. atractiva que era. A cualquier hombre le volvería loco imaginar esa piel suave desnuda apretándose contra él... De pronto, Mac recuperó la consciencia, arrepintiéndose del curso que habían tomado sus pensamientos.

—O sea, ¿que no tendrás problemas durante el parto? —insistió Mac, recuperando la calma.

—No, estoy perfectamente. Oye, por cierto, me acabo de acordar de... ¿Sabes si mañana por la noche hará buen tiempo?

— ¿Qué sucede mañana por la noche?

—Mañana a las seis y media tengo que ir a la clase de preparación del parto. No es que me apasione la idea de ir mañana, pero es que sólo va a haber cuatro y he ido nada más a la primera...

—No te preocupes, yo te llevaré. ¿Y estabas pensando en ir sola?

—Sí, Mollie se ofreció a venir conmigo como ayudante. Y también Amanda, la que trabaja con tu primo en marketing. E incluso tu tía Kate insistió en que estaría encantada de acompañarme, pero yo les dije que preferiría ir sola.

— ¿Que no quieres que nadie te ayude?

—No, me conozco y sé que tengo poco aguante para el dolor, pero también sé que puedo manejar mejor la situación si estoy sola. Estaré más tranquila.

A él no le gustó la idea de que ella prefiriera estar sola en ese momento, y lo que menos le gustó fue que no se le ocurriera pensar que él, como marido, querría estar allí ayudándola.

De pronto ella le puso una mano sobre el estómago. Y Mac notó que el pulso se le aceleraba de manera increíble. Luego se dio cuenta de que ella lo único que quería era apartarlo para poner en marcha el lavavajillas.

—Si quieres estar sola durante el parto, de acuerdo —dijo él, dejándola pasar—. Pero si no te importa, me gustaría acompañarte a las prácticas.

— ¿Es que quieres aprender a gruñir y a gemir?

—se burló ella.

—Me gustaría saber por lo que vas a pasar, si no te importa.

—No, claro que no. Por cierto, ¿te gustan las galletas con miel y pasas?

— ¿Qué?

—Es que me a mí me apetecen. Y me parece que es un buen día para hacerlas. Por cierto, que he decidido que podemos poner el cuarto del niño arriba, al lado del baño.

—Muy bien —asintió él, echándose una taza de café. Iba a necesitar la cafeína para seguir charlando con la «señorita eficiencia».

— ¿Te parece bien si pinto las paredes de ese cuarto?
—No.

— ¿Cómo que no? Ya sé que el color azul oscuro es bonito, pero no me parece adecuado para un bebé. Creo que un niño preferiría un color más alegre...

—No me refería a lo de pintar la habitación. Puedes hacer los cambios que quieras en la casa, pero lo que no quiero es que lo hagas tú sola.

Estuvieron un buen rato discutiendo; Ella argumentó que estar embarazada no era lo mismo que estar enferma. También le dijo que le encantaba pintar y que podía hacerlo sola. Luego, en un momento de la conversación, le puso un bol en el regazo y le ordenó que batiera la crema que había dentro. El se dio cuenta de que llevaba horas sin preocuparse del trabajo, y al verse allí sentado con el bol entre las manos se le escapó una sonrisa.

Hacía años que no se sentía tan relajado. A él le gustaba llevar un ritmo fuerte de vida con poder y responsabilidades, pero lo que nunca se le había ocurrido era que ese matrimonio sería tan sencillo. No pensaba que vivir con Kelly sería tan divertido. Se trataba de una mujer que charlaba sin cesar y que llenaba por sí sola toda la casa de luz y alegría. No paraba de bromear ni un momento, era una mujer increíble.

Por un momento, deseó que no dejara nunca de nevar. Le hubiera gustado que todo excepto ellos desapareciera durante un tiempo.

Por un momento, se sintió como un verdadero esposo Y pensó que ella le pertenecía y que era normal que estuvieran allí juntos.

Pero entonces, como no podía ser de otra forma, el teléfono sonó.

De ese modo, el mundo real se impuso a la sensación de ilusión que había invadido a Mac. El se recordó a sí mismo que estaba allí para protegerla. Al fin y al cabo ella no había elegido vivir con él, y sena peligroso pretender otra cosa.

Capítulo Cuatro

Treinta horas más tarde, Kelly se estaba poniendo un top rojo modelo prenatal y considerando la posibilidad de divorciarse. La luna de miel se había acabado en el momento que sonó el teléfono mientras preparaban las galletas la mañana del día anterior. Mac le dijo que se trataba de un tal Gray McGuire, con el que tenía que resolver unos asuntos. Así que veinte minutos después, él se fue destino a Nueva York.

Se sentó en la cama y se puso las medias como pudo. Cada vez le resultaba más difícil debido al tamaño de su barriga. Y lo peor era que tenía prisa. Debería de salir en cinco minutos si quería llegar a tiempo a la clase de ejercicios para el parto. No le importaba tener que ir sola. Sabía que Mac era un hombre muy ocupado y no se había terminado de creer que él quisiera acompañarla.

De pronto oyó el ruido de un motor afuera. Miró por la ventana y vio una furgoneta allí abajo. Luego bajó corriendo al vestíbulo.

—Martha, ¿has visto esa furgoneta que...?

El ama de llaves de Mac ya estaba abriendo la puerta.

—Sí, no se preocupe por nada. El señor Fortune ordenó que trajeran el resto de sus cosas. Pero usted tiene que ir a su clase, así que deje que yo me encargue de todo...

—Pero, ¿qué cosas? —preguntó asombrada Kelly.

Justo en ese momento la mujer abrió la puerta y

Kelly pudo ver su cama allí fuera. El color rosa del mueble contrastaba de un modo curioso con el paisaje nevado.

— ¿Será posible? Pero si eso no va a caber aquí...

—Señora, ahora dese prisa. Benz ya ha caldeado el coche para que se puedan marchar.

—Benz, no me vas a llevar —protestó ella, volviéndose hacia él, que estaba al pie de las escaleras.

—Por supuesto que sí voy a llevarla. El señor Fortune me ordenó que cuidara de usted. Y ahora, debemos marcharnos para que llegue usted a tiempo.

Kelly fue todo el camino algo enfurruñada. Martha y Benz eran una pareja encantadora, pero no paraban de repetir «el señor Fortune ordenó», y esa frase la sacaba de quicio.

—Si este matrimonio sigue adelante, voy a tener que cambiar muchas cosas —murmuró ella con enojo.

— ¿Qué dice, señora?

—Digo que es absurdo que tengas que llevarme a la ciudad con el frío que hace, que no debe ser nada bueno para tu artritis.

—Pero usted no debe sentirse culpable. El señor Fortune ordenó que...

—Ya sé, ya sé.

Kelly comenzó a pensar en que Mac debía de sentirse muy solo con todo el mundo llamándole el señor Fortune. Durante el tiempo que había pasado en la casa, todo el mundo que llamaba preguntaba por el señor Fortune, como esperando que éste hiciera algo por ellos, pero nadie había llamado para decir simplemente: «Hola, Mac».

Claro, que se veía que Martha y Benz le estimaban y seguro que su familia también se preocupaba por él, pero era como si no tuviera ninguna relación verdaderamente íntima.

—Y no hablo de sentarnos a comer galletas, pero podía tomarse al menos unos días de vacaciones.

—¿Está usted hablando sola?

—No creas que necesito una camisa de fuerza, Benz. Creo que esto es normal en las mujeres embarazadas. Simplemente estaba diciendo que tenemos que conseguir que él cambie su forma de vida.

Benz asintió. Al poco llegaron a la clínica. El aparcó enfrente.

—Esperaré aquí hasta que esté dentro. Cuando termine, no salga. Yo entraré a buscarla.

—A sus órdenes —bromeó Kelly, dándole un pellizco cariñoso en la mejilla.

Cuando salió del coche, recibió una bofetada de frío. Aunque había poca distancia hasta la clínica. La nieve estaba amontonada por todas partes a los lados de las entradas a las casas y de los caminos. Reconoció a varias de las mujeres que entraban en ese momento por la puerta. Habían estado también el primer día. Kelly se sintió invadida de repente por un espíritu de camaradería al ver a todas esas mujeres con las que tenía tanto en común. Todas iban a ser madres por primera vez. Todas estaban gordas como toneles. Y todas vestían ropas holgadas y cómodas para poder hacer los ejercicios con facilidad.

Sin embargo, poco después, Kelly se enteró de que ella era la única que acudía sola a las clases. Todas las demás llevaban algún ayudante. Casi todas iban acompañadas de su marido, aunque también alguna iba con una amiga o hermana. Pero ella lo había elegido así y no se veía pidiéndole a Mac que la acompañara. Al fin y al cabo, ella se había acostado libremente con Chad y no quería que nadie tuviera que pagar por ello.

Luego, cuando se reunió con las otras mujeres, que estaban riendo y charlando alrededor de las esterillas que había en el suelo, Kelly dejó de pensar en todo aquello. Delante de ellas estaba la señora

Riley, que por su entusiasmo parecía tener treinta años en vez de los cincuenta que tenía.

—Muy bien, señoras. Hoy he traído una serie de muñecos para que

puedan aprender las técnicas para cambiar pañales, hacer que los niños expulsen tos gases y todas las cosas que necesitan saber para cuidar adecuadamente a los recién nacidos. Después de eso practicaremos los ejercicios de respiración...

De pronto, toda la clase se volvió para ver a la persona que entraba en ese momento. Era Mac. A Kelly casi se le paró el pulso al verlo y no pudo evitar emocionarse. Se dio cuenta de que todas las mujeres miraban su elegante forma de vestir y quizá no sólo eso.

También se sorprendió de que ella comenzaba a verlo como a un hombre y no como al señor Fortune que todo el mundo veía. Podía ver sus ojos cansados y preocuparse de si habría comido y dormido lo suficiente. Además, algo en su forma de andar le confirmaba que efectivamente era un hombre que se sentía solo. Todo el mundo lo admiraba, pero él se sentía solo.

—Lo siento, llego tarde —le susurró al oído.

—Pero no pensé que tú realmente...

—Te dije que vendría.

—Ya, pero como tuviste que ir a Nueva York a resolver ese asunto que parecía tan importante...

—Sí, pero ese asunto puede esperar. Por cierto, ¿qué tal va nuestro bebé?

—Nuestro bebé está bien, pero no sé si puedo decir lo mismo de su madre. No consigo enterarme de cómo se maneja el sistema de seguridad de la casa. Martha y Benz me lo han explicado repetidamente, pero yo ya he hecho saltar la alarma un par de veces...

—No te preocupes. Luego te acompañaré a casa y me aseguraré de que lo entiendes.

Kelly pensó que ella no podría entender nada si él seguía mirándola de esa forma, como si se preocupara realmente de ella, como si ella significara algo para él...

De pronto, la estridente voz de la señora Riley interrumpió sus pensamientos.

— ¿Señorita Sinclair? No me gustaría que se perdiera la clase de hoy...

—Ya no es la señorita Sinclair —dijo Mac, antes de que ella pudiera contestar—. Ahora es la señora Fortune.

— ¿La señora Fortune? —repitió la señora Riley. Y por el gesto que hizo, debió de reconocer el apellido—. Entonces usted es...

—Su marido. Y le pido disculpas por interrumpir la clase.

La señora Riley asintió y comenzó a repartir unos muñecos de tamaño natural para que pudieran practicar con ellos. Les enseñó cómo agarrar a los bebés, cómo sacarles el aire y cómo cambiarles los pañales.

Mac le puso el pañal al muñeco con aparente facilidad, pero cuando

lo levantó, el pañal cayó al suelo, con lo que Kelly se echó a reír. El se concentró y repitió la operación como si se tratara de un asunto de negocios. Cuatro intentos después sonrió satisfecho al ver que lo había conseguido. Pero cuando miraron a su alrededor pudieron ver que ya todo el mundo había acabado las prácticas.

Kelly sintió que se estaba enamorando de ese hombre cuando le vio escuchar atentamente lo que decía la señora Riley. Incluso tomó algunas notas. Aparentemente, iba a ser un padre estupendo.

La señora Riley dio la clase por terminada después de que hicieran los ejercicios de respiración y de anunciar que en la próxima clase les pasaría una película con un parto en vivo, así que era conveniente que acudieran todos, tanto las futuras madres, como sus ayudantes.

—No tienes por qué venir si no quieres —le dijo Kelly, mientras se ponían el abrigo y se dirigían a la salida.

—Ya sé que no quieres tener un ayudante durante el parto, pero si no te importa, preferiría venir a las clases que quedan. Como ya te dije, no sé nada acerca de los bebés. Es cierto que tengo varios sobrinos, pero ya conoces a las mujeres de mi familia. No dejan que los hombres se acerquen a los niños.

Salieron a la calle y él, al ver el suelo resbaladizo, le pasó el brazo por detrás de los hombros.

Ella sintió el aire frío contra su rostro, pero se sentía protegida yendo al lado de Mac.

—Ya veo que allí está tu coche, así que imagino que contactaste con Benz.

—Sí, lo llamé al teléfono del coche y le dije que yo vendría a buscarte.

— ¿Has cenado?

—Comeré algo cuando lleguemos a casa.

—Podemos ir a un sitio estupendo que hay aquí cerca —propuso Kelly, pensando que él debía de estar desfallecido después del viaje y la clase. Era probable que incluso tampoco hubiera comido.

—No te preocupes, Kel, estoy bien. Y sé que tú estarás cansada.

Era cierto, lo que era normal debido a su estado, pero quería hacer algo por Mac, aunque sólo fuera Conseguir que cenase cuanto antes.

—Pero, Mac, es que yo también estoy hambrienta.

—Bueno, pues haberlo dicho antes -dijo él, acelerando el paso.

Algo menos de veinte minutos después, estaban sentados frente a un enorme plato de lasaña. Estaban solos en el pequeño restaurante especializado en comida casera. Cenaron tranquilamente mientras oían cantar al cocinero.

Cuando llegó el postre de Kelly, Mac se quedó asombrado mirándolo. Se trataba de un pastel de merengue y limón con pepinillos.

—Me parece que vas a tener pesadillas esta noche.

—Al niño le encantan los pepinillos —replicó ella.

— ¿Y le da igual que te los comas acompañados de un pastel de merengue y limón?

—Bueno, yo preferiría comerlos con un buen helado, pero es que no tenían. ¿Seguro que no quieres probarlo?

—Quizá después, por ahora prefiero disfrutar viendo lo bien que estás comiendo. Creo que ese postre es uno de esos típicos antojos de las embarazadas.

—Yo creía que lo de los antojos era un cuento, pero desde que me apetecieron pepinillos una noche a las dos de la mañana, sé que es cierto. Ya sé que suena a tópico, pero es que yo odiaba los pepinillos antes de estar embarazada.

—Pues nadie lo diría...

—La verdad es que me tomo muy en serio la alimentación. Como mi madre decía, si a una mujer embarazada se le antoja algún alimento, seguramente es porque el niño lo necesita.

—Creo que estás tratando de justificar el haberte hecho adicta a los pepinillos.

—Podría ser peor —replicó ella, con una sonrisa—. A una de las mujeres de la clase le ha dado por los caracoles.

— ¡Oh, Dios! Esperemos que no te dé a ti por nada parecido.

No tardaron en marcharse una vez acabaron de comer. Mientras volvían al coche, él iba riéndose y ella estaba encantada. Nunca le había oído reírse de ese modo. El parecía estar siempre tan preocupado con sus responsabilidades que no se permitía bromear. Así que ella estaba orgullosa de haber conseguido que se relajara.

Ya en el coche, él se puso serio. Pero ya no existía la tirantez de antes en su relación.

—Durante la clase escuché a varias mujeres hablando de que debían de tener cuidado con la tensión y con el nivel de azúcar mientras estuvieran embarazadas...

—No te preocupes, yo no tengo ese tipo de problemas. Con lo único que tengo que controlarme es con la comida, ya que tengo un apetito insaciable. Además, según parece los problemas en el embarazo suelen ser hereditarios y mi madre tuvo un parto muy fácil. Así que es probable que yo también lo tenga.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿tenía tu madre también las caderas estrechas?

—No sé si las caderas serían estrechas, pero sí que era una mujer delgada, pero ya te he dicho que no tienes que preocuparte por mis caderas...

Iban con la calefacción puesta y ya habían salido a la carretera, por lo que los rodeaba la oscuridad. Ella se sentía bien y comenzó a hablarle de su infancia. El barrio donde ella había crecido era como un

mundo diferente para Mac.

—Nunca hice un secreto del hecho de ser hija ilegitima. Nunca conocí a mi padre. El abandonó a mi madre en el momento que ella le dijo que estaba embarazada. El se lo perdió. Porque por lo que puedo recordar, mi madre era una persona increíble. A pesar de las dificultades económicas, recuerdo que ella me quería muchísimo.

—La echas de menos...

Kelly asintió.

—Sí, pero ahora me consuelo recordándola. Al principio, después deque ella muriese, yo también quería morirme. Por cierto, tú también perdiste a tu madre...

—Así es. Y por eso sé a lo que te refieres. Después de que se muriera sentí una pena horrible, pero ahora siento como si ella formara parte de mí cuando la recuerdo. Lo que siento es que Chad y Chloe no pudieran haber vivido lo que yo viví con ella en esos años.

Al oírlo hablar de Chad, Kelly recordó que había querido hablar antes de él con su hermano, pero no se había atrevido. Quizá, ese momento fuera apropiado para hacerlo.

—Recuerdo que de adolescente, mi madre me prohibió maquillarme. La pobre tenía miedo de que me quedara embarazada antes de casarme como le había pasado a ella.

—Pero, Kelly, ése es uno de los errores típicos de todo el mundo. Eso siempre ha pasado. Errar es humano.

—Ya lo sé, pero... —se quedó pensativa—. Mac, cuando me pediste que me casara contigo, te conté todo lo que había pasado con Chad. Y te dije que yo ya no quería casarme con él, pero no sé si tú me creíste...

—Creo que mi hermano te hizo daño. Pero no me importa lo que sientas o sintieras por él. Desde que te atacaron en ese aparcamiento, todas las circunstancias cambiaron.

—Así es. Pero lo que quiero decirte es que no hubo ningún culpable. Yo era muy inexperta con los hombres y Chad no tuvo ninguna culpa. Fui yo quien malinterpretó sus intenciones. El me había dicho en repetidas ocasiones que no quería saber nada de hijos, así que es normal que me abandonara. Además, lo nuestro no habría funcionado. Y sé que él no quiso hacerme daño. Lo único que sucedió es que ambos queríamos cosas distintas de nuestra relación.

Cuando llegaron a la casa, él se bajó y dio la vuelta para abrirle la puerta a ella. En otros tiempos ella abría abierto la puerta por sí misma, pero actualmente tardaba algo más en desabrocharse el cinturón y en maniobrar con esa barriga.

Como él no había dicho nada acerca de lo de Chad, Kelly pensó que no quería hablar de él o que simplemente no estaba interesado en el tema, pero después de abrirle la puerta y de ayudarla a bajar fue él quien volvió a hablar de su hermano.

—Kelly, sabes que él volverá a casa...

—Sí.

—No sé qué es lo que sentirás al verlo de nuevo, pero me dijiste que estabas preocupada por mi relación con Chad. Lo que te quiero decir es que no tienes por qué preocuparte. Yo no voy a sentirme incómodo. Para mí está todo claro. Tuvisteis una relación sentimental y él te abandonó. Sé que te hirió. El es mi hermano y lo quiero, pero lo que te hizo no estuvo bien.

—No quiero que te enfades con él por mi culpa...

—Pues vas a tener que aguantarte, porque pienso darle un buen escarmiento.

—Mac, no has escuchado nada de lo que te he dicho. Te digo que él no tiene la culpa de nada. Lo único que pasó es que yo fui una tonta.

—No te preocupes, no voy a matarlo, sólo voy a darle una buena paliza.

Ella no pudo contenerse y le pasó las manos por detrás del cuello. No sabía exactamente por qué, pero sintió unas ganas irresistibles de que la besara. No sabía si sería por el recuerdo de su imagen sudorosa intentando poner el pañal al muñeco o por el hecho de que él fuera un caballero pasado de moda que creía todavía en el honor, pero lo cierto era que quería que la besara.

El se quedó quieto como una piedra. Kelly pensó que él era demasiado educado para rechazarla y que lo mejor sería no moverse.

De pronto, ella pensó en la humillación que suponía el que Mac descubriera que se sentía atraída por él. Hasta ese momento, ella no había dado ninguna muestra de ello. Sólo había demostrado afecto por él.

Luego, ya no tuvo nada que temer porque él comenzó a besarla. Al comienzo, sus labios le parecieron fríos, pero pronto la hicieron entrar en calor. La hizo sentirse como no se había sentido nunca antes de que él la besara.

Luego sintió sus manos alrededor de su cintura. Pensó que quizá quisiera apartarla, pero cuando la abrazó igual que ella le estaba abrazando a él, se dio cuenta de que no era así.

Ella presentía que él se sentía solo, pero lo que no podía pensar era que estaba tan solo. Cerró los ojos y lo besó a su vez, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Sintió la necesidad de ayudar a ese hombre que, en teoría, no necesitaba ninguna ayuda.

Y es que ella nunca se hubiera imaginado que él pudiera necesitarla, pero. a partir de ese momento podía estar segura de que así era.

La fría noche se transformó en un entorno de ensueño, mientras él la volvía a besar, haciendo que sus lenguas se enredaran y que se despertara en ella una pasión desconocida hasta ese momento.

Ella llevaba tanta ropa que él no pudo tocarla más íntimamente,

pero sus pechos se habían endurecido y sentía un enorme calor en lo más íntimo de ella. Lo agarró más fuerte del cuello, deseando que él nunca parase de besarla. Deseando que ese momento nunca terminara.

De pronto, el niño dio una fuerte patada. Tan fuerte que ella despertó de ese mágico ensueño y sonrió. El también se dio cuenta de que el niño se había movido.

— ¿Qué ha sido eso, ha sido el niño?

—Sí —asintió ella, mientras seguía sonriendo.

Mac sonrió a su vez, pero sólo por un instante. Pronto se le heló el gesto.

— ¿Qué diablos estamos haciendo, Kelly?

— ¿Besuquearnos en el porche como un par de adolescentes?

—Como un par de inconscientes, querrás decir. Con este frío y en tu estado... Y no sólo eso, la verdad es que no sé en que estaba pensando, Kel.

—No te preocupes, Mac. No tienes que disculparte —dijo ella con tono amable.

—Eso no es tan fácil.

—Mira, ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo. Eso es todo. Fue un simple impulso. Los dos nos sentimos necesitados de cariño por un momento. ¿Te parece eso un crimen?

—Por supuesto que no, pero...

—Además, fui yo la que empezó. Aunque no quise hacerte sentir incómodo. Pero es que yo crecí rodeada de cariño. Mi madre siempre decía que no debería de pasar un solo día sin que alguien te abrazase y yo aprendí a saber sacar el afecto que todos llevamos dentro. Pero ya me doy cuenta de que tú no eres así. De modo que prometo tener más cuidado en el futuro. Intentaré no tocarte, si eso te incómoda...

—Eso no me incómoda, Kelly —aseguró él con voz dulce—. Nada de lo que tú hagas podría incomodarme.

El iba a decir algo más, pero ella lo interrumpió.

—Muy bien, eso me consuela. Además, como tú dices, somos nosotros los que debemos fijar las reglas de nuestra convivencia. Si hablamos las cosas, no tendremos ningún problema. Y ahora, lo que me apetece es subir a darme un baño y acostarme. Estoy agotada.

Luego entraron a la casa. Y ella trató de mantener una conversación casual. Le agradeció que la hubiera acompañado a la clase, le preguntó por el viaje y por el estado de sus negocios. El contestó brevemente a sus preguntas.

Finalmente Kelly se despidió y comenzó a subir la escalera. Notó perfectamente que Mac la miraba y no pudo evitar sentir cierto nerviosismo. No consiguió relajarse hasta llegar a su cuarto y saber que él ya no la veía.

Mac no la deseaba. Lo sabía desde el primer día y ella nunca

intentaría seducirlo. Tampoco quería que él descubriera la atracción que ejercía sobre ella. Aún así, se negó a lamentar aquel último beso.

Mac había sido muy bueno con ella y ella necesitaba darle algo a cambio, pero nunca sexo o algo que le violentara. Kelly opinaba que Mac necesitaba descargarse de las obligaciones que nunca dejaba, que necesitaba reírse, divertirse un poco. Estar con alguien que no lo llamara señor Fortune todo el tiempo.

No le vendría mal recibir de vez en cuando un beso.

Y mientras ella no cometiera la estupidez de enamorarse de él, no habría ningún peligro.

Capítulo Cinco

—No pierdas el tiempo buscando escándalos personales, sabes cuánto odio ese tipo de cosas. Lo único que me interesa de él es su vida profesional, lo que quiero es un documento lo más completo posible de las finanzas de Gray McGuire —en ese momento Mac oyó unos golpes en la puerta de su despacho y se dio la vuelta, con el teléfono todavía en la oreja, e hizo un gesto de bienvenida a su primo Jack—. Llámame tan pronto como tengas algo, incluso a casa, ¿de acuerdo? Y gracias, Sterling.

Cuando Mac terminó de hablar con su abogado, su primo había cerrado la puerta, una señal inequívoca de que había problemas, y caminaba de un lado a otro del despacho como si estuviera demasiado inquieto para poder sentarse. A los treinta y un años, Jack Fortune era muy joven para ser vicepresidente de marketing, pero Mac lo había visto crecer y prosperar en la empresa, y confiaba plenamente en él. Solían charlar diariamente, pero aquella semana Mac había ido poco por allí. La mesa llena de documentos apilados era una prueba de ello.

A pesar de todo, Mac no conseguía concentrarse en el trabajo atrasado. Aquella mañana Kelly era su única preocupación.

— ¿Tú puedes descubrir algo más sobre Gray McGuire? —preguntó a su primo.

—Ya hice algunas pesquisas, pero todavía no me han contestado. Es el director ejecutivo de McGuire Industries. Se dedica a asuntos de ordenadores, no tiene nada en común con nosotros, así que no tengo ni idea por qué ha estado intentando comprar material en Stuart Fortune's Knight Star Sistems. ¿Sigues pensando que está intentando una maniobra de absorción?

—No creo. Pero no puedo entenderlo. McGuire parece observarnos, esperando a que la compañía atraviese un momento duro para aprovecharse, a pesar de que nosotros no le hacemos la competencia. No puedo hallar ninguna conexión. De todas maneras, tenemos a profesionales encargándose de ello y algo saldrá a la luz —Mac hizo una pausa. Su primo no parecía interesado en aquello—. ¿En qué piensas?

Jack se señaló el pelo.

— ¿Ves estas canas? Las mujeres tienen la culpa.

Así, de repente, Mac no vio ni una sola cana, pero puso un pie sobre la mesa y miró a su primo con una mueca en los labios.

—Si vienes a pedirme consejo sobre mujeres, no vas a tener suerte. Yo me acabo de encontrar casado con una y todavía me siento como si acabara de salir de un tornado.

Jack hizo un ruido con la boca y se relajó sobre el respaldo del sillón.

—Eso me recuerda que se supone que tengo que interrogarte. Toda la familia espera a que les diga cómo te va con tu esposa.

—Pues di que va todo bien. Admito que todavía estoy en período experimental, pero Kelly es encantadora.

—Eso es lo único que me puedes decir? Para las mujeres de la familia eso no es ni un aperitivo. Ellas quieren detalles, a ser posible sobre tu vida sexual.

—Me temo que se van a quedar con hambre. Deberían saber ya que no me gusta participar en esos chismorreos —contestó secamente Mac.

Sospechaba que Jack podía sentir tanta curiosidad como los demás, o no le habría hecho aquellas preguntas, pero su primo, por lo menos, respetaba que a Mac no le gustara airear su vida privada. Y, efectivamente, Mac no iba a decir a nadie que estaba completamente aterrorizado por su esposa.

Entonces, sin desearlos, sin buscarlos, los recuerdos de aquella noche, siete días antes, invadieron su mente. Le llegó la boca roja de Kelly hinchada por sus besos, el fuego repentino que brilló en sus ojos, y el absurdo deseo de anhelo y amor que alteró toda su sensatez.

Incluso una semana después la culpabilidad lo atormentaba, formando un nudo en el estómago. ¡Dios mío! Ella estaba embarazada casi de ocho meses y se había excitado terriblemente, mientras que él había reaccionado como un adolescente embrutecido. Había pensado en aquello docenas de veces y todavía seguía sin poder hallar explicación. Y, desgraciadamente, la química entre ellos no había terminado. Cuando recordaba todas las cosas que Kelly le había hecho la semana anterior, no podía evitar ponerse nervioso. ¡Maldita sea! Ya comenzaba de nuevo. Su primo empezó a caminar de un lado para otro.

—No puedo creer que las mujeres para ti sean un problema, Jack. Creí que habías renegado de ellas después de tu divorcio.

—Lo hice, lo hice. Desgraciadamente, adoptar un estilo de vida monacal no ha conseguido borrar definitivamente a Sandra. Me ha llamado esta mañana para decirme que va a casarse de nuevo.

—Entonces dónde está el problema? Así podrá envenenar la vida de otro hombre en vez de perseguirte a ti.

—Hasta ahí suena bien, pero me hace chantaje cada vez que me acerco a Lilly. Mi hija tiene tres años y apenas me conoce. Si Sandra se vuelve a casar, me temo que me lo pondrá más difícil.

Mac se quedó pensativo unos segundos.

—Otras veces has conseguido lo que querías con dinero.

—Sí, la ambición funciona con ella. Podría intentarlo de nuevo —replicó Jack, con un suspiro—. Pero va contra mi orgullo y mis principios, ya que ella, cada vez que le doy dinero, se cree que es

porque lleva razón. Y lo que más me duele es lo que todo eso dice de mí, de mi conocimiento de las mujeres. No entiendo cómo alguna vez la elegí como esposa, y mucho menos como la madre de mi hija.

—Piensa que muchas veces es difícil saber lo que hay en un paquete por la manera en que va envuelto.

Hablaron unos minutos más sobre algunos temas generales y finalmente Jack se marchó, mucho más tranquilo. Mac, sin embargo, estaba nervioso. Se levantó de la mesa y se acercó a las ventanas. Debajo, Minneapolis había adquirido un tono grisáceo. Los adornos de Navidad habían desaparecido y la nieve se había convertido en una capa dura y gris. El tráfico había vuelto a la normalidad. Mac miraba, pero sólo veía el rostro de Kelly. Su «envoltorio» era muy normal. El cabello rubio y fino, los ojos azules, la sonrisa dulce... Era bonita, era real, era atractiva de una manera completamente personal. No había nada en su apariencia que avisara a un hombre del peligro de conocerla.

Una semana de matrimonio y Mac tenía los nervios a punto de estallar. Era culpa de los besos, pensó malhumorado.

Nunca imaginó que tocarla supusiera un problema. Tampoco pensó que podría serlo el sexo. El hecho de que ella estuviera enamorada de su hermano debería de servir de escudo, por muy atractiva que le pareciera. Por otro lado, Kelly le había dicho ya varias veces que nunca se habría casado con Chad, aunque eso no quería decir, por mucho que le doliera, que su amor por él había muerto. Además, la inexperiencia de ella sólo confirmaba ese amor, ya que no era una mujer que aceptara mantener relaciones sexuales a la ligera.

El problema comenzó cuando ella empezó con lo de los besos. Lo hacía como si hubiera crecido rodeada de cariño y no pudiera sobrevivir sin su dosis diaria. Mac no suponía, ni remotamente, que ella lo hiciera con un propósito más profundo, eso era algo totalmente absurdo dada la relación que mantenían. Pero aún así, la semana había sido una tortura. Sin ir más lejos, aquella misma mañana, en que ella había estado riendo y bromeando hasta que quemó la tostada, ¿qué importaba una tostada quemada? Y sus ojos se convirtieron en un torrente de lágrimas.

Unos días antes de aquello, habían tenido un par de problemas electrónicos. Maldita sea si él sabía cómo Kelly había sido capaz de romper el ratón del ordenador y estropear dos vídeos en un mismo día. Pero Mac opinaba que siempre había que enfrentarse a los hechos. Kelly no era muy habilidosa con los aparatos electrónicos, era evidente, así que él regresó a casa con dos cintas de vídeo, un ordenador para ella y la esperanza de no verla llorar de nuevo.

Pero Kelly hizo otras cosas extrañas. Por ejemplo, le hizo un pastel de rodaballo y un cordero asado, cuando ni siquiera su familia sabía

que eran sus platos favoritos. También le regaló un día una caja de chocolate blanco, del que era adicto desde niño, sin razón aparente. Además, preparaba su abrigo y ponía la radio mientras desayunaban, a parte de tener siempre en la cocina pastas que preparaba ella misma. Luego aquella tarde en la que le pidió solemnemente que le explicara el sistema de seguridad y consiguió desactivar todas las alarmas de la finca...

Mac se pasó nerviosamente la mano por el pelo. Ninguna de esas cosas requerían de un abrazo o beso, pero cada vez que ella extendía los brazos, él se sentía como si no tuviera otra elección. Estaba embarazada, con lo cual estaba muy nerviosa. No podía rechazarla. No podía enojarla.

Nunca pensó quee1 matrimonio fuera una tortura tan... exquisita. El no había escapado a las mujeres todos esos años porque tuviera alguna ilusión al respecto, aunque Kelly parecía diferente. Incluso antes de proponerle el matrimonio, el papel cje él en la vida de ella estaba, para Mac, muy claro. El tenía un trabajo para darle seguridad. Tenía que compensar el error que su hermano había cometido y proteger a ambos, a Kelly y a su hijo. Eso era para lo único que él estaba cualificado. El había sido toda su vida un «solucionador» de problemas, no alguien que los causara.

Nunca había fallado a nadie. Jamás.

Pero jamás pensó en el asunto de los besos. Nunca imaginó que ella quisiera tocarlo, y mucho menos que él reaccionara a ella como si fuera la mujer más importante del universo. ¡Maldita sea! Aquella condenada mujer se estaba convirtiendo en la sal de su vida.

Mac cerró los ojos con fuerza, pensando en que, afortunadamente, aquella noche tenía razones importantes para no ir pronto a casa. La familia lo había salvado preparando una sorpresa para Kelly, así que tenía unas horas extras para prepararse antes de volverla a ver.

Pero Mac en realidad no necesitaba tanto tiempo. Sabía exactamente lo que debía ser hecho, sabía que tenía que conseguir que Kelly confiara en él. Para ello tenía que apartarse de ella, no complicar la situación con algo tan peligroso como el sexo. Esa era la clave.

Sólo tenía que cumplirlo.

Kelly se subió la manga del abrigo para mirar el reloj.

—Benz, tenemos que volver ya a casa. Te agradezco que me hayas traído aquí, pero...

—Sí, yo tampoco quiero que usted se pierda, si viene sola. Hay muchos caminos que se entrecruzan.

Kelly iba a responder, pero se detuvo. Algo extraño pasaba, pero no

imaginaba qué. Habían salido después de comer porque Benz le había pedido ayuda para elegir un regalo de cumpleaños para Martha. Eso era normal, pero luego, después de las compras, le había dicho que ella debería de familiarizarse con la zona. También eso era cierto, pero entonces Benz la había llevado a treinta kilómetros por hora por carreteras estrechas entre bosques y más bosques.

—Son más de las siete —insistió—. Ocurre que no sé cuándo Mac volverá del despacho...

—Créame que no vendrá tan pronto. No esta noche.

—Cómo estás tan seguro?

—Lo sé, simplemente —contestó Benz, con una sonrisa misteriosa.

Benz no solía comportarse de aquella manera y Kelly supo que, evidentemente, intentaba ocultarle algo, aunque, finalmente, parecieron tomar la carretera que conducía a casa. Kelly entonces pensó en Mac, en que estaba impaciente por verlo.

Volvería cansado, imaginaba. Si ella no estaba en casa, nadie descolgaría el teléfono ni le haría poner los pies en alto unos minutos. Después de vivir con él una semana, Kelly era consciente de que el teléfono sonaba a cualquier hora del día o la noche, por parte de familiares o compañeros de trabajo que no parecían darse cuenta, ni unos ni otros, que Mac tenía derecho a unas horas de descanso.

Cuando Kelly divisó los muros altos de la finca, buscó en su bolso un peine y una barra de labios. Puede que su matrimonio acabara de empezar, pero ella ya había decidido no ser una carga para él. Había demasiada gente que llamaba a Mac con problemas. Demasiados que esperaban que Mac saliera corriendo para rescatarlos de cualquier situación difícil y a Kelly le dolía pensar que ella pudiera ser igual que los demás. Recordó que Mac no se quejó cuando ella rompió las dos cintas de vídeo y el ratón del ordenador. Era tan considerado y amable con ella que estaba empezando a volverla loca.

Pero Kelly seguía luchando por encontrar un lugar en la vida de él. Un lugar que no molestara, que no interfiriera en su vida. No lo había conseguido todavía y también sabía que a Mac no le gustaba demasiado ella. Se daba cuenta perfectamente de que Mac se sentía incómodo con sus impulsivas muestras de cariño, pero se empezaba a acostumbrar. ¡Ese condenado necesitaba más abrazos! Necesitaba a alguien al que poder manifestar sus pensamientos. Alguien, ¡por el amor de Dios!, que no estuviera siempre pidiendo o esperando algo de él.

Nunca jamás había conocido a un hombre más necesitado de amor o que tuviera más cualidades para ser amado, se decía Kelly, negando el hecho de estar enamorándose de él. Mac nunca tenía que saber que esos gestos cariñosos la ponían cada vez más nerviosa. De manera que tenía que descubrir cómo no alterarse tanto para hacer, así, más llevadera la relación para él... Sus pensamientos de repente se

detuvieron al ver la casa.

— ¿Qué pasa? —preguntó a Benz.

—Nada, ¿por qué?

—La casa está toda iluminada como si fuera un árbol de Navidad y veo que la puerta está entreabierta. Es muy extraño, sabiendo la importancia que da Mac a la seguridad.

—Habrá alguna buena razón para que Martha la haya dejado así. Quizá haya salido hace poco, pensando que estábamos a punto de volver. Puede que Mac todavía no está en casa y no querrá que entre a oscuras. Ella sabe lo difícil que le resulta a usted el manejo de los aparatos eléctricos.

—De acuerdo, de acuerdo. No te creo, pero está claro que no voy a obtener de ti una respuesta. Ya hablaremos mañana.

Kelly salió del coche y le hizo un gesto de despedida desde la puerta. Acababa de entrar en la cocina cuando un coro femenino de voces gritó.

— ¡Sorpresa!

La agarraron por detrás y pensó que no podía ser nada malo, cuando Benz estaba hacía unos momentos tan contento. De repente aparecieron delante de ella varias caras conocidas con una bañera de bebé en las manos. Estaban su amiga Mollie, Kate, Renee, Chloe, la hermana de Mac, vestida con un traje púrpura que realzaba increíblemente sus ojos violetas. También estaba Amanda Corbain, que trabajaba en marketing con Jack, el primo de Mac. Marie, la tía de Mac, cuyo papel en la familia era tan importante como el de Kate en la suya.

Kelly, ruborizada y sin poder evitar reírse, trató de expresar las gracias mientras el grupo se acercaba. Las dos horas siguientes fueron un torbellino. La familia Fortune nunca hacía las cosas a medias y habían encargado un espectacular banquete con un helado en forma de oso. También habían traído otros regalos: una cuna, una mecedora, un cochecito, un asiento de bebé para el coche y toda clase de juguetes, desde sonajeros de plata hasta un osito blanco de peluche. Después llegaron los regalos para la futura madre: un vale para ir un día a la sauna, cremas para prevenir las estrías o lencería para cuando volviera a adelgazar.

Kelly se sentía tan emocionada, que estuvo a punto de ponerse a llorar varias veces. Cuando se terminaron de abrir todos los regalos, la casa parecía el lugar de una batalla, con envoltorios y cajas por todas partes, platos amontonados en las mesillas de café y alguna que otra mancha de champán y café derramado por el suelo. Finalmente, todas se sentaron con un refresco en la mano y se pusieron tranquilamente a hablar.

—No sé cómo daros las gracias a todas. No esperaba algo así —dijo

Kelly emocionada.

—Tonterías, cariño. Ahora somos tu familia —contestó Rate, con los ojos llenos de ternura—. Hablamos con Mac primero para preguntarle qué colores preferías para la habitación del bebé...

—Nos puso al corriente de tu gusto por los ositos de peluche -dijo Amanda.

—Yo pensé en la lencería —añadió Marie, otra de las tías de Mac—. Vosotras, las chicas jóvenes, vestís demasiado con vaqueros. Sé que me estoy haciendo mayor, pero creo que vuestra generación no sabe cómo mantener un matrimonio unido. Un poco de encaje negro y la luz de una vela no pueden hacer daño a nadie.

—Ya sabemos por qué Stuart nunca se ha perdido en todos estos años, ¿eh, Marie?—gritaron varias mujeres a un tiempo.

—No, estáis equivocadas. Stuart no se ha perdido en todos estos años porque sabe perfectamente que si lo hace lo mato -contestó la mujer.

En medio de las risas, Kelly vio que Mollie se ponía de repente pálida y salía del salón. Preocupada, Kelly se levantó para seguirla, pero en ese momento la hermana de Mac hizo un gesto con la mano para que todos la escucharan.

—Ya que estamos hablando de sexo y de lo que hace falta para mantener unido un matrimonio, me parece el momento adecuado para deciros algo. Para no convertir nuestra relación en el compromiso más largo de la historia, Mason y yo hemos decidido establecer una fecha y nuestra boda será en noviembre.

Todo el grupo la felicitó, pero Kelly no pudo evitar darse cuenta de que todos estaban más contentos que Chloe misma.

—Por qué habéis decidido de repente la fecha?

—No lo sé. Creo que ya es hora. Si seguimos así vamos a estar comprometidos toda la vida.

—Que sería mejor si no estás segura —añadió Kate.

—Claro que estoy segura. Estoy enamorada de él desde el primer día que lo vi. Sólo que Mason en algunas cosas es... dificil de atrapar. Un hombre típico, ¿no? —las palabras de Chloe parecían alegres, pero el tono repentinamente serio hizo que todas se quedaran silenciosas, como si adivinaran que había un problema que no quería decir—. Y eso es todo. Volvamos a Kelly. Quiero saber cómo consigue mantener el matrimonio con mi hermano mayor. ¿Se quita o no se quita esas camisas almidonadas cuando apaga la luz?

—Chloe, creo que no hace falta ser tan descarada -dijo Marie.

—Oh, vamos. Todas os estáis preguntando lo mismo. Todos sabemos lo del bebé, Kel, pero tiene que haber algo más. Mac ha sido siempre alérgico al matrimonio. Nunca ha dejado que una mujer se le acerque demasiado. Es más, ni siquiera ha dejado que la familia se acercara

mucho a él. Ninguno de nosotros hemos conseguido nunca que sea más expresivo, que hable un poco más de su vida privada.

—Como su primo Jack —dijo Amanda, enfadada—. Trabajo todos los días con él y no consigo hacerle hablar sobre algo personal.

—Eso es diferente. Jack se hizo así de reservado después de su divorcio. Mac, en cambio, nunca ha tenido una relación traumática con nadie. Por lo menos es lo que ha dicho a la familia, incluso a mí

—Chloe se giró para mirar a Kelly—. Todos lo queremos, Kel. Puede que a veces nos entrometamos en su vida un poco, pero es porque queremos verlo feliz. Queremos que sea feliz contigo. No te preguntaríamos esto si no nos importarais.

Podían ser contratados como un equipo de la inquisición, pensó Kelly. Durante otra hora más hicieron algunas preguntas molestas e incluso le dieron consejos de cómo tratarlo, pero nadie hacía ademán de marcharse. Kelly se escapó al baño unos segundos, pero al ir a la cocina se encontró a Mollie, que estaba limpiando todo.

— ¿Qué haces? Kate ha dicho que el restaurante que ha traído la comida vendrá por la mañana a limpiar todo.

—Ya me conoces, no puedo estar sentada -dijo Mollie con una mueca.

Kelly observó a su amiga.

—Sí, te conozco. Y por la manera en que has desaparecido, temía que te pasara algo o estuvieras enferma.

—No, estoy bien.

Kelly se sirvió un vaso de leche como excusa para quedarse un rato más. Mac y su nuevo estado estaban dominando su vida, pero no podía olvidarse de su amiga. Esta no parecía estar muy bien. Su piel, normalmente sonrosada y vibrante, aparecía pálida. Se llevaban cinco años de diferencia, pero habían crecido prácticamente juntas, hijas ambas de madres solteras. Además, la madre de Mollie tenía una floristería y estaba mucho fuera de casa, de manera que Kelly tenía que cuidar a menudo a Mol, o simplemente ir de vez en cuando a su casa para que ésta no estuviera sola tanto tiempo.

—Te preocupa algo.

—Sí, hay algo —admitió Mollie, pero luego no dijo nada más—. Es algo personal, Kel. No quiero tener contigo secretos, pero quiero hablar de ello cuando lo tenga claro.

Kelly entendía aquello, pero la elección de su amiga de no hablar podía hacer que el problema se hiciera mayor.

—Está relacionado con que te marcharas en medio de mi boda? No dijiste nada y pensé en ese momento que te pasaba algo. Luego quise convencerme de que estarías muy ocupada...

—Sí, estaba muy ocupada —le aseguró Mollie, evitando los ojos de su amiga—. Pero me marché al recordar que mi madre acababa de

morir... De repente pensé que no me verá nunca casarme, tampoco verá que mi negocio va adelante. Tuve un ataque de tristeza, es todo. Luego volví, pero tú y Mac os habíais ido... ¿Qué decían ahí fuera? He oído algunas de las preguntas que te hacían —añadió, cambiando de tema.

—Desde luego no creo que haya ningún tímido en la familia Fortune. Pero me alegra haberlos conocido hoy a todos y sé que han venido porque me quieren.

—Creo que tienes razón. Pero son un poco cotillas, ¿verdad? Sé que no has contestado a ninguna de sus preguntas, pero ahora estamos tú y yo solas aquí. Sé que has estado muy ocupada, pero no me has dicho todavía cómo os lleváis. Quiero decir, ¿lo amas? ¿El te ama? ¿Cómo sentís eso de que vayas a tener un hijo de su hermano?

Más preguntas. Y Kelly quería a su amiga, pero no quería hablar de su relación con Mac a nadie. Sus sentimientos eran demasiado personales y confusos a un tiempo. Y aunque cada vez le daba más miedo enamorarse de él, se daba cuenta de que era la única persona en el universo con el que compartiría su vida. Mac nunca la agobiaba o presionaba con algo. Hubo un tiempo en que pensó que nunca se encontraría cómoda con el gran Mackenzie Fortune, pero estaba portándose con ella de manera extraordinaria. Y sentía que podía ser ella misma junto a él. La única cosa que tenía que vigilar eran aquellos sentimientos que iban creciendo dentro de ella. Lo demás, su manera impulsiva de comportarse, sus fallos y sus manías, eran aceptados completamente por Mac, mucho más de lo que lo aceptaba ella misma.

Se unió de nuevo a la reunión, obligando a Mollie a ir con ella e intentando que se riera y hablara con las demás mujeres. Le informaron de que Mac tenía órdenes de no aparecer temprano para dejarlas a solas.

A las once de la noche se oyó la puerta y Kelly no pudo evitar levantarse y correr a su encuentro. Se dio cuenta de que las mujeres dejaron de hablar, pero ella sólo pensaba en la alegría de verlo. Cuando Mac entró, con los hombros y la cabeza ligeramente húmedos por la nieve, le pareció natural rodearlo con sus brazos.

Capítulo Seis

Mac tenía órdenes de no aparecer hasta las once de la noche. Al principio pensó que estaría encantado de tener tanto tiempo libre. Pidió que le llevaran comida de un restaurante cercano y esperó impaciente a que todos los empleados se marcharan para ordenar su mesa. Pero no podía concentrarse en nada. Estuvo todo el tiempo pensando en cómo le iría a Kelly.

Estaba seguro de que le divertiría una reunión sólo de mujeres, pero su embarazo le preocupaba. Cuanto más se acercaba al día señalado, más rápidamente se cansaba. Y cuando estaba cansada, un soplo de viento la podía hacer llorar. Las mujeres de la familia eran otra preocupación para Mac. Las quería, eran su familia, pero eran bastante dominantes por naturaleza. Así que pensó que sería una buena idea aparecer un poco antes, entrar de puntillas, asomarse a ver si todo iba bien y desaparecer escaleras arriba hasta que todo acabara.

Esos eran sus planes y Mac llegó sin hacer ruido, o eso pensó. Todas las mujeres habían escondido los coches detrás del garage para que Kelly no los viera, y él hizo lo mismo. Estaba nevando mucho y llegó a la entrada con el pelo y el abrigo empapados.., y, de repente, allí estaba ella con los brazos abiertos.

— ¡Mac, ya estás aquí!

El pensaba que no tenía tiempo para darle un abrazo, pero sabía que cuando su esposa decidía ser cariñosa, no iba a pensárselo ni a esperar. Así que, con la velocidad de un misil, Kelly se tiró a sus brazos.

Y con esa rapidez él estuvo de nuevo en una difícil situación.

Porque, después del frío de aquella noche, la sintió a ella más caliente y suave, como un rayo de sol. Olía tan bien.., le gustaba tanto sentirla, que instintivamente se abrazó a ella. Y enseguida notó la reacción normal en un hombre que llevaba tanto tiempo en un estado de celibato. Lo malo era que él había pasado épocas así y nunca había respondido a ninguna mujer como a Kelly.

Era como si un adicto al chocolate oliera la tableta más exquisita. El se estaba volviendo adicto. No sabía por qué sentía ese deseo, pero la fuerza de aquella sonrisa... Nunca nadie se había alegrado tanto de ver a Mac, o no como ella, ni simplemente por verlo. Como si él fuera su universo, como si le gustara estar con él por ninguna otra razón. Las sonrisas de Kelly, su piel, aquellos ojos azules, sentir sus hombros estrechos contra sus brazos y el hijo acurrucado entre ellos...

Sin darse cuenta apretó los labios contra su pelo suave. Ella debió de notar el beso, porque de repente alzó la cabeza. Mac sintió una voz de alarma. Ella buscó su rostro, luego, como si hubiera visto una

súplica, se alzó de puntillas y lo besó a su vez con sus labios trémulos y vibrantes.

No era la primera vez que estallaba entre ellos una llama de erotismo. Así como tampoco era la primera vez que a él se le ocurría llevarla a la cama y no pensar en las consecuencias. Las manos de ella acariciaron su nuca y sus labios se posaron en los de él con suavidad, con timidez, como in capullo que se abre para beber los rayos del sol. El había conocido otras mujeres, a muchas mujeres, decenas de mujeres experimentadas que no habían conseguido excitarlo hasta aquel punto de abandono. Había algo en Kelly que lo hechizaba. Y es que él podía sentir su fragilidad, podía sentir la invitación en la manera en que lo besaba. Podía imaginar toda la exuberancia y el ofrecimiento total que ella podía darle.

Mac se recordaba continuamente que tenía que contar con su hermano. No era estúpido y no lo olvidaba, pero era muy difícil apartarse de ella. Cuando Kelly estaba en sus brazos se generaba una magia perfecta, casi dolorosa, como si nada importara en esos momentos excepto ellos dos.

Pero a la larga, la conciencia emergía a la superficie, a pesar de todas esas emociones. Era preciso contar con el honor. No por él, sino por Kelly. Ella lo necesitaba. Todo el asunto del matrimonio había surgido por la necesidad de ella de tener un hombre en quien confiar. Y cuanto más la quería, más le importaba y más decidía no fallarle nunca.

Así que cortó el beso suavemente, sin soltarla, para no hacerla sentirse rechazada o preocupada. Luego esbozó una sonrisa, como si el deseo no estuviera hincándole sus afilados dientes, como si la sangre no le circulara a toda velocidad por las venas. Aquella mañana la había dejado con un vestido fresco de embarazada color azul. Ahora llevaba el mismo vestido, pero tenía el cuello ladeado y el pelo todo desordenado.

—Por tu aspecto parece que te los has pasado divinamente en la fiesta.

—Oh, Mac. Tenía tantas ganas de que llegaras a casa para contártelo. No creerías...

Entonces comenzó a darle los detalles, con lo cual le dio unos segundos para recuperarse y borrar todo deseo. Le estaba colocando uno de los tirantes del vestido, cuando de repente se dio cuenta de que no estaban solos.

Todo el grupo de mujeres se había colocado en la entrada, tan silenciosas como estatuas, y miraban cómo abrazaba a Kelly, mientras esbozaban una sonrisa bobalicona.

No tuvo que dar un paso, porque el grupo se deshizo instantáneamente. Mac devolvió los abrigos, dio las gracias y aceptó

golpecitos en la mejilla y sonrisas de complicidad de sus primas, tías y hermana.

Cuando se hubo ido la última, se dirigió con Kelly hacia el salón.

— ¡Dios, mío! —exclamó al entrar.

—Es un desastre, ¿verdad? Pero no tenemos por qué preocuparnos. Tus tías dicen que el servicio que ha traído la comida vendrá mañana a limpiar.

— ¿No crees que sería más fácil mudarnos de casa? Me imagino que hay pólizas de seguro para desastres naturales como éste.

Ella rió y lo agarró de la mano, para enseñarle todos los regalos. Llevó un buen rato. Finalmente, Mac se sentó en el extremo del sofá rosa que ella había traído de su casa, con los pies en alto. Había sido un día muy largo. Ella también parecía cansada, así que la animó a que se sentara a su lado y pusiera también los pies en alto.

— ¿Me estás diciendo que un bebé de cuatro kilos necesita doscientas mil pesetas para vivir un día cualquiera?

—Me aseguraron que ni siquiera habíamos empezado. Aunque no puedo imaginar que falte nada. Tienes una familia maravillosa —dijo, demasiado excitada par sentarse.

Sin embargo, después de caminar un rato más entre cajas y papeles, se inclinó sobre la caja de la silla de dar de comer al bebé. Sacó una hoja de instrucciones, seguida de un montón de pequeñas bolsas de plástico y de piezas pequeñas.

—La familia tiene ideas muy divertidas sobre ti.

— ¿Divertidas? ¿Por ejemplo? —preguntó él intrigado.

—Me dieron muchos consejos. Me hablaron de tus gustos y de lo que no te gustaba. De cómo mantenerte contento. Creen que tienes muy mal humor, Mac.

—Un poco quizá —de la caja aparecieron dos patas de madera. Mac se iba quedando pálido con cada pieza que sacaba—. No estarás pensando en montar eso ahora, ¿verdad?

—Claro. Dice: Fácil de montar, pero necesitamos dos tipos de destornilladores. Tú siéntate, yo sé dónde está todo —así que fue a la cocina y volvió enseguida con algunas herramientas y dos vasos de zumo de manzana—. Y no voy a contarte todos los consejos que me han dado. Chloe me ha informado que es importante que empiece a practicar en serio. Tu hermana dice que tienes que asistir a todo tipo de actos sociales para la empresa.

—Espero que no la hicieras caso. Odio esas reuniones de empresa, nunca me han gustado.

—Eso es lo que yo pensé —dijo, comenzando a mover los destornilladores como si fueran armas mortales—. Me pareció sorprendente que ninguna supiera que te gusta pasear por el bosque, encender tú mismo la chimenea, esquiar o leer historia. La mayoría me

aconsejaba ir contigo a los actos sociales, pero entonces habló tu tía Marie.

— ¿Sí?

Mac se levantó del sofá, se agachó a su lado y tomó la hoja de instrucciones. No podía estar allí sentado mientras ella intentaba armar la silla. Lo menos importante era que no supiera distinguir un destornillador de unos alicates. Armar muebles era cosa de hombres.

¿Y qué dijo mi tía Marie?

—Me dijo que la manera de mantenerte contento era darte mucho sexo. Mac, ten cuidado con esas tuercas. Nada demasiado perverso, me dijo. No te imaginaba con una venda en los ojos y un slip de cuero. Debo de mantenerme con lo esencial, pero asegurándome de que tú también participas... ¿Por qué estás tan rojo?

—Imaginar a mi tía Marie discutiendo sobre vendas en los ojos y sexo perverso es suficiente para sonrojar a un monje —murmuró Mac secamente.

Sacó una pieza de madera y trató de identificarla en la hoja de instrucciones, o por lo menos eso pensó que haría cuando Kelly dejara la hoja. Pero segundos después la muchacha unía esa pieza con otra igualmente extraña.

—De acuerdo, como tú y yo no tenemos es tipo de relación, da igual si prefieres vendas o cuero. Pero, personalmente, opino que tú te puedes poner un poco más salvaje y creativo una vez que las luces se apagan, señor Fortune.

Mac se pasó una mano por el rostro, seguro de que algo se tramaba en aquellos ojos azules de Kelly. Recordó en ese momento, con demasiada claridad, animar a Kelly a que fuera completamente sincera con él. Y siempre lo era, pero le parecía un poco excesivo que lo provocara de aquella manera. Y menos después de aquel encuentro en el vestíbulo, que le tenía todavía un poco nervioso.

— ¿Te emborracharon? —quiso saber.

— ¡Mac! ¡Estoy embarazada! Todas tomaron una copa de vino menos yo... y ahora agarra estas patas y mantenlas firmes, ¿vale? De todos modos, te estoy hablando de estos consejos por un motivo.

— ¿Cuál?

—Me preocupa que tu familia no te conozca.

—Por eso me parece bastante improbable que mis primas y tías sepan de mis preferencias sexuales —contestó, intentando no ponerse muy serio.

—No estoy hablando de sexo, hablo de amor. Tu familia nunca me habría atosigado con tantas preguntas o consejos si no te quisieran muchísimo, o quisieran que fueras feliz. Y por lo que yo imagino, tú eres al primero que acuden cuando tienen problemas y siempre has respondido. Pero parece que no te conocen nada y no lo comprendo.

¿Quién te ayuda a ti cuando lo necesitas?

Kelly repetía ese tipo de cosas continuamente, confundiéndolo. Eran cosas que nadie le había preguntado jamás y tampoco sabía qué responder.

—Soy una persona adulta. Si tengo un problema, yo mismo tengo que solucionarlo. No espero que nadie vaya corriendo a hacerlo.

Los ojos de Kelly brillaron de ternura. Apartó a un lado la silla alta, como si nunca hubiera estado montándola.

—Todo el mundo necesita ayuda de vez en cuando. Tú eres tan bueno para tu familia, que los has acostumbrado a pedir sin tener que darte nada a cambio. Pero nadie puede ayudar continuamente. Tú necesitas también ayuda, tener alguien al que puedas confesarte. Alguien que pueda ayudarte y decirte que el mundo no acaba aunque cometas un error.

Mac se puso rígido. Kelly no se equivocaba en las relaciones que había entre su familia y él, pero siempre había aceptado aquel papel. Nunca había sido consciente de la soledad, hasta que su esposa había comenzado a provocarle toda esa clase de sentimientos confusos. Nunca había echado de menos a nadie, hasta que llegó ella. Hasta que empezó a recordarla cuando no estaba a su lado. A recordar la manera en que su pelo se movía, la manera en que sus ojos suaves penetraban dentro de él, provocando todo tipo de sentimientos. A necesitar su modo de escucharlo, las pecas en la nariz, aquellas piernas largas...

Cuando se dio cuenta de que estaba mirando su cuerpo, otra vez apartó la vista. Era hora de cambiar de tema.

—Creo que la familia dejará de acosarte después de esta noche.

— ¿Por qué crees que dejarán de hacerlo?

—Porque te han visto en mis brazos, pequeña. En mi familia no hay malicia y todos creen estúpidamente en el amor, que es lo que piensan que han visto esta noche.

—Mac, no te abracé ni hice nada para disimular delante de ellos. No me di cuenta de que nos miraban. Me puse contenta cuando te vi llegar y estaba impaciente por contarte todo...

—Nunca pensé que estuvieras haciendo algo falso, Kel. Pero sí creo que estamos en medio de un problema que necesita solución. Tienes que saber que hay atracción entre nosotros. El cariño es una cosa, pero tú no me abrazas como a un hermano. Y yo te aseguro que tampoco te abrazo a ti como si fueras mi hermana.

Ella se quedó inmóvil, observando su rostro. En ese momento Mac recordó cuando ella iba a su despacho y procuraba marcharse cuanto antes, como si se sintiera incómoda o intimidada por él. Dios sabía que no quería que volvieran esos tiempos de nuevo, pero tenía que saber lo que ella pensaba.

— ¿Preferirías que no te tocara? —preguntó ella despacio.

—No.

— ¿Me estás diciendo que quieres ignorar esa atracción?

—No. Creo que no es una buena idea disimular, hacer como si no existiera. No puedes resolver un problema al que no quieres enfrentarte. Creo que ninguno de los dos esperábamos algo así... y haríamos bien en sinceramos y hablar sobre qué tipo de relación queremos.

—De acuerdo. Desde el principio tú dijiste que haríamos este matrimonio de acuerdo a nuestras propias reglas, de manera que los dos nos sintiéramos cómodos. Y creo que es exactamente lo que estamos haciendo, Mac. Estamos explorándonos el uno al otro. ¿Crees que sería tan terrible que nuestra relación se hiciera demasiado íntima?

¿Y ahora por qué volvía a excitarse? Se preguntó Mac. Pero eran los sentimientos de ella los que él quería comprender, no los suyos. Instantáneamente aparecieron en su mente imágenes de ella haciendo el amor... Se llevó la mano al cuello nervioso.

—Lo que creo es que hacer el amor complica cualquier relación y es algo en lo que no pensamos cuando decidimos casarnos. No quiero que te preocupes pensando en que no puedes confiar en mí. No quiero que comience por accidente algo que luego puedas lamentar. Me doy cuenta que tú también te pones cada vez más nerviosa cuando estamos juntos. Por eso no quiero ignorar la atracción que existe entre nosotros, pero sí sugiero que intentemos controlarla hasta después de que el niño nazca.

Desde luego, Mac no había pensado en la respuesta, pero la sonrisa de Kelly lo sorprendió.

—No hay problemas en que deje de confiar en ti, Mac. Y, me parece bien lo que dices. Aunque no puedes negarme mi ración diaria de besos...

Mac sintió alivio al ver que la conversación daba un giro que borraba la tensión entre ellos.

—Los besos están en la programación, pequeña.

—Y ahora que hemos aclarado todo, te diré que estoy completamente agotada. Voy a llevar a mi hijo y a mí a la cama.

Dicho lo cual se inclinó y besó a Mac en la frente, luego se dirigió hacia la puerta, donde se volvió.

— ¿Mac?

— ¿Qué?

—No se te ocurra utilizar el destornillador.

— ¿Perdón?

—Yo terminaré la silla mañana por la mañana. Es evidente que no sabes hacer nada de bricolage. La verdad es que me alegro que no sepas nada de mecánica. Es un consuelo, después de mi torpeza con los aparatos electrónicos.

Mac se sentó en el sofá de nuevo y dejó el destornillador. Miró alrededor y vio los adornos que colgaban de las paredes y las cajas... Y aún así, era curioso cómo la vida desaparecía una vez que Kelly se marchaba. El carácter de Mac parecía desinflarse como un balón.

A pesar de todo, se dijo que la breve conversación había salido bastante bien. No la entendía, pero no era nuevo. La verdad es que Kelly lo confundía más cada día, pero tampoco eso era nada nuevo.

Ella no había dicho que quisiera acostarse con él, pero a sus treinta y ocho años, Mac era perfectamente capaz de distinguir la dinamita. El había conocido la pasión, pero ninguna mujer había respondido como ella a aquellos besos breves, a aquellos abrazos vulgares con ese anhelo. Ella lo deseaba. Y él también la deseaba, ¡por supuesto! Aunque estaba demasiado preocupado por saber la razón. Quizá ella se sentía en deuda con él, quizá vivir juntos había propiciado el problema. Quizá el embarazo la hacía vulnerable y sentía todo con demasiada intensidad. Con tanta intensidad que olvidaba a su hermano.

Dejar un tiempo hasta después de que el niño naciera, daría a Kelly un tiempo para pensar, creía Mac. Después del parto, ella se sentiría más segura, más realista. Podría decidir que no lo necesitaba para nada, y mucho menos para hacer el amor. Esperar, darle suficiente tiempo para pensar era lo más .honesto que podía hacer.

Mac se puso de pie y comenzó a apagar las luces. Minutos después se metía en la cama, jurando llevar a cabo su promesa.

Por primera vez en su vida, pensó que el honor era una estupidez.

En medio de la noche, Kelly fue despertada por una patada del bebé, directamente en el hígado. Con los ojos abiertos apenas, se levantó y se puso la mano en el vientre. A continuación salió, tambaleándose, y se dirigió al baño sin encender la luz.

Sintió la alfombra bajo sus pies, y el viento frío de la noche a su alrededor, luego el azulejo helado del cuarto de baño. No le importaba interrumpir su sueño. De alguna manera esas interrupciones eran su único momento del día que tenía para estar a solas con su hijo. La sensación del pequeño que crecía dentro de ella, moviéndose todo el tiempo ya, siempre evocaba en ella una sensación de extrañeza. El amor que sentía por el bebé no se parecía a nada.

Nunca había dudado en que quería a aquel hijo, ni siquiera al descubrir que estaba embarazada. Incluso sabiendo las ideas estrictas de su madre sobre el tema, incluso sabiendo que Chad la había abandonado. Si hubiera sabido cómo localizar a Chad, lo habría intentado, pero sólo porque sentía el deber de informarle. Chad siempre había dicho que no quería tener hijos y sabía que estaba sola.

Para ella no era desconocida las dificultades de ser una madre soltera, tenía como referencia a su madre y todo el esfuerzo de criarla. Pero el ejemplo de su madre también le había enseñado a ser fuerte y valiente.

A pesar de todo, en ese instante deseó con todas sus fuerzas que Mac fuera el padre de aquel hijo que llevaba dentro.

El bebé dejó de dar patadas y Kelly se lavó las manos. Luego volvió a su cuarto. Al ir hacia allí se chocó con algo duro y caliente. Notó en su frente la mandíbula masculina y alguien que la agarraba para que no se cayera.

—Me figuraba que era tu paseo de todas las noches, pero quise asegurarme de que no estabas enferma.

—Estoy bien, Mac. De verdad.

El hombre acarició sus mejillas y pareció adivinar, con aquel gesto, que era sincera.

—De acuerdo. Duerme bien, pequeña —dijo, dejando caer las manos.

Mac se dio la vuelta y se fue hacia su habitación. Kelly pensó que estaba dormido porque le oyó chocarse con la pared.

Y Kelly entonces se dio cuenta, fue consciente por vez primera, de que se estaba engañando a sí misma, de que estaba enamorada de él y de que ese amor crecía más cada día.

¿Pero cómo no enamorarse de aquel hombre que la trataba con tanto cariño? ¿Que se despertaba por la noche para asegurarse de que no le pasaba nada?

Se metió en !a cama y se acurrucó bajo las sábanas, intentando convencerse y recordarse que él se había casado con ella sólo por su sentido de la responsabilidad.

Tenía que ser fuerte, tenía que permanecer callada y no decir su secreto. Se negaba a herir a ese hombre que tan increíblemente bueno era con ella.

Capítulo Siete

Kelly abrió las puertas del vestíbulo de la empresa Fortune y se dirigió a los ascensores. George, el guardia de seguridad, se acercó a ella, pero a aquella hora, más de las seis, Kelly imaginaba que estarían casi todos los empleados fuera. Llevaba un mes sin ir allí y tenía muchas ganas de volver a ver a sus viejos amigos. Aunque con aquella ropa, un anorak de esquiar, un jersey de lana y unas botas de nieve, además de su abultado vientre, no parecía la esposa de uno de los directores.

Era inevitable. La elegancia y las mujeres de vientres grandes no sintonizaban, y si tenía suerte, no se encontraría con nadie más que con la secretaria de Mac.

Tuvo suerte. Una vez que las puertas del ascensor se abrieron en la planta del despacho de Mac, no vio un alma. Al entrar en el despacho, Ellen alzó la vista de la mesa. La secretaria de Mac iba vestida con un gusto exquisito, pero su sonrisa era agradable y cariñosa.

—Kelly! Me alegra verte. El señor Fortune...

—No, no he venido a interrumpirlo. He hablado hace dos horas con él y sé que está muy ocupado.

—Así es. Pero si sabe que estás aquí...

—No te preocupes, no he venido a verlo a él. Pasaba por aquí cerca y... Iba a clase de ejercicios para el parto. Mac iba a venir conmigo, pero cuando supe todas las cosas que tenía que hacer le dije que iría sola. Pero como he tenido que venir al centro, bueno... ya sabes cómo es. Por no perder tiempo se suele meter a cualquier sitio de comida rápida. Pedirá algo mejicano, porque le encanta...

—Incluso algo muy picante mejicano, porque le gusta mucho más —añadió la secretaria, riéndose—. Y luego estará...

—Enfermo del estómago, así que le he traído algo que puede calentar en el microondas —explicó, dejando una mochila en la mesa, y sin mencionar el otro paquete que había dentro de ella. El lo encontraría y Ellen no tenía por qué saberlo.

Llevaban un mes de casados y pensó que Mac merecía una recompensa, aunque no sabía qué. Su corazón habría deseado una cena romántica. Pero eso podría parecer una estupidez. De manera que se presentó con un paquete de judías en salsa especial. Seguro que le gustaría el detalle. Ella sabía que era uno de sus platos favoritos.

—Haré que le llegue la cena —prometió Ellen.

—Muchas gracias...

Kelly iba a darse la vuelta, cuando la puerta del despacho de Mac se abrió y un hombre rubio trajeado salió.

—Sí, señor Fortune, lo tendré para mañana —dijo el hombre, antes de despedirse.

Después de él salió uno de los químicos del laboratorio, que también prometió tener algo para el día siguiente.

Y después de él, una mujer joven con un traje de rayas y mirada aturdida salió apresuradamente.

—Tiene razón, señor Fortune. Tiene toda la razón.

Esa fue la última despedida, ya no salió nadie más de aquel despacho. Kelly agarró la mochila y se asomó a la puerta, para ver si realmente no había nadie. Y así era. En el despacho no había nadie más que su marido, de espaldas a la puerta.

— ¿Mac?

— ¡Qué sorpresa, pequeña! Iba a salir ahora mismo para llevarte a la clase.

—Estaba tan segura de que no ibas a poder hacerlo, que me he pasado por aquí a traerte la cena.

—He tenido que hacer muchos cambios, pero te prometí que no me perdería ninguna de tus clases.

Mac nunca hacía una promesa que no fuera a cumplir. Kelly debería de haberlo sabido. Además, recordó que si él era tan paciente con sus cambios hormonales, ella, a su vez, debía ser paciente con su tendencia protectora.

En los últimos días, ella había conseguido que la abrazara por las mañanas antes de irse al trabajo, por las tardes discutían periódicamente sobre el sofá rosa de Kelly, y Mac sugería todas las noches un paseo después de cenar, sin que importara el tiempo que hacía. En definitiva, estaban enfrentándose a la rutina de vivir juntos de un modo mucho mejor de lo que ella nunca había esperado.

Por otro lado, Kelly aceptaba que por el momento no podían intimar, debido al bebé, y se conformaba con portarse bien con Mac, siempre que estaban juntos. Tenía que olvidarse del amor. Además, poco a poco, notaba que Mac se reía más estando con ella, que se relajaba más y se tomaba de otra manera las responsabilidades. Todavía seguía siendo muy exigente consigo mismo, pero Kelly sabía que no se ganaban las batallas en un día.

Mac se puso la chaqueta azul marino.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? — preguntó a Kelly—. No me digas que estoy manchado de mostaza.

—No, no tienes mostaza. Pero he estado observando cómo se despedía toda esa gente de ti… —dijo, acercándose a él para colocarle la corbata.

—¿Sí?

—Seguro que los tienes engañados con que eres una persona muy seria y dura, cuando yo sé que no sabes ni colocarte bien la corbata.

—Pensar que me he casado para que me insulten todos los días...

Mac se inclinó para rozar la nariz de ella. Le había costado mucho tiempo de entrenamiento establecer la costumbre de tener un gesto cariñoso voluntariamente. Por supuesto, luego la tomó del brazo, de una manera mucho más formal.

—Vamos a llegar tarde si no nos damos prisa. ¿Está Benz abajo?

—No, vine yo sola —dijo, al tiempo que salían y hacían un gesto de despedida a Ellen—. No me mires así, Mac. Es una tontería sacar a Benz con el catarro que tiene en una noche como ésta, cuando puedo venir yo sola.

—Sabes que me preocupa que conduzcas sola en tu estado.

—Vamos, Mac. No pasa nada. No puedo estar más segura. En casa estoy rodeada de muros, de alarmas, de puertas blindadas. Me acompañan Benz y Martha. Y cuando vengo, George me recoge en el aparcamiento.

Cuando llegaron a la entrada, Mac abrió las puertas para que pasara ella. Al salir, Kelly estuvo a punto de chocarse con un hombre que iba con un abrigo de lana oscura. El hombre iba corriendo, sin mirar, pero Kelly no pudo evitar estremecerse.

—Por eso —dijo Mac, tomándola por los hombros.

—Por eso, ¿qué? —preguntó ella.

—Por eso quiero que Benz te traiga. No te has olvidado todavía de cuando te atacaron, estoy seguro. Si Benz está acatarrado, me llamas y voy yo a buscarte.

—Mac, no ha pasado nada desde aquel día. Admito que fue algo horrible y que todavía a veces me asusto, pero tengo cuidado y no quiero volverme una paranoica que ve un violador en cada esquina. Y conforme va pasando el tiempo, me doy más cuenta de que el hombre que me atacó no fue un secuestrador, sino un simple ladrón.

—Yo también. Si alguien te hubiera estado siguiendo, habría pasado algo más. No ha vuelto a suceder nada y no volverá a suceder —dijo Mac con firmeza, mientras abría para ella la puerta del coche. Luego subió él y arrancó el motor—. Escucha, Kel, ya sé que crees que soy demasiado protector y probablemente tienes razón. Pero te pido que no vayas en el coche sola a ninguna parte, por lo menos hasta que el niño nazca.

— ¿Te he dicho últimamente que es imposible discutir contigo?

—No, desde esta mañana.

—Está bien, pero quiero que dejes de preocuparte, Mac. Nadie podría habernos protegido mejor al bebé ni a mí. Es suficiente, de verdad. No sigas preocupándote.

Kelly sabía que era totalmente imposible que él se dejara de preocupar. Su sentido del honor no se lo permitiría. No debería sentirse responsable por cosas de las que no era responsable, pero Kelly no

podía hacer nada para evitarlo. En cualquiera caso, eso ya no importaba, acababan de llegar frente a la clínica y debían ocuparse de la clase.

Mientras entraban, Kelly se fijó en que las mujeres habían engordado desde la última clase y que cada vez se movían con mayor dificultad. Le consolaba ver que el resto de mujeres tenían las mismas dificultades que ella para sentarse y levantarse de las esterillas del suelo donde hacían los ejercicios.

—Deberíamos haber traído palomitas —comentó Mac, que se había sentado al lado de ella—. ¿No iban a echar hoy una película de un parto?

—Así es. Y por eso te dije que no me importaba que no me acompañaras esta noche. La señora Riley nos advirtió que iba a ser bastante real.

— ¿Es que crees que voy a desmayarme?

—Ya sé que lo dices de broma, pero la señora Riley nos contó que durante el último pase de la película dos maridos se tuvieron que salir... —Kelly se calló, ya que se habían apagado las luces y la película estaba a punto de comenzar.

Luego se echó un poquito hacia atrás, de modo que pudiera ver a Mac por el rabillo del ojo. Los hombres siempre presumen de que son muy duros, pero algunos no resisten la visión de la sangre. Ella no se imaginaba por qué tendrían que ver con atención esa película. Al fin y al cabo, las mujeres se lo cuentan todo, no como los hombres. Y todas sabían perfectamente en qué consistía un parto. No sabía qué podía aportarles la visión del documental.

Ciertamente, no mostraba nada nuevo, pero a los diez minutos Kelly comenzó a sentir convulsiones en el estómago y la garganta se le comenzó a secar. Luego sufrió una náusea. Debió de ser por ver todo el proceso del parto, sabiendo que ella estaba embarazada de ocho meses y que, por tanto, daría a luz en pocas semanas.

Después de la clase y ya en el coche, Mac abrió la guantera y sacó unas pastillas contra el mareo.

—Quizá esto te ayude —le ofreció.

—No voy a volver a vomitar —murmuró ella—. Lo que sucede es que he cambiado de opinión respecto a lo que es un parto. Yo ya sabía que el estar embarazada tiene algunos inconvenientes, y hasta ahora no me había importado, pero creo que quiero replantearme lo del parto. Quizá debiera cambiar de médico...

—Creía que estabas muy contenta con la doctora Lynn.

—Así es. Pero le pregunté qué opinaba del uso de la anestesia epidural, y ella me contestó que no haría falta.

—Es curioso, yo recordaba que la última vez que estuvimos en la consulta, fuiste tú la que dijiste que no querías utilizar ningún tipo de

anestesia.

—Pero eso era antes de ver la película. Cualquiera puede cambiar de opinión.

—¿Y no podría ser que también hayas cambiado de opinión respecto a lo de no tener ningún asistente durante el parto? Ya me conoces, y si cambiaras de opinión, sabes que puedes contar conmigo.

Ella se quedó pensativa. Su primer impulso fue abrazarlo, pero pensó que hubiera sido algo bastante peligroso, debido a que él iba conduciendo. Y además, aunque Mac parecía más comprensivo con su forma de expresar el afecto de un tiempo a esa parte, eso no quería decir que necesariamente le gustara. Así que se contuvo.

—Te agradezco el ofrecimiento y te aseguro que si cambio de opinión te lo diré a ti. Pero, de momento, prefiero seguir haciéndolo yo sola. Y la razón principal es que, como te dije, soy una cobarde. Y sé que es mejor que me enfrente yo sola a este tipo de situaciones.

—No quiero discutir contigo —respondió él, después de quedarse un rato pensativo—. Sólo quiero que hagas lo que sea mejor para ti. En cualquier caso, todavía hay tiempo para que te lo pienses.

—Muy bien.

—Puedes contar conmigo.

—Lo sé.

—Piensa que dentro de un mes todo esto habrá acabado y tendremos a nuestro bebé. Recuerda esto cada vez que tengas miedo. El parto pasará rápido y cuando menos lo esperes tendrás al niño en tus brazos.

Kelly se quedó pensando en sus palabras. Él había dicho «nuestro bebé». Mac se preocupaba por el niño y eso era muy importante para ella.

Dos semanas después, Kelly estaba asomada a la ventana del cuarto del niño. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras y no paraba de nevar desde hacía dos días. Estaban en medio de otra ventisca, y eso resultaba divertido, ya que era el día de San Valentín.

Benz y Martha se habían marchado tres días antes a visitar a una nieta suya a Duluth y no habían podido regresar. Las carreteras estaban cortadas y no había forma de acceder a la ciudad.

Kelly debería de estar preocupada por el tiempo, ya que esa mañana se había levantado con dolor de espalda. Pero extrañamente se sentía segura de sí misma. Y llevaba todo el día tranquila.

Se apartó de la ventana y se masajeó la zona de la espalda que le dolía. Luego comenzó a dar pequeños paseos por la habitación. Había quedado perfecta, pensó. La lámpara con forma de osito iluminaba el cuarto del niño que se había construido con todo su cariño y esfuerzo. Sobre la cunita había sábanas y mantas para cubrir al bebé. Sobre la mesa para cambiarle se veían ya los pañales. Kelly se acercó hasta la mecedora y la acarició, pensando que quizá se había equivocado al elegir la alfombra, de color amarillo claro. Un color que podía ser algo sucio, pero que a pesar de eso, le encantaba. Era mullida y suave, de modo que el niño podría gatear sobre ella sin problemas.

Quizá se había anticipado un poco, ya que el niño en teoría no nacería hasta dos semanas después, pero no había podido evitarlo. Quería verlo todo listo.

— ¿Kelly?

Al oír la voz de Mac, ella respiró hondo. Haciendo un ruido enorme.

—Estoy arriba, en el cuarto del niño —gritó.

Como ya imaginaba, oyó los pasos de él sobre la escalera dirigiéndose a donde ella estaba. Kelly sabía que aunque el tiempo le hubiera permitido ir a trabajar, Mac se habría quedado con ella de todos modos. En los últimos tiempos no se separaba de ella. Durante la última revisión, Kelly pensó que se iba a meter a la consulta a examinarse con ella.

El apareció en la puerta y la miró aliviado. Ella sonrió al darse cuenta que la tensión en los hombros de él se relajaba al ver que ella estaba simplemente paseando.

—He visto las galletas, enfriándose.

— ¿Te gustan? Las he hecho con forma de corazón debido a que hoy es San Valentín.

—Con gusto me habría comido alguna, pero las vi tan bonitas que pensé que sería mejor preguntar antes.

—En otras palabras, que ya te has...

—Tres. Y la verdad es que están realmente buenas —entró en la habitación y la recorrió, tocando las cosas del niño como ella había hecho antes—. No creo que haya ningún niño con una habitación tan bonita como ésta.

—Gracias a nosotros.

—Gracias a ti. Tú fuiste quien lo planeó todo. Yo sólo añadí algún detalle —se agachó para tocar algunos juguetes que había en una mesita—. ¿Piensas que es demasiado pronto para regalarle un balón de rugby?

—Yo creo que sí. Además, imagínate que es niña. A mí no me importaría que le gustase jugar al rugby, pero estoy segura de que a ti sí. Y eres tan protector que seguro que no la dejarías tener su primera cita hasta que tuviera por lo menos cuarenta años.

—Oye, pero es que también podría ser un niño.

—Podría ser. Y se me acaba de ocurrir que éste es un buen momento para que nos peleemos por elegir el nombre por si es chico.

Volvió a tomar aire, haciendo mucho ruido. Había notado un pinchazo en la espalda que la había dejado casi sin aire en los pulmones.

—No quiero que haya ningún otro Mackenzie en la familia. Odio que se añada lo de junior a los nombres de los hijos.

—Pero podríamos llamarlo Aaron Mackenzie Fortune. Su nombre de pila sería Aaron y así no habría que utilizar el junior. ¿Qué te parece?

—Bueno, pero... ¡Demonios! ¿Qué te ocurre? —se asustó Mac al ver la expresión de dolor de ella.

Ella consiguió sonreír después de un rato.

—Ha empezado. Debería habértelo dicho antes, pero es que no estaba segura. Esta mañana pensé que se trataba sólo de un dolor de espalda. Y luego me convencí de que debía de tratarse de uno de esos falsos avisos de que estás de parto, pero ahora...

— ¡Oh, Dios! ¿Quieres decir, el niño? ¡Oh, Dios!

—Pero no hay prisa. Todo el mundo dice que si es el primer niño, tardan un montón en nacer. No es que me haga feliz, pero al fin y al cabo, así han tenido las mujeres los niños desde el comienzo de los tiempos...

—Pero con tus caderas estrechas no podrás tener el niño aquí en casa. Eso no puede ser. Tú espera aquí... —salió corriendo hacia la puerta, luego se volvió—. No, no esperes aquí. Es mejor que te metas en la cama en vez de estar de pie. ¿Por qué diablos estás de pie?

—Mac, no pasa nada. Todo saldrá bien. Intenta calmarte.

Kelly no podía creer que fuese ella quien le tuviera que tranquilizar a él. Normalmente era al revés, Y más, tratándose de Mac. Nunca le había visto ponerse nervioso. Pero en ese momento estaba fuera de sí.

—No vas a tener el niño en casa. Vas a tenerlo en la mejor clínica del país y con el obstetra que nosotros hemos elegido. No me importa en absoluto la ventisca. Conseguiremos llegar, por eso no te preocupes. Estáte tranquila.

El salió a toda velocidad de la habitación. La línea telefónica ordinaria estaba cortada, pero pudo conseguir llamar con el móvil. Telefoneó al hospital, al servicio de ambulancias, a la policía... Luego volvió corriendo arriba, para ver que tal estaba ella.

Ella estaba bien. Lo único que temía era que le diera un ataque al corazón a Mac. Algo después de las cinco rompió aguas. Afortunadamente estaba en el baño en ese momento. Si hubiera estado en el cuarto del niño, habría echado a perder la alfombra.

Mac subió las escaleras llamándola a gritos, hasta que, finalmente, la encontró.

—Estoy aquí, Mac, pero necesito estar sola un momento.

El no debió oírla a juzgar por el modo en que estaba tirando de la puerta. Finalmente, consiguió abrir y ambos se quedaron mirándose asombrados.

Ella estaba desnuda, tratando de limpiar el suelo. Kelly pensó que había fantaseado muchas veces con la idea de estar desnuda delante de Mac, pero no de esa forma. Debía de estar horrorosa con la luz del fluorescente reflejándose en su enorme tripa y con toda esa porquería por el suelo. Kelly estaba completamente avergonzada. Y él se dio cuenta, así que reaccionó con rapidez y la cubrió con una toalla. Él recuperó la calma de nuevo y trató de excusarse.

—No quería... es que temía que necesitaras ayuda y no quisieras decírmelo, Kel. Sé que no es el mejor momento para decírtelo, pero creo que eres la mujer más bella que he visto en mi vida. Ya no sé ni lo que me digo, estoy tratando de hacerlo lo mejor que puedo...

—Lo sé.

—Pero es que no puedo parar de pensar en que lo habíamos planeado todo para que el parto transcurriera del mejor modo posible y ahora...

—Lo sé.

—Me pongo malo de pensar que te pueda pasar algo.

Kelly se conmovió al ver cómo se preocupaba por ella.

Mac le ayudó a limpiar el baño. Luego puso sábanas de plástico sobre su cama, de modo que ella tuviera el bebé allí. Poco después comenzaron las contracciones. Y ella se asombró al descubrir que podía aguantar el dolor mejor de lo que había pensado. Y eso que era el dolor más fuerte que había sentido en toda su vida. Pero su cuerpo estaba trabajando de un modo instintivo para facilitar el nacimiento del niño.

A medianoche, la tormenta amainó y Mac utilizó el móvil para llamar al hospital para ver si podían mandar un helicóptero. Pero Kelly sabía que no llegaría a tiempo. Y Mac también. Estaban solos. Y por increíble que pareciera, ella no lo habría querido de otro modo.

La imagen del niño asomando la cabeza, quedaría grabada para siempre en su memoria. Y también la expresión de Mac. Estaba tranquilo y sus ojos estaban llenos de amor...

Luego, él agarró a su hija con ambas manos.

—Mírala, si es igual que su madre. Annie, eres guapísima —luego se volvió hacia ella—. Kelly, te amo —las palabras parecieron salir directamente de su corazón.

Una hora después oyeron aterrizar a un helicóptero afuera. Kelly dijo que no hacía falta que las llevaran al hospital. La niña estaba bien y ella también. Pero Mac insistió en que se las llevaran y nada le hubiera hecho cambiar de opinión. Nada.

Capítulo Ocho

—Muy bien. Puedes incorporarte, Kelly. Y la respuesta a la pregunta que estás deseando hacerme es que sí —la doctora Lynn se puso a tomar algunas notas en la ficha de Kelly, después de sonreírle. Normalmente, el sentido del humor de la doctora Lynn era comprensible, pero en esa ocasión Kelly no tenía ni idea de lo que ella le quería decir.

—Bueno, me temo que no la entiendo.

—Quería decir que seguramente desearías preguntarme si podías volver a tener relaciones sexuales con tu marido, y la respuesta es que sí. Es que ésa es la primera pregunta que suelen hacerme la mayoría de las mujeres durante la revisión post—parto. Y supuse que tú también estarías impaciente por saberlo.

—Ya veo —Kelly nunca había hablado de su vida privada con Mac, y por tanto, no se esperaba tocar ese tema con la doctora.

—No tienes por qué contarme nada. Pero sé que es normal que los matrimonios se sientan algo violentos después del parto. Los maridos suelen tener miedo de haceros daño. Y vosotras de que os hagan daño. Y también soléis tener miedo de que el parto haya cambiado algo dentro de vosotras y que ya no sintáis del mismo modo que lo hacíais.

Kelly no tuvo que decir nada. La doctora Lynn siguió hablando.

—Pero puedo decirte que no tienes nada que temer. ¿Te acuerdas que me pediste que no te diera puntos después del parto? Entonces no te gustó que yo insistiera, pero esta noche los dos lo agradeceréis. En cualquier caso, debéis tener cuidado, y ya verás que todo va bien. ¿Quieres preguntarme algo más?

—No.

—Muy bien. Por lo demás, te puedo decir que las cosas no pueden ir mejor. Estás estupendamente. ¿Qué tal va la lactancia?

—No podía ir mejor —respondió Kelly.

—Bien. Yo estoy a favor de la lactancia natural, pero también quiero que le empieces a dar un biberón al niño por la noche. Así descansarás algo, y además, así el niño se va acostumbrando por si te pones enferma o hay algún imprevisto.

Kelly salió de la consulta veinte minutos después. Mientras se dirigía al coche de Benz, sintió la brisa de la tarde de marzo, que llevaba la fragancia de la primavera hasta ella.

— ¿Ha ido todo bien? —preguntó Benz, cuando se subió ella al coche.

—Sin problemas. Me han dicho que todo marcha perfectamente.

De camino a casa, Kelly pudo disfrutar del paisaje. Los campos

estaban comenzando a llenarse de las primeras flores. Fueron charlando acerca de la niña, pero por primera vez en esas seis semanas ella iba pensando en otra cosa.

En sexo.

Recordó que antes del nacimiento de la niña, habían acordado darse un período para reflexionar. Y ella, después de la increíble noche en la que nació Annie, había pensado mucho en ello. Pero parecía que habían decidido aplazar cualquier decisión hasta que ella se recuperara del parto. Es decir, hasta ese mismo momento.

Kelly pensó que no sabía si debería de dar ella el primer paso para seducir a Mac. Pero estaba segura de que él no haría nada si ella no se mostraba receptiva.

El camisón negro que le había regalado su tía Marie estaba colgado en el armario. Se lo había probado un par de semanas antes y todavía no le estaba bien, pero estaba segura de que actualmente le valdría de nuevo. También decidió que iba a seguir el consejo de Kate de ir a un salón de belleza.

—Martha estará encantada de poder cuidar de la niña durante un par de horas —le dijo Benz.

—Espero que no llore.

—Ya sabe que después de su siesta es buena como un ángel.

Pero ¿conseguiría seducir a Mac? ¿Qué sabía ella, al fin y al cabo, de seducir a nadie? Por supuesto, sabía que ella le importaba. Se había dado cuenta de que él también notaba esa corriente eléctrica entre ellos cada vez que se tocaban. Pero eso no tenía por qué ser amor y no podía estar segura de si él se habría casado con ella si su sentido del honor no le hubiera empujado a ello. Elle había dicho que la quería la noche en la que la niña nació, pero no había vuelto a mencionar nada al respecto. Quizá él había cambiado de opinión. Y ella se moriría si él la rechazaba...

Kelly, desde la noche del parto, sabía que ya no podría querer a ningún otro hombre. Mac había sido tan generoso con ella que le había robado el corazón.

Así que intentaría seducirlo. Si la rechazaba, tendría que afrontarlo. Y a él no tendría por qué hacerle daño enterarse de que alguien lo quería. De que alguien lo apreciaba no por su dinero ni por su poder, sino por él mismo. Por lo increíblemente especial que era. Durante esas seis últimas semanas había sido un padre ejemplar para Annie. Y también un buen marido, en todos los sentidos… excepto en uno.

Y ella deseaba desesperadamente que él también cumpliera en ese sentido.

—Si sigue este buen tiempo, seguro que la próxima semana florecerán también los narcisos y los tulipanes.

—Voy a hacerlo, Benz, estoy decidida.

— ¿Qué?

—Los narcisos —disimuló Kelly—. Estaba pensando que voy a plantar narcisos,

—Me parece una buena idea.

Algo después llegaron a la casa. A Kelly la sorprendió que hubiera un deportivo negro aparcado frente a la puerta. Aunque desde que nació la niña habían recibido muchas visitas de familiares, nadie había ido sin avisar antes.

—No reconozco el coche. ¿Sabes de quién es? —le preguntó a Benz.

—No, no lo había visto antes.

Kelly se encontró con que Martha la estaba esperando en la cocina, secándose las manos con un trapo.

—La niña está en su cuarto. Tengo aquí el altavoz del transmisor y así podré oír si hace algún ruido. Usted tiene una visita esperando en la biblioteca.

— ¿Quién es, Martha?

—Vaya y lo verá.

Kelly pensó que no podía ser un desconocido, ya que Martha no le habría dejado pasar. Además, le intrigaba que la mujer se comportara de un modo tan misterioso acerca del visitante. En cualquier caso, sabría quién era en pocos segundos. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla, luego se ajustó el cinturón de su vestido color rojo cereza mientras se dirigía a la biblioteca... Tras abrir la puerta, se quedó de piedra.

El hombre estaba de pie frente a la chimenea con un vaso en la mano. A primera vista, cualquiera podría confundirlo con Mac. Tenía el mismo pelo moreno lustroso, ambos debían de medir lo mismo y tenían la misma constitución. Además, los dos eran muy guapos.

Pero no se trataba del hombre con el que quería hacer el amor esa noche.

— ¡Chad! —el hombre se dio la vuelta.

— ¡Vaya, vaya, estás guapísima, Kelly! Te ha sentado estupendamente el ser mamá. Estás todavía mejor de lo que te recordaba.

El cumplido la molestó. Y no porque creyera que él no estaba siendo sincero, sino más bien debido a que le recordó cómo la había conquistado en otro tiempo ese carácter encantador de Chad.

En ese momento se preguntó cómo podía haber sido tan ingenua para sentirse tan atraída por él. Mirándolo más detenidamente se veía que no se parecía en nada a Mac. Sus ojos no eran tan honestos ni sus hombros eran tan fuertes ni su frente estaba surcada con esas líneas que mostraban su carácter.

Ella sabía que Chad iba a ir de visita una temporada. Y por tanto, se había preparado para encontrarse con él al menos un millón de veces.

Pero eso no había evitado que en ese momento sintiera miedo y se le acelerase el pulso. No sabía cómo afectaría la visita a su relación con Mac y Annie.

—Como es evidente, sabes lo de la niña —dijo ella.

—Sí, pero cuando me fui no sabía que estabas embarazada. Admito que quería dejar lo nuestro, pero si hubiera sabido que esperabas un bebé, te habría ayudado de alguna forma. Quería que lo supieras, aunque entendería que no quisieras volver a verme.

Kelly pensó que quizá era verdad, pero en ese momento ya le daba igual. Notó las manos húmedas, debido a los nervios.

— ¿Has visto a Annie?

—Sí. Martha la llevaba en brazos cuando me abrió. Es una niña preciosa. Aunque sólo la pude ver un momento. Martha se la llevó cuando empezó a llorar...

Parecía que él no había intentado sostenerla en sus brazos. Uno de los temores de Kelly era que se pudiera crear un lazo afectivo entre ambos. Mac se había sentido atrapado por el encanto de la niña desde el principio. Y si hubiera algún juicio por la custodia de la niña él se moriría. Igual que ella.

—Chad... ¿por qué no me dices qué es exactamente lo que quieres? ¿Por qué has venido? ¿Cómo te enteraste de lo de la niña?

—No hace falta que seas tan franca. Estoy aquí porque Mac me localizó. Yo estaba pasando una temporada en una isla del Pacífico, un lugar estupendo para tomar el sol y bucear. No sé cómo me encontró, pero lo cierto es que recibí un telegrama suyo. Esa fue la primera noticia que tuve de lo de la niña, así como de que os habíais casado.

— ¿Mac te localizó?

Kelly estaba asombrada. Mac no le había dicho nada acerca de que estuviera intentando localizar a su hermano. Parecía que estaba tan feliz con ella y la niña... Había llegado a pensar que si ella daba el primer paso, su matrimonio podría convertirse en una realidad. Pero después de lo que le había dicho Chad, pensó que quizá ella hubiera malinterpretado los sentimientos de él.

—Así es, Mac me localizó. Y la verdad es que no sé para qué. Yo soy consciente de que la niña es tuya, y puede que no quieras que la niña sepa que yo soy el padre... o quizá sí. A lo mejor lo que quieres es una compensación económica. Maldita sea, Kelly, no tengo ni idea de cómo quieres que se hagan las cosas.

— ¿Qué te parecería si te digo que lo único que quiero es que todos seamos honestos los unos con los otros?

— ¿Honestos?

— ¿Has oído hablar de eso? —Kelly se sentó en una silla y le hizo señas a él para que se sentara también—. Yo no quiero dinero, ni de ti ni de nadie, Chad. Mac aseguró el futuro económico de la niña incluso

antes de que ella naciera. En cuanto a tu familia, ya saben que la niña es hija tuya, así que no hay nada que esconder. Tampoco quiero ocultarle la verdad a la niña. Ella sabrá quién es su verdadero padre, que no tiene que coincidir necesariamente con su padre legal.

— ¿Qué quieres decirme? ¿Que Mac será su padre y yo no pinto nada en todo esto?

Ella se quedó pensativa, mientras observaba la expresión de él.

—No importa lo que yo quiera. Lo cierto es que hay un problema que hay que resolver y no es tan fácil como parece. Antes dijiste que de haber sabido lo de la niña, habrías aceptado tu responsabilidad. Pero te miro a la cara y sé que no tienes ninguna intención de ser padre. Y yo no querría que Annie supiera que fue concebida antes de que yo me casara, pero sé que no vivimos en un mundo perfecto y que la gente habla más de la cuenta. Y lo que sí que no querría de ninguna de las maneras es que ella se enterase de algo así por extraños. Así que prefiero decirle la verdad desde un principio.

— ¿Y qué quieres de mí exactamente?

—Lo único que quiero es que me prometas que si alguna vez quieres involucrarte en algo que afecte a la vida de Annie, antes lo consultarás conmigo.

—Pero ¿por quién me has tomado? — preguntó él, con el ceño fruncido—. Por supuesto que te lo prometo. ¿Yeso es todo?

Kelly se quedó sentada en la silla largo tiempo después de oír cómo se cerraba la puerta principal. Se masajeó las sienes con las manos, mientras recordaba la euforia que había sentido después de su primer encuentro con Chad. Se había quedado impresionada con su encanto y su manera de comportarse. Pero eso no había sido amor. En ese momento lo sabía. Pero lo que nunca hubiera pensado era que iba a llegar a sentir pena por él.

Los hermanos eran como la noche y el día. Mac era un hombre con carácter, un hombre profundo y con corazón. El le había enseñado lo que era el verdadero amor.

Kelly seguía dominada por una cierta ansiedad. No sabía cuál habría sido el motivo por el que Mac había localizado a su hermano. Era evidente que le había pedido a Chad que fuera a verla. ¿Significaría eso que él ya no la quería? ¿Habría malinterpretado lo que Mac sentía por ella? ¿Serian sólo vanas esperanzas suyas?

De pronto, oyó que la niña estaba llorando. Se puso de pie rápidamente, Annie la necesitaba. Y hasta que Mac volviera a casa, ella no podría saber lo que él pensaba o sentía realmente.

Mac llegó hacia las seis. Desde la cocina llegaba un olor delicioso y la mesa estaba puesta. Pero Kelly no estaba por ninguna parte, lo que era extraño, ya que siempre salía a recibirlo. Al poco, descubrió por qué. Mientras dejaba su maletín, oyó que Annie estaba llorando. No tan

fuerte como para despertar a los muertos, como algunas veces lloraba, pero tampoco parecía estar muy contenta.

Después de colgar la chaqueta, se dirigió a la biblioteca, donde estaban las dos mujeres que más quería. Las sonrió de un modo automático, aunque su sexto sentido le dijo que algo no andaba bien. Y no era nada referido a la niña, sino a Kelly. Lo sabía a pesar del buen aspecto de ella. Lo cierto era que estaba especialmente guapa con ese vestido de color rojo oscuro, que le resaltaba los pechos y las caderas. Mac sintió que algo se despertaba dentro de él. El fuego que alimentaba su corazón hacía que Kelly brillara como una perla y que su pelo pareciese de oro. Pero cuando ella se volvió hacia él, Mac pudo ver que no se había equivocado y que su expresión era de preocupación.

Algo debía haber pasado, aunque no sabía el qué. Pero lo primero era lo primero... Mac la saludó sonriente. Luego acarició la cabeza de la niña.

— ¿Qué tal con la doctora?

—Me ha dicho que estoy muy bien. Pero Annie lleva una hora llorando. No sé qué es lo que le pasa. Ha mamado con ganas, la he cambiado el pañal... así que no sé por qué llora.

Mac se había dado cuenta de que había una cierta sintonía entre madre e hija. Si Kelly estaba de buen humor, la niña se mostraba contenta también. Y las pocas veces en que la niña lloraba, él sabía que había que ayudar a la madre.

—Bueno, ya sabes que es una chica lista. Y seguro que sabe que ya es la hora en que solemos hacer algo tan estúpido como cenar. ¿Por qué no me dejas que intente calmarla y descansas un momento?

—Muy bien. Llevo todo el día con esta ropa. Me cambiaré en un momento —le alcanzó la niña junto con las cinco mil mantas habituales —. ¿Mac?

—Relájate. Si no la puedo calmar, iré a buscarte, te lo prometo.

—No es eso. Es que quería decirte que... Chad estuvo aquí esta tarde.

El sintió una descarga de adrenalina en sus venas, mientras la miraba fijamente a los ojos. Ya sabía por qué estaba ella tan nerviosa. Aunque por su expresión no se podía saber qué había sentido ella al ver de nuevo a Chad.

—Luego hablaremos de eso —le dijo.

Kelly asintió y salió de la biblioteca.

Su madre prefería llevarla a la biblioteca si la niña lloraba, pero él solía llevarla a la habitación donde habían llevado los muebles de Kelly. Paseó entre el sofá rosa y las sillas de cuero, pero la niña no se callaba. Lloraba como si nadie la quisiera.

Pero Dios sabía cómo la quería él. De pronto, Annie soltó un eructo

enorme y las lágrimas cesaron. Sintió que quería a esa niña muchísimo. Y eso que las últimas semanas habían sido las más angustiosas de toda su vida.

Equivocarse no había entrado nunca en su vocabulario. Mac era el pilar de la familia. Todo el mundo recurría a él si tenía algún problema. Y sabía que no les podía fallar. Pero la noche en la que nació Annie él le había fallado a Kelly. Ella nunca le había dicho nada al respecto, pero él sabía que esa noche le había podido la responsabilidad y que todos sus miedos habían salido a la superficie.

Y su hija había conseguido que esos miedos siguieran atenazándolo. Sólo Dios sabía cómo deseaba él hacer siempre lo mejor para ella. Había intentado convertirse en un maestro en el arte de hacerle eructar. Intentaba superar el pánico a que se le cayera cuando la estaban bañando. Intentaba no venirse abajo cada vez que la niña los despertaba llorando durante la noche. Y lo peor era que Annie había llegado sin libro de instrucciones. Cada vez que se echaba a llorar, Mac se aterrorizaba. Nadie le había dicho que ser padre sería tan difícil.

Y nadie le había advertido tampoco de lo extraño que era el amor. El sabía, por supuesto, que su hermano era el padre natural de la niña y que ella llevaba sus genes, pero desde la primera vez que la vio la quiso como si fuera hija suya. Igual que quería a Kelly como si fuera su mujer.

Y porque las quería tanto se había empeñado en localizar a Chad para que fuera a verlos. Todo había ido demasiado lejos. Kelly había despertado emociones dentro de él que no sabía ni que existían. Y sabía que no estaba bien involucrarse en una relación amorosa con ella sin saber lo que Kelly sentía por su hermano.

Mac creyó que la única forma de saberlo era que se volvieran a ver cara a cara.

Bueno, y ya había conseguido lo que quería. Pero todavía no sabía lo que sentía Kelly. Y necesitaba saberlo. Si ella seguía queriendo a s hermano, él tendría que afrontarlo. Sólo que tenía miedo a perderla si decía o hacía algo inadecuado.

Y así, descubrió después de tantos años que era un cobarde. Se pasó las próximas horas jugando al escondite con Kelly.

La cena fue fácil, ya que la niña reclamó toda su atención. Como siempre sucedía mientras cenaban. Después de recoger los platos, Jack lo llamó, afortunadamente, para hablar acerca de un negocio. Después fue su primo Garret quien lo llamó para que le ayudara a resolver un problema personal. Más tarde se tuvieron que ocupar de nuevo de los cuidados de la niña, y al terminar, le dijo a Kelly que se diera un baño. Después de que ella saliera, fue él quien se dio una ducha.

A eso de las diez, Mac, aun sabiendo que se estaba comportando como un cobarde, pensó que ya era suficientemente tarde para

escabullirse en su dormitorio.

Sólo que Kelly esa noche apareció de pronto en la puerta, lo que no era habitual. Ella siempre había tratado su cuarto como si fuera un santuario masculino. Excepto la noche que nació Annie. Cuando apareció ella, Mac ya estaba en la cama con un libro sobre las rodillas y vestido solamente con la parte de abajo del pijama. Normalmente, el hecho de que él estuviera casi desnudo también la habría ahuyentado- Pero esa noche parecía que no.

Ella se quedó en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. La bata blanca que llevaba puesta normalmente le hacía gracia. Era suya, se la había regalado semanas atrás, ya que la bata de ella se le había quedado estrecha debido al tamaño de su barriga.

Pero ya no tenía barriga, de modo que no parecía una escena cómica. Además, cuando ella dio un paso dentro de la habitación, él pudo ver a través de la abertura del cuello un tirante del camisón negro que ella llevaba debajo. Parecía de satén, y era negro, cosa extraña en ella. Luego vio cómo le brillaban el pelo y la piel, y se fijó en que tenía una expresión extraña en el rostro.

— ¿No estarás tratando de evitarme, por casualidad? —le preguntó.

— ¿Evitarte? Por supuesto que no. Es que ha sido una de esas noches en que no han parado de surgir imprevistos...

—Y ya es tarde, ¿no? Tarde para que hablemos de cosas serias.

—Sí que es tarde, sí —contestó él, aliviado de que ella se hubiera dado cuenta de la hora. Antes de que naciera la niña, solían acostarse a medianoche, pero desde que eran padres, lo normal era que a las diez estuvieran agotados—. Debes de estar agotada...

—Así es —concedió ella, mientras se acercaba hasta la cama. Luego se sentó en el borde—, pero es que quería hablar contigo de la visita de Chad.

—Muy bien, claro, estoy deseoso de oírte, pero si estás cansada, podemos dejarlo hasta...

—No entraré en detalles —dijo con voz suave—, pero quiero que me respondas a algo, Mac. Por lo que me contó tu hermano, tú hiciste un considerable esfuerzo para tratar de localizarlo y hacer que viniera a yerme. ¿Por qué?

—De acuerdo, lo hice porque... —Mac se pasó una mano por el rostro, con gesto nervioso. El no quería mentirla, pero tampoco quería arriesgarse a oír que ella seguía amando a su hermano.

Como no respondía, KelIy insistió.

—Tengo que saberlo, Mac. Tú quisiste casarte conmigo y ahora la niña lleva tu apellido, pero quizá ahora quieras marcharte, y pensaste que si Chad volvía...

— ¡No, por Dios! Nada de eso, Kel —él había notado el dolor que había en el tono de su voz. No había caído en que ella podría pensar en

eso—. Quería que vieras a Chad de nuevo por ti, no por mí.

— ¿Por mí? —repitió ella, frunciendo el ceño.

—Mira… sé que tú estuviste enamorada de él y…

—Hace ya un año de eso, pero, efectivamente, creí que lo estaba —asintió ella.

—Y también sé que él te hizo daño, pero eso no tiene por qué significar que lo que sentías por él haya desaparecido. Y pensé que la única forma de que lo pudiéramos saber era que os volvieseis a ver.

Kelly se quedó pensativa.

— ¿Y pensaste que podría escaparme con él si le volvía a ver?

—No, no pensé que te fueras a escapar. Te conozco lo suficiente para saber que no harías eso. Lo único que quería era que salieses de dudas, dado que ambos sabíamos que antes o después mi hermano tendría que volver a casa. Además, debes saber que nunca te pediría que te quedaras conmigo a la fuerza. Quería que supieras que eres libre para decidir lo que sea mejor para ti y para la niña. No quiero que dejes de ser feliz por mi culpa.

— ¿Es que crees que soy infeliz estando casada contigo?

—Creo que… —Mac quería utilizar las palabras adecuadas—. Creo que todo ha ido mejor de lo que ninguno de los dos esperaba. Pero sigo diciendo que tú todavía puedes dar marcha atrás si es lo que deseas.

Mac estaba cada vez más confuso. Le costaba muchísimo hablar con ella de su relación con Chad. Y pensaba que también debería de ser duro para ella. Pero, extrañamente, ella parecía estar relajada. Se puso de pie y se puso a pasear como si de ese modo pudiera pensar mejor. Mac pudo ver a través de la abertura de la bata su blanca piel y también podía oír el roce del satén contra su piel desnuda.

De manera que Mac no conseguía concentrarse por más que lo intentaba. El pulso se le había acelerado de tal modo que no podía pensar correctamente, y necesitaba hacerlo. Pero la sangre que fluía a toda velocidad por sus venas no se dirigía al cerebro, ni a ninguna parte cercana a él.

Ella levantó una mano como para decir algo. Pero el movimiento hizo que se le resbalara el cinturón de la bata, dejando ver por entero el camisón de satén negro. Mac se quedó anonadado.

—Así que tú crees que si nos acostáramos —dijo ella con voz tranquila—, eso complicaría las cosas, ¿no es así? Especialmente si crees que yo sigo pensando en que me gustaría volver con Chad. ¿Es eso lo que piensas, Mac? ¿Que yo sigo queriendo a tu hermano?

—No lo sé.

—Podrías habérmelo preguntado.

—Pero no podía estar seguro si tú sabías lo que sentías por él sin verlo de nuevo.

El cinturón de seda cayó al suelo. Ella pareció no darse cuenta y

tampoco parecía importarle el espectáculo que había quedado a la vista.

—Bueno, pues ya lo he visto, Mac. Así que puedo contestar esa pregunta sin ningún problema. Hay muchos millones de hombres en el planeta Tierra. Uno de ellos es tu hermano. Pero de todos esos hombres, voy a decirte ahora mismo quién es el que yo quiero para mí.

Kelly echó a andar hacia él.

Capítulo Nueve

Mac no le contestó. Mac se quedó, sencillamente, allí tumbado sobre la cama enorme, en actitud de querer seguir hablando toda la noche.

Bueno, Kelly tenía dos alternativas: o darse la vuelta y volver a su habitación o arriesgarse a dar el paso final.

Antes de la charla que habían tenido, el seducir a Mac le había parecido una buena idea, pero en ese momento ya no estaba tan segura. Creía que iba a contar con la ayuda de la atracción mutua, pensaba que surgiría esa química que había entre ellos, pero después de hablar de Chad tanto tiempo no sabía cómo reaccionaría Mac.

A pesar de todo, se quitó con manos temblorosas la bata, que dejó caer al suelo. La mujer vaciló unos segundos dubitativa. El camisón mostraba su vientre, todavía abultado y, además, no creía que fuera el mejor momento para ofrecerse a Mac. Pero temía que si abandonaba en ese momento, nunca más volvería a repetir el intento.

—Te amo, Mac. No hay en mi vida otro hombre que no seas tú. Ni en mi mente ni en mi corazón. Tu eres el único al que deseo, el único hombre al que creo que podría amar siempre. Tú no tienes por qué sentir lo mismo, pero necesito que me creas...

No terminó de decirlo, porque Mac se incorporó y tomó su rostro entre las manos. Luego echó hacia atrás su pelo para cubrir la boca de ella con sus labios. Kelly sólo vio en la oscuridad el brillo de sus ojos verdes.

Se habían besado anteriormente, pero no de aquella manera.

Las bocas saborearon, buscaron, se enredaron. Las manos de él acariciaron el camisón de satén, calentando la piel que cubría, apretando aquel cuerpo contra él. Mac sólo llevaba la parte de abajo del pijama y Kelly podía sentir el calor que irradiaba su pecho desnudo, las palpitaciones de su corazón contra su corazón palpitante, la excitación de su sexo apretado contra sus muslos. Finalmente, sin dejar de besarla, la levantó para llevarla a la cama.

Cayeron juntos sobre la colcha arrugada. Las piernas entrelazadas. Ella lo sabía... sabía que Mac tenía que ser un hombre apasionado. Estaba segura por cómo se portaba con ella, por quién era, por cada beso que habían compartido.

Kelly apenas podía respirar. No quería. Un beso anhelante requería otro, alimentaba a otro como perlas ensartadas en una misma cadena de las que no se podían separar. Kelly notó el hambre en la lengua de Mac. Saboreó su deseo. Deseo y pasión que hacían eco en el corazón femenino y aumentaban su excitación.

Hacía mucho tiempo que ella estaba enamorada de él. Había temido que él no la quisiera, que no le importara. Le había dado miedo que él no sintiera nada sino responsabilidad. Pero Mac era tan vulnerable como ella.

Notó la respiración entrecortada de él mientras tocaba su cuerpo a través de la tela suave, a la vez que ella lo acariciaba y trataba de excitarlo aún más. Mac inclinó la cabeza y retiró con la boca la tira de encaje de la prenda negra para lamer sus senos. Los dedos de ella se clavaron en la espalda masculina. Ella no había sido nunca así. Toda la culpa era de él, que encendía en ella esas sensaciones, haciéndola sentirse libre como nunca lo había sido. Sentía tanto amor dentro de ella, que se olvidó de su timidez, de sus prejuicios, de todos sus miedos. Con Mac no tenía que temer nada.

El apartó el camisón y subió la mano por la pantorrilla, por el muslo hasta llegar a las nalgas. Ella se levantó para que él pudiera quitarle la prenda. La mujer se estremeció de repente. Deseaba estar desnuda delante de él, desnuda emocional y físicamente... pero sus pechos estaban hinchados por la maternidad y su vientre tenía marcas blancas. Puede que Mac no lo notara, pensó. Efectivamente, Mac le acababa de quitar el camisón y cubrió de nuevo su boca para darle un beso que comenzó en sus labios y terminó en sus senos.

Kelly estaba nerviosa. Sus senos estaban muy sensibles desde que había tenido al bebé. Pero Mac parecía saberlo. La rozó suavemente con la mejilla, provocando en ella una increíble sensación de placer. Notó que sus senos se hinchaban y al sentir la lengua en los pezones, el deseo se concentró en el triángulo de terciopelo de su vientre. De repente Mac alzó la cabeza.

—Tenemos que hacerlo despacio —murmuró con voz ronca—. He notado que tienes leche. Me ha parecido precioso compartirlo, pero me ha impresionado también y temo estar siendo muy bruto. Pero es que no puedo controlarme.

—Olvídate de todo, no quiero que te controles.

Los labios de él esbozaron una sonrisa, pero la intensidad del deseo estaba todavía en sus ojos, todavía serios, casi violentos.

— ¿Tú creíste que no te deseaba, Kel? No era eso. Ese era el problema, que te deseaba demasiado. Y tenemos que hacerlo despacio, porque no me perdonaría hacerte daño.

—No me vas a hacer daño, y no me importa si lo haces.

Mac pasó un dedo por la barbilla de ella, como si intentara inclinar el rostro de ella para verle los ojos.

—Cuando has ido al doctor esta tarde, ¿qué te ha dicho?

—Me dijo que podía hacer todo lo que quisiera. Me dijo que no perdiera más tiempo hablando y que podías hacerme el amor. Y eso es lo que quiero, Mac. Ahora mismo. Te quiero dentro ahora.

Ella entonces trató de quitarle el pantalón, pero cuando tuvo a Mac completamente desnudo, él se había puesto tan nervioso que ella no pudo tocarlo donde más deseaba. El sí podía. Comenzó a lamer la piel de su vientre despacio, como si tuvieran toda la noche por delante. Se concentró en hacerlo suavemente, para luego, repentinamente, darle pequeños mordiscos. Luego bajó las manos hasta encontrar su centro. Lo tocó con tanta suavidad, que era imposible lastimarla... Pero tampoco llegó a hacer ningún ademán para tomarla.

Era una tortura. Kelly agarró la cabeza de él, suplicando, con los ojos cerrados, un beso. El fuego en su vientre era demasiado intenso para soportar un minuto más. Pasó una pierna alrededor del cuerpo de él y notó el peso y el calor de su sexo excitado. Pero él siguió besándola, acariciándola. Pero para Kelly las caricias no eran suficientes, tampoco era suficiente frotarse contra él.

—Mac...

Entonces él extendió la mano sin mirar y estuvo a punto de tirar la lámpara. Abrió el cajón de la mesilla y murmuró algo entre dientes hasta localizar un preservativo.

—No me va a gustar utilizarlo, y me imagino que a ti tampoco. Pero acabas de tener un hijo y no quiero ponerte en peligro.

—Ni siquiera pensaba en...

—No quiero que pienses que tengo preservativos porque había planeado esto. No había nada organizado. Simplemente te deseaba mucho y tenía miedo de...

Ella lo besó, para borrar los miedos de él, y para olvidarse de los suyos. Ella sabía que hacer el amor no era lo más importante para un matrimonio. Conocía el sentido del honor de Mac, pero no sus sentimientos. Aunque esa noche estaba siendo tan maravillosa que no importaba nada más. Deseaba que Mac se sintiera amado y dejó a un lado todo lo demás. Quizá al principio había temido parecer una seductora torpe, pero Mac se había convertido en un amante exigente.

Todo lo demás era humo, aquello era fuego. Cuando la puso debajo de él, ella lo agarraba a su vez, impaciente por sentirlo dentro. Probó despacio, para ver si ella estaba preparada. El deseo, lascivo y húmedo, estalló en las venas de Kelly en esos primeros momentos de posesión. Un placer salvaje y firme invadió su corazón en una carrera hacia el éxtasis total. Era perfecto. Nada en su vida había sido tan perfecto. Pertenecía a Mac.

El la penetró una y otra vez, cada vez un poco más deprisa, cada vez acercándose más a la cúspide de la plenitud. Hasta que ella no pudo más. Se agarró a su cuello y su respiración se hizo tan entrecortada como la de él. Sus corazones palpitaban a la vez.

—Te amo, Kelly. Te amo...

Ella sintió ese amor más allá de las palabras y se sintió al límite. Gritó su nombre, mientras el placer estallaba dentro de ella en diferentes oleadas. Cuando todo acabó, Mac se tumbó a su lado y le dio un beso en la sien. Fue el último recuerdo de Kelly antes de quedarse dormida.

A las tres en punto, Kelly escuchó el llanto de su hija. Con los ojos cerrados todavía trató de incorporarse.

—No te levantes. Iré yo —susurró él.

Sus cuerpos estaban entrelazados y Mac tardó unos segundos en separarse. Luego se levantó y Kelly se volvió a quedar dormida.

Mac llegó al dormitorio de Annie. Una pequeña luz iluminaba la carita de la niña, que tenía la boca abierta dispuesta a dar otro grito. Se imaginó que tendría hambre. Hacía una semana que la niña sólo estaba tomando la mitad de su biberón nocturno. Aunque no era eso. El problema era que se había puesto de espaldas, era su último movimiento aprendido, y estaba enfadada porque no podía volverse a dar la vuelta. El la puso boca abajo y después de dos palmaditas en la espalda, volvió a dormirse.

Parecía que aquella noche todo el mundo dormía estupendamente menos él. Tratando de no hacer ruido, volvió al dormitorio. La luz de la luna entraba por la ventana y se posaba en la mejilla de Kelly, en su pelo rubio. La mujer se había dado la vuelta y había robado toda la sábana y la colcha. Mac esbozó una sonrisa y al recordar todo, volvió a excitarse.

Todavía desnudo, abrió la ventana que daba al balcón y salió. El bosque estaba en silencio. El aire olía ya a primavera, pero seguía siendo frío y el suelo estaba gélido bajo sus pies. El cambio de temperatura le sentó bien. Desde las sombras oyó el grito de una lechuza. Pero nadie respondió y Mac no entendía por qué aquella maldita lechuza no aceptaba su soledad.

Aunque después de aquella noche, Mac no podía hablar de soledad. Porque estar solo no era lo mismo que sentir soledad. Cuando alguien descubría lo que significaba tener pareja, ya nada era igual.

— ¿Mac? ¿Pasa algo?

Al escuchar la voz adormilada de Kelly, inmediatamente retrocedió y cerró la puerta.

—Nada. Todo está bien. No quería despertarte...

—No has sido tú. Ya me había despertado la niña. ¿Estaba bien?

—Sí. Estaba practicando movimientos nuevos, darse la vuelta y cosas así...

Mac se metió en la cama y se abrazó a ella.

— ¡Estás helado! ¡Y tus manos parecen trozos de hielo! —exclamó, agarrándole las manos para calentárselas con las suyas. A continuación, se apretó toda entera a él, para darle calor a todo el cuerpo—. ¿No

podías dormir?

—Nunca he dormido demasiado profundamente.

—Como tu hija —replicó, apoyando la cabeza sobre el hombro de él —. Por si no te lo había dicho nunca... te diré que eres un padre maravilloso, Mac.

Mac se sintió orgulloso y se emocionó al oír a Kel nombrar a Annie como la hija de ambos. Pero cuando ella introdujo una pierna entre las suyas, todo pensamiento paternal se borró de su cabeza.

—Eres una mujer muy maternal.

—Siempre me encantaron los niños. ¿Me vas a decir qué te preocupa?

—Nada. De verdad.

—No me lo creo. Si eres capaz de estar a las tres de la mañana en el balcón, es porque algo no te deja descansar. ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho?

—No —dijo, presionando la boca contra la sien de la mujer. Nunca podré lamentar hacer el amor contigo.

Los ojos de Kelly brillaron un instante, como si necesitara oírle decir aquello. Pero no había terminado.

—Entonces es otra cosa la que te molesta. Mac... ¿Sigues pensando que amo a tu hermano?

—No —dijo despacio, con decisión.

—Hay sólo una cosa más que querría hablar sobre Chad. Esta noche pensé que quizá me habrías creído antes si yo hubiera sido más clara, más sincera. Pero es difícil ser sincero cuando no... no quiero... hablar mal de él contigo. Puede que no estéis muy unidos, pero sois hermanos. No quiero que tú rompas tu relación con él por mí.

—Te hizo daño —replicó él, acariciando su cabello.

—Puede que sí, pero es algo pasado. No siento ahora dolor. Siento cierta tristeza por haber sido tan ingenua, tan estúpida... pero es culpa mía, no de tu hermano. Pero lo que no soportaría es que discutierais por mi causa. Sé que no te gusta su modo de vida. Pero si alguna vez cambia y quiere hacer algo importante en la vida, tú serás el único al que escuchará.

— ¿Nunca te he dicho que eres maravillosa?

— ¿Qué?

—No voy a matarlo, te lo prometo. Y tampoco voy a olvidar que es mi hermano. Y ahora, vamos a olvidarnos de él, ¿de acuerdo?

—Es tarde ya. No sé por qué empezaste esta ridícula discusión. Sabes que mañana tienes mucho trabajo y necesitas descansar, así que cierra los ojos y duerme.

Mac no pudo evitar una sonrisa. Recordó que había sido ella la que había empezado. Además, ella era la que tenía que estar todo el día con la niña y, por tanto, la que necesitaba descansar. Algunas veces, mejor

dicho, a menudo, la cabeza de ella funcionaba de una manera muy original.

Había otras veces, como en ese momento, en que su femineidad le hacía olvidarse de toda la sensatez. Como si hubiera dormido con él durante toda la vida, se acurrucó contra su cuerpo. Mac oyó su respiración queda. Sus senos desnudos rozaban su pecho y su pelo le hacía cosquillas en la nariz. El olor que emanaba de su piel parecía afrodisíaco. Lo mismo que su pierna doblada, o su muslo contra su sexo.

Estaba de nuevo excitado. Lo estuvo nada más meterse de nuevo en la cama con ella. Pero era imposible hacer el amor de nuevo. Había pasado muy poco tiempo después del nacimiento. El sabía que tenía que haber sido delicado y sutil la primera vez, y no había sido así. Hubo un momento en que temió herirla, pero su respuesta apasionada y carnal le había vuelto loco. Tenía que cuidarla. Era su deber como amante y marido.

— ¿Mac?

— ¿Qué?

—Quiero decirte sólo una cosa más, luego juro que no diré una sola palabra. Lo prometo.

—De acuerdo.

—Sé que esto es muy anticuado. Sé que son valores de viejas tradiciones... y que ya no pensamos así. Yo tampoco. Pero desearía... desearía haber sido virgen para ti, Mac.

Cuando ella volvió la cabeza, para mirarlo a los ojos, Mac se maldijo mentalmente. Tenía que besarla. No le daba otra oportunidad.

La mano de ella se apoyó en el brazo de él y se deslizó hasta el hombro, para luego subir a su cabeza y apretar su boca. El cuerpo de Kelly, pequeño y delgado, se apretó contra él, suplicando y ofreciéndose.

En su cabeza tenía un montón de razones que le decían que estaba mal. La amaba... no podía evitarlo. Pero amarla quería decir que era importante no fallarla y para eso tenía que ser fuerte. Pero era la primera vez que alguien atrapaba su corazón y no estaba preparado para ello, O por lo menos, no cuando estaba al lado de ella. Quizá ella no había notado sus miedos la noche en que Annie nació, tampoco su inseguridad cuando cuidaba a la niña. Y quizá habían ya dejado claro el papel de Chad.

Pero el problema era saber si Kelly de verdad quería estar casada con él. Se había casado con él porque necesitaba protección. Era una necesidad verdadera. Nadie era más débil que una mujer embarazada y Kelly, particularmente, había tenido que dejar su vida normal aparte. Pero el nacimiento ya había tenido lugar.

El honor no era una palabra vacía para Mac, sino una forma de vivir

consigo mismo. No quería presionarla sobre qué tipo de matrimonio tenían que llevar... Por otra parte, tener relaciones sexuales complicaba indiscutiblemente la relación. El quería hacer lo correcto. Necesitaba hacer lo correcto. Darle tiempo.

Aunque el honor importaba poco cuando la abrazaba, cuando la besaba. Ella era la pareja de aquella lechuza que ululaba todas las noches. La mujer que él nunca había esperado encontrar. La clave de su vida. Su luz. Y no podía dejar de hacer el amor con ella, como no podía dejar de respirar.

La mayoría de las personas soñaban con dinero. Kelly pensaba que el dinero de la familia Fortune era un problema... más que una suerte. Sin embargo, aquel día era perfecto. El sol entraba por la ventana, los pájaros cantaban. Las pastas preferidas de Mac estaban en el horno. Annie balbuceaba desde su silla, al lado del hombre adorable que acariciaba su pelo. Mac le preguntó qué tenía pensado hacer, mientras con una mano sujetaba el periódico y con otro a la niña.

— ¿Yo? No tengo que hacer nada especial. Había pensado holgazanear. Pero creo que tendré que dar de comer a Annie, luego hacer un poco de ejercicio, luego bañar a la niña… y después de su siesta, si hace una temperatura agradable, la llevaré a pasear para que le de un poco el sol primaveral.

—Me parece agotador. Pero si la madre de Annie no está muy cansada después de todo el día, quizá Martha y Benz quieran cuidarla para que los adultos nos escapemos un rato y salgamos a cenar.

— ¿A cenar? —repitió, alzando la cabeza.

—Ya sabes. Significa que no tienes que hacer comida, ni preparar los platos, sino que alguien lo hace por ti. Sé que es una idea un tanto salvaje, pero...

—Estoy preparada. ¿A qué hora? —Mac sonrió ante su entusiasmo.

Kelly iba a empezar a preguntarle todos los detalles exactos, cuando el teléfono sonó.

Ella descolgó el auricular y se lo puso sobre el hombro, mientras colocaba pastas en una bandeja.

—Hola, tía Marie. Me alegra que llames —rodeó la mesa para dar un beso en la cabecita de Annie, y luego se sentó—. ¿Por qué? Sí. Sabíamos que Chad estaba aquí... sí, lo hemos visto... Sí, ha visto a la niña... ¿Eh? No, la verdad es que...

Momentos después colgó el teléfono y se acercó a Annie.

—Y sobre la cena de esta noche...

Mac se llevó a la boca una pasta recién hecha.

— ¿Te llama mucho mi familia?

Ella alzó un dedo para indicar que esperara, ya que el teléfono había vuelto a sonar. Era Renee, con la que Kelly apenas había hablado después de la ceremonia en la que había sido su dama de honor.

—Hola, eres... ¡Estás bromeando! Me preguntaba qué te había pasado cuando desapareciste, pero nunca me imaginé algo así. No puedo creer que tu padre lo diga en serio. Vamos, Renee. Nadie puede obligarte a casarte, no estamos en la edad media. Yo... sí, Ya sé que Chad está aquí. ¿También te lo han dicho a ti? —Kelly comenzó a poner los platos en el fregadero—. No, no... de verdad, sí, todo va bien.., sí... olvida a Chad. Prefiero hablar de tu problema con ese chico. De acuerdo, pero si necesitas ayuda quiero que nos llames, ¿me oyes?

Un minuto después colgó el teléfono. Luego se dio la vuelta para explicarle lo que le pasaba a Renee, él también la conocía y quizá pudiera darle algún consejo. Pero Mac quería hablar de otra cosa y no iba a dejarlo pasar.

—Kelly, ¿cuántas veces te han llamado hablándote de Chad como ahora?

—Desde que tu hermano vino la semana pasada... yo diría que el teléfono suena cada dos horas —dijo con ironía—. Me imagino que antes o después dejarán de hacerlo, pero parece que sienten cierta curiosidad. Y odio admitirlo, pero estoy un poco molesta con tu familia. Esperaban que pasara algo, que hubiera un escándalo y creo que están enfadados conmigo. No lo soporto.

—Annie, dile a tu madre que se supone que tiene que hablarme de sus problemas o de la gente que le molesta. ¿Qué marido sería yo si no te salvara de vez en cuando?

—Annie, dile que los maridos sirven para invitarte a cenar.

—Sí, amor mío, estoy esperando a que me digas el sitio. ¿Qué prefieres? ¿Langosta o entrecot? ¿Quieres luz suave y silencio, o un lugar con música en vivo y mucha gente alrededor? — el teléfono sonó en ese momento y Mac le hizo un gesto—. Yo contesto.

Kelly se quedó mirándolo. Mac tenía un gesto irritado que cambió al oír quien estaba al otro lado de la línea.

—Es Kate y quiere hablar contigo —Mac dejó el teléfono y se acercó de nuevo a su hija—. Ya nadie me quiere todos quieren a tu madre.

La llamada de Kate no fue tan descarada y duró sólo unos minutos, lo suficiente para que las pastas estuvieran a punto de quemarse.

—No me gustaría que Kate fuera también del grupo de los cotillas. Ha sido siempre muy buena conmigo.

—No, no. Me llamaba parar comer conmigo la semana que viene en la empresa. Quiere que lleve a la niña para presumir. Luego encargaremos la comida allí mismo.

—Conociendo a Kate, me imagino que está ilusionada con el comienzo de una nueva generación familiar. Aunque creo que te habrá

sugerido veros por otra razón… —Mac hizo una pausa y la observó unos minutos. Todavía podía hacerla ruborizarse, incluso después de las largas y maravillosas noches que pasaban juntos. Por el día, Kelly olía a polvos de talco, iba en vaqueros y sin maquillaje, pero cuando las luces se apagaban, él la hacía sentirse una mujer completamente diferente—. Kelly, ¿estás cansada de estar en casa? Creo que siempre te ha gustado trabajar con Kate. Ella siempre dice a todo el mundo lo maravillosa que eras.

—La verdad es que me ha pedido que hiciera un trabajo para ella. Una fiesta para promocionar una nueva línea de cosméticos. Pero será en julio. Le he dicho que lo voy a pensar. Sinceramente, no quiero separarme de Annie. No quiero perderme ni un solo momento de estos primeros meses y años, si no hay necesidad. Pero si Kate de vez en cuando me ofrece un proyecto… no sé, Mac. ¿Tú qué piensas? ¿Te importaría que trabajara?

—No me importa, si tú eres feliz. Pero Jack me ha dicho que cuidar un niño es demasiado agotador y que necesitarías un descanso. Desde luego Jack está divorciado, así que sus consejos no creo que sean los mejores.

—No necesito descansar, pero quizá tendría que volver a mi apartamento y recoger la ropa de verano. También podría dejarlo.

—No hay prisa. Está pagado el alquiler y no tienes nada que hacer.

Kelly no pudo evitar cierto nerviosismo. La relación entre ellos era mejor de lo que nunca había soñado, pero su ropa seguía en su antiguo apartamento. Y aunque ella había mencionado alguna vez que quería dejar su antiguo apartamento, Mac siempre decía que estaba pagado el alquiler, como si quisiera que lo conservara. Eso preocupaba a Kelly. Pensaba que Mac no veía su matrimonio como verdadero, o que no quería que la relación fuera permanente.

—Si Annie y yo tenemos tiempo libre, podríamos tirar hoy el sofá rosa.

—Annie, di a tu madre que tengo otra idea. Puede decorar el resto de la habitación en rosa y entonces el sofá quedará bien. ¿Entonces irás a comer con Kate?

—Sí, creo que será divertido —dijo, olvidándose del problema y sonriendo ante la actitud que Mac tenía con aquel maldito sofá rosa que ella tenía tantas ganas de tirar. Además, si él no quería tirar el sofá, quería decir que no estaba cansado de ella.

—Le diré a Benz que te lleve. ¿Qué día será la comida?

—El martes. Pero no quiero tener a Benz en el coche dos horas. Es una estupidez. Iré yo sola.

Mac miró su reloj, se limpió la boca con una servilleta y dio un beso a su hija. Luego se puso de pie. También lo hizo Kelly, que le acompañó a la puerta y automáticamente le colocó la corbata. Como un

viejo matrimonio, pensó. O casi.

—A Benz le encanta llevarte —insistió Mac—. Además, es divertido para él. Se está haciendo mayor y no quiere admitirlo. Se pasa el día haciendo tareas rutinarias, pero físicas y no puede dejarlo, pero si tiene que llevarte a algún lugar, tiene una excusa para descansar.

—Sigues intentando protegerme, marido. Pero ya no soy una embarazada torpe e ingenua. Y estábamos hablando sobre hacer un trabajo para Kate...

—Pero faltan varios meses. Y ella es tan obsesiva con la seguridad como yo.

Ella asintió. Después de colocarle el nudo de la corbata, recogió un hilo invisible de la chaqueta azul marino de él, para luego continuar con el ritual de todas las mañanas, rodeándole con sus brazos. El inclinó la cabeza y sus bocas se encontraron. Kelly buscó entre el sabor de las pastas y del café, el sabor de él. Fue mágico. Siempre lo era. La tensión recorrió el cuerpo de Mac. Luego el de ella. El deseo se alzó como un volcán en erupción, caliente y violento. Las manos de él se deslizaron por la espalda de KeIly y agarraron sus nalgas. Era una parte del cuerpo que ya sabía suya, pero le seguía pareciendo nueva. Cuando Mac alzó la cabeza, sus ojos verdes ya no expresaban frialdad.

—Estábamos discutiendo? —preguntó él.

—Sí.

¿Ganaste tú o yo?

—Yo.

—Siempre dices eso. Te estás volviendo muy dominante, pequeña. Sabes de sobra que cuando te beso mi mente se queda en blanco.

— ¿Ah, sí?

Mac se puso de repente serio.

—Puede que sea un poco obsesivo en cuanto a lo de conducir. Pero no puedo olvidarme del hombre que te atacó.

—Yo tampoco —admitió ella—, pero por eso mismo tengo que superarlo. Tener cuidado es una cosa, pero tener miedo y pensar que hay peligro en cualquier esquina es estúpido. Tengo que salir y hacer cosas, sola.

—De acuerdo. Tienes razón. Yo... sólo necesito saber que estás bien, Kel.

Kelly sabía que se preocupaba por ella. Demasiado. Pero una vez que se fue y ella volvió a la cocina, sintió un nudo en la garganta. La ironía la golpeó... Y es que era imposible estar en peligro entre tanto sistema de seguridad y tantas alarmas. El único lugar donde se sentía en peligro era con Mac.

Se sentía cada vez más insegura, como si sus pies no tocaran nada sólido. El sexo había cambiado todo. Había hecho el amor con él libremente, se había dado a sí misma sin ataduras. Eso era lo que ella

se había dicho, pero era mentira. Ella esperaba que no le importara. Esperaba que aquella atracción fuera lo más importante de todo… Incluso más que el bebé o la relación sincera que ambos estaban construyendo juntos.

Ella siempre había sabido que no era como aquellas atractivas y sofisticadas mujeres con las que él trabajaba, pero quería creer que era suficiente para él. El había aprendido a reírse, a relajarse, a compartir problemas y sentimientos y estaba segura de que había una atracción por parte de ambos. Pero nada de ello era suficiente para hacer nacer en él el deseo de un matrimonio verdadero. Para ello necesitaba sentir un amor verdadero.

Se había casado con ella debido a su sentido de la responsabilidad. Ella lo sabía perfectamente. Pero aquel sentimiento puede que fuera contagioso porque ella también se sentía responsable de él y no quería que se sintiera atado y desgraciado. Se lo pasaban bien juntos, pero Kelly sentía que tenía que pasar algo pronto, porque ninguno estaría satisfecho con aquel matrimonio falso por mucho tiempo.

Capítulo Diez

Kelly terminó de ponerse unos zapatos de tacón alto color rojo, y se miró al espejo. Sería más cómodo ponerse zapato plano. Llevar tacones para salir a cenar con Mac estaba bien, pero para ir a comer con Kate no merecía la pena la incomodidad. Aunque, por otro lado, ella era una embarazada gorda la última vez que la vieron en la empresa Fortune y no le importaba presumir de su nueva figura.

Miró a su hija, que movía vigorosamente las manos desde la cuna.

— ¿Qué te parecen los zapatos que me he puesto, Annie? ¿Nos arreglamos de manera sensata, o nos decidimos por la vanidad?

Annie, siendo mujer, pareció expresar más entusiasmo por lo segundo. Kelly, finalmente, aceptó, imaginándose, además, que estarían la mayor parte del tiempo sentadas. Antes de que saliera de casa, sonó el teléfono.

— ¡Mollie! —exclamó alegremente Kelly, sentándose sobre la cama para jugar con su hija a la vez que hablaba—. Hace mucho tiempo que no hablamos. Te intenté localizar hace un par de días, pero salió el contestador. Estaba preocupada por ti, ya que la última vez que nos vimos estabas intentando solucionar un problema.

—He tenido mucho trabajo y no tuve tiempo de nada. Pero yo también pensaba en ti. ¿Estás muy ocupada, o puedes hablar?

—Voy a ir a comer con Kate, me llevaré a Annie, pero no tengo mucha prisa. ¿Has solucionado tu problema?

—No del todo, pero sé lo que quiero hacer. Sólo necesito un poco de tiempo. Si tratas de ignorar un problema él se vuelve contra ti, ¿lo sabías? Mi madre decía siempre que si algo te importa de verdad, tenías que intentar conseguirlo con entusiasmo. Ya seguiremos hablando de ello después. Ahora mismo... ¿qué tal tu princesa?

—La princesa está vestida como para una fiesta real. Lleva unas zapatillas rosas con cordones blancos de satén, el pelo recogido y un vestido rosa, claro. Está babeando y estropea un poco el efecto, ¿pero qué se puede hacer? Me llevo tres vestidos de repuesto, porque sé lo rápido que los ensucia. Pero momentáneamente parece muy elegante.

Mollie soltó una carcajada.

—Me encanta cuando hablas de ella. Me doy cuenta de que estás disfrutando de tu maternidad, Kel.

—Cada minuto, incluso las noches en que no duermo o cuando se pone enferma —Kelly cerró los ojos un momento—. Lo único que siento es que mi madre no pueda estar aquí para verla

—Sí, yo también echo de menos a mi madre continuamente. Discutíamos mucho sobre tonterías, ya sabes que siempre me criticaba

la hora de llegada, cómo me maquillaba o si iba con chicos, pero no importa. Había cosas que sólo con ella podía hablar.

—Lo sé. Me pasaba igual con mi madre... —Kelly suspiró—. La primera persona en que pensé cuando descubrí que estaba embarazada fue en ella. La hubiera molestado. Ella nunca quería que te dejaras seducir por un hombre, por muy guapo que fuera. Es curioso, pensando en lo que le pasó a ella.

—Tu madre te habría entendido, Kel. Ella misma cayó en el mismo error. Bueno, ahora todo está pasado. Ya propósito. ¿Cómo te va tu matrimonio?

—Mac me mima demasiado: me lleva a cenar dos veces a la semana, ayer llegó con un ramo de camelias, luego me puso una caja en la almohada y eran unos pendientes de rubí. Los llevo ahora puestos. De hecho, me he puesto la ropa adecuada para ellos. Pero todas esas cosas que hace me asustan un poco...

— ¿Asustan?

—No sé por qué está haciendo todo eso.

—Dios, eres increíble. Por primera vez en tu vida te tratan bien y tienes que buscar razones.

—Pero yo no he hecho nada...

—Y si el hombre se ha enamorado de ti?

Cuando Kelly colgó el teléfono eran casi las once y media. Era hora de marcharse hacia el edificio de Fortune si querían comer a la hora prevista. Toda la conversación con su amiga había provocado en ella ciertos sentimientos hacia Mac y no pudo evitar recordar la noche anterior.

Annie había estado muy pesada todo el día y, después de cenar, Mac se encargó de ella y Kelly se preparó un baño de sales de jazmín. A los pocos minutos de que se metiera al baño, se abrió la puerta y el vestíbulo se llenó de fragantes nubes. Mac cerró la puerta y apagó la luz. A continuación se metió en la bañera desnudo con ella.

Kelly estaba relajada, pensando en que la niña se había quedado dormida y que su padre era un ángel. Pero Mac no pensaba precisamente en que se relajara, y menos en portarse como un ángel.

En su mente se mezclaron diferentes texturas, diferentes sonidos y olores. Recordó el olor de jazmín en la oscuridad. El cuerpo de él provocando su cuerpo húmedo. El agua cayendo por todas partes y la risa lasciva de Mac. Parecía tener cientos de manos, todas suaves y húmedas, todas evocando sensaciones placenteras y fantasías. Kelly pensó en lo formal que Mac solía ser, en la imagen del director de Fortune, pero el hombre de la bañera era un pirata amoral y sin principios, decidido a robar su virtud y seducirla sin piedad. La pasión entre ellos fue como una espiral, que dio una vuelta más al subirla encima de él. Después de aquello y de todas las noches pasadas, Kelly

habría jurado que no había ninguna inhibición entre ellos.

Cerró los ojos. Se había despertado aquella mañana con una sensación de debilidad y de remolino dentro. Mac había usado la palabra amor anteriormente, el día en que la niña había nacido y algún día más, aunque ella no conseguía convencerse de que fuera verdad. Pero después de la intensidad de los últimos días, empezaba a pensar que quizá fuera cierto. Estaba segura de que seguía sintiéndose responsable de ella, pero le estaba demostrando su amor de diferentes maneras. Tenía que empezar a creer que su matrimonio era verdadero. Y era cuestión de tiempo que él también se diera cuenta de ello.

Annie dejó escapar de repente un chillido. Kelly, asombrada, se dio la vuelta y tomó a su hija en brazos.

—De acuerdo, cariño. Yo también estoy impaciente por salir. No te creas que me he olvidado de la comida, ¿eh? Te lo demostraré pronto.

Fuera hacía un día precioso de abril, con un sol cálido y una brisa ágil y susurrante. Mac había dejado el Mercedes negro para ella. No estaba acostumbrada a él y tardó unos minutos en revisar todo. Luego, con la niña detrás en su silla, salieron. Cruzaron el bosque y, en él, dejaron atrás sus árboles de hojas de diferentes verdes, sus zonas de sombra creadas por los rayos de sol, sus olores... Luego llegó a las afueras de Minneapolis y tuvo que enfrentarse al tráfico de la ciudad.

—Y ahora, Annie, tienes que portarte bien. Llegaremos enseguida...

El coche era muy cómodo para carretera, pero difícil para sumergirse en el tráfico de una hora punta. De todos modos, llegó pronto al edificio y saludó a George, el guarda de seguridad. Este estaba hablando por teléfono, pero le hizo una señal con la mano. Era una estupidez tener que verlo para sentirse segura cuando, como había dicho a Mac, ambos tenían que olvidar cuanto antes el ataque pasado. La ansiedad no quedaba bien en un día de primavera como aquél, aunque no le importaba obedecer a Mac y esperar a que George saliera para acompañarlas a ella y a la niña a entrar en el edificio. Odiaba molestar a George, pero Mac estaba tan obsesionado con la seguridad, que no le importaba hacer esa concesión.

Esperaría a que terminara George buscando un sitio para aparcar. No fue fácil, había bastante gente, pero finalmente encontró un hueco en la entrada de la parte este.

—Y ahora, tesoro, ya hemos llegado...

Primero desabrochó el cinturón de Annie; luego tomó su bolso y se miró al espejo rápidamente. Se arregló un poco el pelo y se aplicó barra de labios. Por último, recogió la bolsa que tenía en el asiento trasero y salió con ella en las manos...

Entonces sucedió algo imprevisto.

Algo increíble cuando estaba todo lleno de gente y George en la entrada de la parte norte. Ella estaba al lado de la puerta del

conductor, a punto de rodear el coche para recoger a su hija. En segundos la iba a tener entre sus brazos.

Pero aquel hombre apareció de repente, abrió la puerta trasera y alcanzó a Annie. Era un muchacho joven, como de veinte años, y llevaba unos pantalones de color caqui no diferentes a los que llevaban la mitad de los jóvenes. En ese momento supo que lo había visto entrando al aparcamiento, sin imaginar que tenía en mente recoger su coche como todo el mundo.

— ¡Detente! No la toques, tú...

Intentó llegar al lado de su hija y se golpeó la cadera con la parte delantera del coche. Le faltaba aire en los pulmones; su corazón y su mente sólo pensaron en el miedo y en recuperar a Annie.

Pero fue demasiado tarde. Gritó con todas sus fuerzas y vio a su hija darse la vuelta y mirarla. Luego no vio más que la manta rosa con la que estaba envuelta volando y el muchacho darse la vuelta y correr. Por un momento, ella se quedó inmóvil, indecisa, sin saber si perseguirlo o ir a buscar ayuda. Imaginaba que lo mejor sería ir a buscar a un policía, pero su corazón de madre se lo impedía. No podía permitir que el muchacho desapareciera con su hija. Así que decidió salir detrás de él, con el corazón palpitando a toda velocidad. Aquel momento de indecisión le había dado cierta ventaja al muchacho, pero no estaba lejos.

Lo alcanzaría.

Tenía que hacerlo.

El muchacho cruzó la carretera, a pesar de que el semáforo estaba en rojo. Se oyeron frenazos y bocinas de coche. Ella iba detrás gritando y pidiendo ayuda, llamando a su hija. Una furgoneta roja estuvo a punto de pillarla y se chocó con una vieja mujer que llevaba paquetes en la mano. Las lágrimas dificultaban su visión y el muchacho iba ganando distancia. Con los tacones tampoco podía correr demasiado. Se los quitó y continuó persiguiendo al hombre, ignorando el daño que el cemento hacía en sus pies.

La gente se paraba, evidentemente sorprendidos de ver a una mujer correr a toda velocidad por las calles de una ciudad. Quizá la podían haber ayudado, pero ella trataba de esquivados y continuar. El hombre torció una esquina y continuó corriendo por un estrecho pasadizo entre dos altos edificios de cemento. Luego torció otra esquina y Kelly no volvió a verlo.

No había señales de él. Sólo edificios por todas partes y coches. Un taxista tocó la bocina al verla. La gente se paraba a mirarla, pero no había ningún hombre rubio con una niña en brazos y una manta volando detrás. Docenas de puertas se alineaban en la calle, pertenecientes a diferentes negocios, almacenes y viviendas. El debía de haberse metido en una de ellas, ¿pero en cuál? Un error podría

significar la vida de su hija...

El miedo invadió su corazón. Habían secuestrado a su hija. Era lo que ella más podía temer, lo que más podía temer Mac... nada podía ser peor que aquello, nada podía ser más insoportable.

Mac tenía una reunión con cuatro directivos cuando su secretaria se asomó.

—Señor Fortune, tengo que decirle algo urgente.

Mac se disculpó y salió del despacho.

— ¿Qué pasa? —sabía que algo grave ocurría, porque nunca le habían interrumpido de aquella manera.

—No lo sé —contestó, con voz temblorosa—. George va detrás de él... está por la línea uno.

— ¿George? —preguntó, agarrando el auricular.

—George, el guarda de seguridad del aparcamiento.

Cuando Mac supo a qué George se refería la secretaria, su corazón dio un vuelco.

—Alguien se ha llevado a su hija, señor Fortune. Yo estaba hablando por teléfono cuando la señora Fortune llegó y no pude ir a buscarla en ese momento, como habíamos convenido. Ella no pudo encontrar aparcamiento cerca de la entrada y... Todo ocurrió muy rápidamente...

—George... —murmuró Mac, sin entender apenas, debido a la rapidez con la que hablaba.

—Su primo estaba en el aparcamiento y lo vio. También fue detrás de él al principio… aunque lo dejó para ir a llamar a la policía. Luego intentó buscar a la señora Fortune, pero no la encontró. Lo lamento mucho, no sé qué decirle. Le juro que estaba observándola y que no estaba tan lejos. Además había más gente en el aparcamiento. No entiendo cómo puede haber alguien tan loco como para hacer algo así a la luz del día y en un sitio donde hay gente...

—George, espera. ¿Dónde está mi esposa?

—No lo sé, señor. Se marchó corriendo detrás del honibre y nadie pudo detenerla. Grité y también Sam Johnson, el químico que trabaja en la planta tercera, pero no se detuvo. La policía llega en este momento...

—Di a la policía todo lo que sepas. Que no esperen, que vayan inmediatamente a buscar a mi mujer. Yo iré ahora mismo.

Mac siempre se había enfrentado a los problemas con frialdad y serenidad. Pero en aquel momento sentía como si le hubieran metido en los pulmones un ácido. No podía respirar. Se sentía él mismo culpable y a la vez buscaba culpables.

No sobreviviría si algo le ocurría a Kelly y a su hija. Era imposible. Inútil. No podía perderla. No podía perder a ninguna de las dos.

En aquellos segundos le llegaron a la mente miles de imágenes. Recordó su noche de bodas, cuando él dio a Kelly un beso casto que abrió el suelo a sus pies. Pensó en lo nerviosa que estaba cuando no podía atarse los zapatos, en su rostro radiante cuando tuvo a su hija en brazos, en sus recibimientos cuando él llegaba a casa. Rememoró cuando cantaba mientras hacía pastas en el horno. En su risa suave en la oscuridad, haciendo el amor en la bañera, en su forma de amar, que iba haciéndose más sensual a medida que volvía a recuperar la forma de su cuerpo. Y aquella primera noche, temblando como una adolescente con aquel camisón negro, mientras él también se sentía como un adolescente...

— ¿Señor Fortune? —la gente se abrió para dejarle pasar. Todos lo conocían, excepto el policía de cabello gris y cuerpo grueso—. Soy el detective Spaulding, Henry Spaulding.

—Encuentre a mi esposa. Encuentre a mi hija —fueron las palabras de Mac.

El detective ya estaba al corriente de lo sucedido y había hecho algunas llamadas para movilizar a cada hombre. Tenía, incluso, a cuatro policías siguiendo la pista. Tenían bastantes elementos a su favor: había testigos que habían visto al hombre que, además, iba a pie.

—Pero en caso de que...

Mac no dejó que terminara, estaba demasiado nervioso.

—Quiero que llamen a los periódicos y den una fotografía de la niña. Quiero que registren en cada local, ahora que hay todavía posibilidad de que esté y la gente lo ha visto. Es un secuestrador y quiere dinero. Le daré todo lo que me pida, sólo quiero que estén sanas y salvas...

—Lo escucho, señor Fortune, pero...

Mac no podía parar de hablar, para así no dejar que el miedo lo destrozara por dentro.

—Puedo conseguir más hombres. Utilizaremos servicios de seguridad privados. Gabe Devereaux es el mejor detective y no sé lo que puede usted necesitar. ¿Un lugar para utilizarlo de base de información? Fotografías? ¿Hombres? Lo que sea, no me importa, puedo hacer que...

—Señor Fortune...

—No intente decirme que me siente y espere. No puedo sentarme. No puedo esperar. No voy a ponerme a llorar tampoco. Sé lo que es un problema y sé cómo movilizar a la gente. Puedo organizar lo que necesite. Puedo conseguir toda la gente que haga falta. Sólo tiene que decirme cómo trabajar con la policía, cómo lo hacen, cómo se comunican y todo lo demás...

El rostro del detective demostraba que entendía perfectamente a Mac. Que sabía que hablaba demasiado deprisa, demasiado claramente porque su corazón pendía de un hilo.

—Necesito a mi esposa. Necesito que la encuentre. No mañana, no dentro de una hora. Ahora, ahora mismo. Necesito saber que ese canalla no la tiene también a ella.

—No hay razón para pensar que él la...

— ¡Eso no es suficiente!

—Yo también tengo dos hijas, señor, y estaría igual de asustado que usted, pero necesito que entremos dentro y nos sentemos un minuto.

—No puedo sentarme. Tiene que haber algo que yo pueda hacer...

—Señor Fortune, todo lo que ha dicho son buenas ideas y las haremos todas. El poder que tiene usted en esta ciudad va a ayudamos, pero en este momento tiene que darse cuenta de que es demasiado pronto. Todos intentamos lo mismo: atrapar a ese hombre cuanto antes. Ya hay policías que van en su busca, pero no han tenido tiempo de informarnos. Podremos hacer algo más cuando sepamos más detalles. Entonces trazaremos un plan y nadie va a decirle que se quede esperando. Pero la mejor ayuda que puede hacer en este momento es tranquilizarse y prepararse.

No podía prepararse porque su memoria recordó en ese instante la noche en que él había propuesto a Kelly el matrimonio. La noche en que había sido atacada en el mismo lugar... Había entrado gritando y llorando y se había chocado con él.

Algo se había encendido en su sangre aquella noche. No era sólo por su fragilidad, no sólo porque era una mujer embarazada en peligro. Tampoco porque su hermano la hubiera puesto en una situación difícil. Mac se había dicho todas esas cosas porque eran ciertas. Eran hechos. Eran razones. Pero no eran nada.

Era ella quien importaba. Sus ojos suaves y maravillosos. Su cabello rubio platino. La manera en que lo abrazaba.

El entonces no estaba enamorado. Mac no sabía lo que era el amor o lo que significaba casarse. Pero hubo algo más, algo que nunca existió hasta conocerla. Algo en él que provocaba un sentimiento del que Mac no tenía la llave.

El dolor se clavó en él. La amaba más que a su vida, se daba cuenta en ese momento. Además, no podía romper su promesa... la promesa de cuidarla y cuidar a su hija. Sólo a Kelly había hecho esa promesa y no la había cumplido.

El sol de abril se puso. El detective se marchó y quedó un coche de policía. Al poco tiempo llegó otro. La gente seguía agrupándose allí y la policía seguía hablando con ellos para ver quién había visto a Kelly y al hombre. Las preguntas eran muy parecidas: el aspecto, la ropa... Hubo alguien que intentó que Mac tomara una taza de café caliente, pero no

quiso.

No recordaba haberse sentido nunca tan inútil. Se dijo a sí mismo que podía empezar a organizar mentalmente el próximo paso, pero era incapaz de moverse. Además, él no había visto nada.

De repente un coche de policía entró en el aparcamiento con la sirena encendida. La puerta trasera del coche se abrió y allí estaba Kelly. Sin zapatos, con las medias rotas y una rodilla sangrando. Su cabello estaba despeinado y el rímmel, debido a las lágrimas, había ensuciado sus mejillas. Estaba pálida y en sus ojos había terror.

La culpabilidad invadió de nuevo a Mac. Antes de conseguir llegar a ella, Kelly lo vio y se arrojó a sus brazos como aquella otra noche, como si fuera el único hombre en el que ella pudiera confiar.

Antes de llegar a sus brazos estalló en sollozos.

—No pude alcanzarlo, Mac. No corrí lo suficiente y lo perdí. Se ha llevado a nuestra hija. Es...

—De acuerdo, de acuerdo —mintió.

Mac no sabía qué decir. Ignoraba si alguna vez las cosas volverían a ser como antes y ella temblaba y se estremecía de miedo y nervios. La abrazó y limpió sus ojos. Luego se la llevó.

Era lo único que podía hacer en ese momento.

Capítulo Once

Kelly sabía que estaba demasiado tensa para dormir. Habían llegado a casa una hora antes y cada segundo era una tortura en espera de noticias. La policía había sugerido que estuvieran en casa, ya que sería el lugar donde el secuestrador intentaría contactar con ellos. Pero toda esa inactividad era muy difícil de soportar.

Cuando Mac de repente apareció en el salón, con un barreño de agua caliente y un frasco de antiséptico, Kelly no sabía si reír o llorar.

—Mac, no puedo quedarme quieta, y mucho menos darme un baño de pies.

—Sí, me imaginaba que me darías una excusa —admitió él, colocando el barreño y una toalla grande sobre la alfombra—. Pero no puedes seguir caminando con los pies llenos de sangre, pequeña. Odio tener que decírtelo, pero están horribles.

—No me importan mis malditos pies!

—Ya sé que no te importan. En este momento sólo pensamos en una cosa y nada va cambiar, pero esos cortes y arañazos no son ninguna tontería, Kel. Sé que no quieres que llame a un doctor...

—No quiero doctor.

—Y sé que no quieres ir a darte una ducha o un baño por si suena el teléfono.

—Efectivamente.

—Así que te traigo esto para que los humedezcas cinco minutos. Eso es todo. Será suficiente para desinfectarlos, ¿de acuerdo?

Finalmente obedeció y metió los pies en el agua, él se había tomado la molestia de traerlo. Igual que le había llevado una taza de té caliente unos minutos antes, diciendo que le iba a sentar bien para recuperarse un poco de todo lo sucedido.

Mac había estado cuidando de ella continuamente, cuando él estaba pasando lo mismo que ella. No estaban solos en casa, había dos policías en la cocina que habían estado manipulando el teléfono para poder grabar las llamadas. Pero en ese momento estaban como ella y Mac, esperando noticias, tomando tranquilamente un té. El té caliente y el jabón desinfectante no servían de nada, aunque las manos de Mac, acariciando su cuello y sus hombros le dieron fuerzas.

No iba a servir de nada gritar y llorar. Tenían que intentar mantener la calma. Estar preparados para cuando el secuestrador llamara. Reaccionar con la suficiente inteligencia para que Annie se salvara.

Mac comenzó a darle un masaje en el cuello, aunque ella sabía que no iba a relajarse mientras su hija estuviera en manos de un

desconocido. Pero la comunicación con Mac, su cariño, sus caricias y su compañía significaban todo para ella.

—Conseguiremos recuperarla —dijo ella.

—Ya lo sé.

—No ha pasado mucho tiempo y todos los policías están buscándola. —Ya lo sé —la voz de él fue tranquila y relajada, exactamente lo que ella necesitaba escuchar—. Y ahora vamos a ver esos pies, pequeña.

Ella levantó un pie, luego el otro. A Mac le impresionaron los rasguños y las heridas, pero ella parecía no darse cuenta. Ella lo miraba a él. El rostro de Mac estaba pálido, sus ojos aterrados, su rostro completamente tenso y Kelly comprendió todo el miedo que su marido intentaba ocultar.

De repente el teléfono sonó y ambos dieron un respingo. Había grabadoras por toda la casa y ellos no tenían que contestar hasta recibir una señal de los policías. Ambos se levantaron y corrieron a la cocina.

Henry Spaulding, el detective de pelo gris, estuvo a punto de chocarse en el vestíbulo con ellos.

— ¡La tenemos! — el hombre les sonrió por primera vez—. A la niña. Y está bien. Se encuentra perfectamente.

— ¿Está usted seguro? —preguntó ella sofocada.

—Claro, se lo prometo. La niña está bien.

— ¿Y dónde está ahora? —preguntó Mac, después de abrazarla.

—Está en camino. Llegará en un cuarto de hora —aseguró Henry—. Todavía no hemos atrapado al secuestrador, pero tenemos una pista de su paradero. Y sabemos quién es. Se trata de Rawlin White, de veintinueve años, que perdió a su mujer y a su hijo hace tres años. Sufrió una crisis nerviosa y le tuvieron que hospitalizar. Este mismo año fue demandado por una mujer a la que asustó en un parque cuando iba con su niño.

El hombre hizo una pausa.

—Más tarde, hace dos meses, volvieron a dar un aviso de que había un hombre rondando una guardería infantil. Era Rawlin, aunque no hizo nada, sólo merodear por allí. En cualquier caso, Smythe, uno de los policías que trabajaron en el caso de la madre que lo demandó, pensó que por la descripción podía tratarse de ese hombre. Y aunque no es- ternos seguros hasta que lo atrapemos, pensamos que Rawlin no quería hacer daño a su hija. Lo único que sucede es que está obsesionado por la pérdida de su propio hijo. Seguramente sólo quería tener al bebé un rato en sus brazos.

—Annie... —le interrumpió Mac.

—Ya, usted quiere saber dónde la encontramos. Según parece, ella se echó a llorar. Lloraba tan fuerte que él se asustó, así que la dejó en el suelo y echó a correr. Una mujer lo vio todo y llamó a la policía. Hasta

que ésta llegó la estuvo cuidando.

Kelly no pudo seguir escuchando. Impaciente, se dirigió a la puerta principal, y desde allí vio llegar el coche celular. Kelly salió a recoger a Annie a toda velocidad y antes de que la mujer policía que llevaba a la niña en brazos pudiera salir del coche, Kelly ya estaba a su lado. Annie estaba llorando. Debía de tener hambre, y eso significaba que estaba bien. Así que ese llanto tranquilizó a su madre.

Tomó a la niña en brazos, mientras Mac llegaba hasta donde estaban ellas y las abrazaba a ambas. El estaba llorando, igual que ella.

A medianoche, la casa estaba ya en calma. Aunque Mac y Kelly todavía no estaban del todo tranquilos. Ambos debían de estar al borde del agotamiento nervioso. Y seguían frente a la cuna, viendo dormir a Annie.

—Tenemos que irnos a la cama, Mac. Esto es estúpido. La niña está bien y nosotros estamos exhaustos.

—Lo sé, pero...

Pero ninguno de los dos podía dejar de mirar a la niña. Kelly pensaba en lo afortunados que habían sido. Ese día podía haber acabado de un modo muy distinto. Al fin y al cabo, nadie había hecho daño a la niña. Después de darle de cenar y bañarla, habían tenido que acostarla, aunque se hubieran quedado con ella en brazos toda la noche.

KelIy no podía parar de mirar cómo la niña dormía con su pulgar dentro de su boquita, las pestañas claras cayéndole sobre las mejillas sonrosadas.

Mac estaba en silencio. Apenas había dicho nada desde que se marchó la policía. Pero, de pronto, reaccionó.

—Vamos —le dijo cariñosamente—. Necesitas descansar los pies, sino no se te van a curar los cortes y ampollas que tienes.

Ella asintió y ambos se dirigieron al dormitorio, donde después de desnudarse se metieron a la cama. Ella se abrazó a él.

—Todo va bien, Mac.

—Así es.

—La niña está a salvo, y nosotros también. Así que todo se ha terminado.

Kelly se apretujó más contra su marido. No podía pensar en hacer el amor, ambos estaban exhaustos, pero quería sentirle cerca de ella. Era como la confirmación de que estaban a salvo. Los tres. Pasó la pierna entre las de él y notó como Mac se ponía tenso. Luego se besaron. Delicadamente, aunque con pasión. Era como si la tensión acumulada se escapara a través de ese beso.

Mac se incorporó, la besó en la frente y se volvió a acostar hacia su lado.

Kelly no se extrañó, tenían que recuperarse de la impresión.

Tampoco se extrañó la noche siguiente, cuando sucedió lo mismo.

Pero una semana después, y habiéndose fijado en que Mac no se comportaba del mismo modo con ella, sí se comenzó a preocupar. Mac había vuelto al trabajo y en la casa seguía comportándose como siempre con Annie, pero no había vuelto a hacer el amor desde el secuestro. Además, Mac no debía de estar durmiendo bien, como delataban las ojeras profundas que tenía.

Kelly pensó que Mac debía de seguir echándose la culpa por lo sucedido. Y podía entenderlo perfectamente, ya que también ella se había estado culpando.

El martes siguiente hizo un día soleado de primavera. Cuando Annie se despertó de su siesta, Kelly les dijo a Benz y Martha que iba a sacar a la niña a dar un paseo. Pese a las protestas de ellos, que pensaban que quizá no debieran de salir ellas solas, Kelly insistió en que hacía una semana que no salían. Además sólo iban a acercarse hasta su antiguo apartamento para recoger la ropa de verano. Así que no tardarían más de una hora en ir y volver.

Aunque era cierto, la verdadera razón por la que Kelly quería salir era que quería pensar con claridad. Poco después llegaban a su antiguo vecindario. Su apartamento olía a cerrado, así que abrió varias ventanas.

Recordó que en un tiempo ese había sido su hogar, pero en ese momento se sentía extraña allí. La relación con Mac había cambiado su vida completamente. De algún modo, había madurado con él. O al menos, había sido así hasta hacía poco.

Kelly suspiró y acarició la cabeza de su hija.

—Esto no está funcionando, cariño. Lo mejor será que recoja la ropa de verano y nos marchemos.

Acababa de comenzar a vaciar el armario del dormitorio cuando oyó ruido en la puerta.

—Kelly, no te asustes —la tranquilizó Mac—. Soy yo. Ella sabía que Mac tenía una llave del apartamento, pero no se esperaba verlo allí. Salió a recibirlo con una sonrisa en los labios. Pero al ver la expresión seria de él, la sonrisa desapareció.

—Me has abandonado.

Kelly pensó que no le había oído bien.

¿Qué?

—Es que llamé a casa y Martha me dijo que habías venido aquí... —se explicó él.

—Así es, como hoy hacía tanto calor pensé que sería una buena idea venir a buscar mi ropa de verano —ella se quedó pensativa—. Aunque

también es cierto que necesitaba salir.

—Sí, lo entiendo.

Quizá fuese así, pero por la expresión de sus ojos, él más bien parecía creer que ella le estaba haciendo algún reproche.

—Mac, me he dado cuenta de que me estaba comenzando a dar miedo salir de casa. Y quería demostrarme a mí misma que podía salir. Esa es la verdadera razón por la que he venido aquí hoy.

—Pero es que es normal que tengas miedo, es la segunda vez que tienes que afrontar este tipo de situación en los últimos meses.

—Bueno, admito que sería normal que me asustara meterme dentro de una multitud, pero para venir aquí sólo tuve que dar un pequeño paseo en el coche... —su voz se apagó. Pensó que sobraban esas explicaciones cuando a ella le preocupaba una sola cosa—. Mac, ¿pensabas que había venido al apartamento para quedarme? ¿Sin ti?

Abrió la boca para contestar, pero no lo hizo. En ese momento, Annie se echó a llorar. Seguramente porque se acercaba la hora de la merienda.

—La verdad es que no voy a hacer nada más aquí —dijo Kelly con voz firme— Así que podemos volver a casa. Pero después de que acostemos a la niña tenemos que hablar de todo esto, Mac.

—Sí, creo que es lo mejor.

Kelly pasó las horas siguientes en un estado de extrema confusión. Se dio cuenta de que todos esos días se había estado culpando por lo del secuestro. Se culpaba de no haber cerrado el seguro de las puertas del coche hasta que tuviera a la niña en sus brazos y de haberse despistado. Pero si Mac también la culpaba por ello, no había dicho ni una sola palabra. Así que no veía cuál era la razón por la que i podía haber pensado que ella iba a abandonarlo.

Así que debía de ser otra cosa lo que marchaba mal. Kelly sintió miedo de que el secuestro hubiera hecho descubrir a Mac que su matrimonio no funcionaba. Que él no la quería realmente. Era cierto que las circunstancias les habían unido, pero quizá no hubiera verdadero amor entre ellos. Quizá él sólo seguía adelante con el matrimonio por su sentido del honor.

Al llegar a casa, Kelly dio el biberón a Annie y después mecieron a la niña por turnos. Más tarde, cenaron, ella se dio una ducha y se cambió, mientras Mac cuidaba de la niña. Finalmente, Mac se fue a duchar, mientras Kelly se quedaba con la niña en la biblioteca.

Llegó la hora de acostar a la niña, que se quedó inmediatamente dormida.

Kelly salió a buscar a Mac, que estaba en el patio, mirando pensativo hacia los bosques. El sol ya se había puesto, aunque todavía se podía ver una franja rojiza sobre el horizonte.

—Mac, si quieres divorciarte, ya te puedes ir olvidando de ello. No

me importan los papeles que firmé. No te voy a abandonar —dijo ella en voz alta.

Kelly no quería discutir, pero quería darle que pensar.

El se volvió. Kelly pudo ver sus ojos oscuros aun en medio de la penumbra. Al principio, ella no había sabido que esa mirada dura de autocontrol encerraba un corazón sensible y vulnerable. Pero en ese momento ya sí que lo sabía. Y también sabía que él se preocupaba muchísimo por hacer siempre lo correcto. Kelly hubiera deseado acordarse de eso durante la última semana.

— ¿Piensas que quiero el divorcio?

—He estado pensando en nuestra relación. Tú te viste atrapado en un matrimonio con una mujer embarazada para protegerla. Si yo fuera una mujer con tu sentido del honor, sé que ahora que ha pasado el peligro debería dejarte marchar. Pero es que yo no soy tan honrada como tú...

Mac agitó la cabeza confuso.

—Kel, no sé qué estás diciendo. Yo nunca...

Pero no iba a dejarle decir ni una sola palabra hasta que ella terminase de decir lo que quería.

—Olvídate del honor por un momento. Yo debía volverme loca para dejarte actuar como lo hiciste. Pero también de eso tienes tú la culpa. Te comportabas conmigo como un hombre que quiere a su mujer. Me ayudaste durante el embarazo, durante el parto y siempre que yo me asustaba. Hiciste que me sintiera en tu casa como si fuera mía. E incluso te acostaste conmigo... Hiciste todo eso por una mujer a la que tú no habías elegido.

—Eso no es cierto, pequeña.

Ese «pequeña» resonó en su corazón como una campana. Si volvía a llamarla así, no podría evitar bajar la guardia.

—Claro que sí. Y me da la impresión de que tu sentido del honor incluso ha provocado que te sintieras responsable de lo del secuestro, ¿no es así?

Por el modo en que brillaron los ojos de él, Kelly supo que había acertado.

—Te casaste conmigo para que te protegiera, Kelly. El hecho de estar embarazada de un miembro de la familia Fortune te puso en peligro y yo prometí protegerte. Ahora no puedo parar de pensar que te fallé.

— ¡Oh, Mac! ¿Y por eso pensaste que te quería abandonar? Pues estás equivocado. Tú nunca me has fallado en nada.

Ella sintió unas ganas enormes de abrazarlo, para que ese gesto sombrío desapareciera de su rostro. 0 también me he pasado la semana entera echándome la culpa por lo del secuestro —dijo Kelly con voz tranquila—. Creo que ése ha sido nuestro error. Culparnos por algo que

no se podía preveer. Nadie tiene la culpa de que ese desequilibrado estuviera en el aparcamiento cuando nosotras llegamos.

—Quizá no. Pero lo que sí es seguro es que yo pensé que el hecho de que te convirtieras en una Fortune podría protegerte. Ahora sólo creo que te va a hacer correr nuevos peligros.

—Es cierto que tú y yo vamos a tener que correr con más riesgos que la mayoría de los matrimonios. Tu apellido hace que así sea. Pero eso no importa, tú me hiciste ver la solución hace tiempo.

— ¿Eso hice?

Ella asintió.

—Sí, tú fuiste quien me dijo que nosotros teníamos la posibilidad de crear nuestras propias reglas para nuestra relación. Así que no quiero que seas tú sólo el que me protege a mí. Esa preocupación debe ser mutua. Cuando yo siento miedo me gusta saber que puedo contar contigo. Pero si tú tienes miedo, a mí me gustaría saber que me lo vas a decir. Y me gustaría que supieras que puedes contar conmigo.

Ella se quedó en silencio esperando a que él dijera algo.

— ¿Kel? —su voz sonó como una caricia.

— ¿Qué?

—Yo tenía miedo de que me abandonaras...

Dos segundos después ella estaba en sus brazos. El la besó apasionadamente. Kelly pensó que ese beso sólo lo podía dar un hombre tan fuerte que no le importaba demostrar su vulnerabilidad. Le había costado mucho que Mac la besara de ese modo y ella respondió a ese beso con igual pasión. Lo amaba tanto...

—Nunca te dejaré —susurró ella—. Te quiero más que a nada.

—Y yo también te quiero a ti —Mac comenzó a acariciarle las mejillas y el pelo. Luego la volvió a besar. Esta vez de un modo más suave. La besó despacio, como si estuviera saboreando el futuro que les esperaba—. Pero hay dos cosas que todavía quiero preguntarte.

— ¿Ahora?

—Ahora. No nos llevarán mucho tiempo. ¿Quieres casarte conmigo Kelly Sinclair? ¿Quieres que te prometa que voy a amarte, honrarte y respetarte?

— ¡Dios mío, Mac! Vas a hacerme llorar —Kelly tenía los ojos cubiertos de lágrimas—. Además, juraría que eso me suena.

—Sí, pero creo que deberíamos casarnos otra vez. Aunque esta vez, sólo para nosotros. Pensé en que la ceremonia podría ser la próxima Nochevieja, que es nuestro aniversario. Pero luego pensé que...

— ¿Que por qué esperar? —terminó Kelly la frase.

El la besó de nuevo. Kelly levantó la cabeza y vio en sus ojos esa expresión que hacía que la sangre le comenzara a hervir. Eso era la fuerza del amor. Luego, ella vio que su ropa desaparecía como por arte de magia. Aunque el hecho de que al poco se encontrara consumando

su nuevo matrimonio, no era cosa de magia. Era el producto del amor que el uno sentía por el otro.